



100

ANALITONOMA DI REI
CCION CENTRAL DI BIBLIOTECA

COCHIN
PRÁCTICA

2

BV 43

C6

v. 2

132866

003529



1080015167



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
377/83 MICK FILMADO R-50



®

PLÁTICAS
Ó
INSTRUCCIONES FAMILIARES
SOBRE
LAS EPÍSTOLAS Y EVANGELIOS
DE TODO EL AÑO,
Y DE LAS PRINCIPALES FIESTAS
QUE CELEBRA LA IGLESIA.

ESCRITAS EN FRANCÉS
POR MR. COCHIN,
CURA PÁRROCO DE SANTIAGO EN PARÍS.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO.

TOMO II.

CON LICENCIA
POR DON BENITO GANÓ.

AÑO DE 1799.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tepez



BRU Raúl Rangel F. S. de
UANL
FONDO
BIBLIOTECA VALVERDE Y T.

LIBRO
MATEMÁTICA
AÑO DE 1799
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA VALVERDE Y T.

BV 43

C6

V. 2



FONDO EMETARIO
VALVERDE Y TELLEZ

132866

DOMINGO II.

DESPUES DE LA EPIPHANIA.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS.
cap. 12, v. 4-16.

Hermanos: De la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, mas todos los miembros no tienen una misma operacion: así muchos somos un solo cuerpo en Christo, y cada uno miembro los unos de los otros. Mas tenemos dones diferentes segun la gracia, que nos ha sido dada; ya sea profecía segun la proporción de la fé, ó ministerio en administrar, ó el que enseña en doctrina; el que amonesta en exhortar, el que reparte en sencillez, el que preside en sollicitud, el que hace misericordia en alegría. El amor sea sin fingimiento. Aborreciendo lo malo, aplicándoos á lo bueno: amándoos reciprocamente con amor fraternal: adelantándoos para honraros los unos á los otros: en hacer bien

A 2

008529

Domingo II.

nada perezosos: fervorosos de espíritu: sirviendo al Señor: en la esperanza gozosos: en la tribulación sufridos: en la oración perseverantes: socorriendo las necesidades de los Santos: exercitando la hospitalidad. Bendecid á vuestros perseguidores: bendecidlos, y no los maldigais. Gozaos con los que os gozan: llorad con los que lloran: simiando entre vosotros una misma cosa: no blasonando de cosas altas, sino acomodándoos á las humildes.

INSTRUCCION.

Necesitais, hermanos míos, verdades prácticas? Pues hoy nos ofrece la Iglesia en la Epístola de este día las reglas que deben dirigir nuestra conducta respecto del próximo. El Apóstol San Pablo las describe con toda la exáctitud posible para que vengán al alcance de todos, y previene quantas dificultades y pretextos pueden oponerse á la caridad fraterna. No

despues de la Epiphania. 5

solo quiere estrechar los vínculos que deben unir á los Christianos entre sí, sino tambien enseñarles á que se amen de un modo que sea conforme á los designios de Dios. Solo me embaraza una cosa en la explicacion de esta Epístola, y es la multitud de objetos que contiene: por lo qual sin detenerme en reflexiones, me contentaré con exponerla sencillamente guardando el orden de las palabras; pero no por esto dexará de ser ménos útil esta instruccion. No, hermanos míos: estad ciertos que la palabra del hombre no ha debilitado la palabra de Dios; y por tanto escuchadme con la docilidad y el respeto que exigen verdades tan interesantes.

Ya expuse en la Epístola del Domingo anterior la comparacion que hace el Apóstol San Pablo para representarnos la union fraterna. Describe pues la asamblea de los fieles, la Iglesia de Jesu-Christo, á la manera de un cuerpo, del qual es un miembro cada Christiano, y desea que haya en él la misma union, la misma armonia y conformidad que corresponde á un cuerpo natural bien organizado; pero

hoy saca de esta figura una consecuencia que conduce mucho á la misma verdad: en un solo cuerpo, dice, tenemos muchos miembros, pero todos ellos no tienen iguales funciones. Imaginaos, hermanos míos, la confusión y desórden que reynaria en vosotros, si cada miembro quisiese hacer la misma operacion que el otro, ó moverse todos á un tiempo: de aquí resultaria la destruccion de esta estructura admirable que el soberano Hacedor ha construido con tanta inteligencia, y dispuesto con tan bello órden. Esta confusión reyna algunas veces en el seno de la Iglesia, quando alguno de sus miembros se descuida de sus obligaciones, ó se inxiere á desempeñar las que estan confiadas á otros. Encuentro este desórden en la conducta de un padre, ó de una madre, que por una devocion indiscreta y mal dirigida consagran á las obras de piedad, ó á las de la caridad, los instantes y los medios que deben destinar á sus familias: este desórden reyna en casi todos los estados, en donde por un espíritu de malignidad ó de critica, vemos á los christianos muy atentos y solícitos en

instruirse de las obligaciones de los otros, y que viven muy descuidados de las suyas propias: este desórden penetra hasta en el mismo Santuario, y se insinua en los tribunales de justicia, de manera que es muy difícil encontrar un miembro en el cuerpo místico de la Iglesia que cumpla únicamente la función que Dios le ha confiado. Debemos tener presente que Jesu-Christo es la cabeza de este cuerpo; que por él somos sus miembros los unos y los otros; y que debemos repetir sin cesar aquellas palabras suyas, á saber: que nuestro alimento, nuestra satisfaccion y nuestra gloria consiste en cumplir la voluntad de nuestro Padre, que está en los Cielos, desempeñando cada uno en nuestro estado la obligacion que nos ha impuesto para la utilidad, el alivio y la edificacion de nuestros hermanos. ¡Qué hermosa seria la Iglesia de Jesu-Christo si reynase esta conformidad entre los fieles que la componen! ¡Qué dulce consuelo á lo ménos para un Párroco si encontrase en los fieles que estan confiados á su direccion la buena disposicion de mantener entre si la armonia y la paz! Entónces no habria

en esta sociedad edificante escándalo ni division alguna. Pero esta union tan perfecta no se ha hecho para esta vida, hermanos mios; y toda nuestra atencion y cuidado debe ser el acercarnos á ella quanto nos sea posible, segun el consejo del Apóstol. Para esto fin tenemos dones diferentes, segun la gracia que se nos ha dado, y debemos hacerlos valer, segun las miras y designios de Dios. El Apóstol queriendo instruirnos completamente, refiere entre ellos los que tienen por objeto la salvacion del próximo: como son: el don de profecia, el exercicio del ministerio santo, la obligacion de la enseñanza, el talento de la exhortacion, el poder de hacer limosnas, y el cargo de dirigir las almas, y á cada una de estas funciones la distingue con caracteres y reglas ciertamente útiles para los que tienen el empleo de ejercerlas, y para los fieles mismos. Yo no trataré aqui, hermanos mios, de aquellas que pertenecen á los Ministros del Altar, porque mi objeto esencial no es el de instruirlos; y así diré que el Apóstol entre las que miran directamente á la salud y provecho del

próximo, comprehende la de socorrer al pobre con abundantes limosnas; de donde podrán inferir los ricos quan honrosa es la obligacion que se les confia. Qué consuelo en efecto para un Christiano decirse á sí mismo en esta vida presente haciendo limosnas: Jesu-Christo me asocia á su ministerio; yo soy como el Sacerdote por el sacrificio que puedo hacer voluntariamente de una parte de mis bienes: soy Predicador por el buen exemplo que puedo dar á los ricos crueles é inhumanos: estoy encargado de la direccion de las almas, pues que mis limosnas pueden contener á los pobres que se hallan dispuestos á escarriarse, y reunir y traer á los que viven separados de los senderos de la vida; pero para cumplir todas estas funciones con utilidad, es indispensable que mi corazon desapruebe esa interior complacencia de las buenas obras que sabe inspirar el amor propio, y que exerza este ministerio con la simplicidad que corresponde, á fin de que todas mis obras se hagan sin disfraz y disimulo.

Notad bien, hermanos mios, estas últimas palabras del Apóstol, y refle-

ciónad que este es el escollo mas peligroso y ordinario de la piedad christiana. Si : el orgullo se mezcla en aquellas obras mas útiles y santas, y él es el que produce la hipocresia y la disimulacion. Algunas veces empezamos hacer bien, estimulados de un sentimiento de religion, y nos sentimos animados por una disposicion de beneficencia y generosidad que Dios ha puesto en nuestros corazones. Llegan estas obras á divulgarse, se las alaba y admira; y de aquí nace un nuevo esfuerzo para continuarlas. Pero no teniendo bastante vigilancia para separar de ellas los motivos que las hacen agradables á Dios, de aquellos que pueden robarle la gloria, nos acostumbramos á practicarlas primero para agradar á los demas, y despues para complacernos á nosotros mismos; damos mas preferencia á las que son mas públicas, y nos disgustamos enteramente de las que tienen mas solidez, pero ménos brillo. De aquí resulta que muchas veces las hacemos con cierta repugnancia interior, únicamente para sostener la buena reputacion que hemos adquirido de piedad y de caridad, y nos

constituimos segun la expresion de la Escritura unos mismos con los hipócritas, y somos acreedores á la misma recompensa.

¿Quereis, hermanos míos, evitar este escollo? Pues no olvidéis esta máxima establecida por el Profeta, y adoptada hoy por el Apóstol San Pablo: aborreciendo lo malo, aplicándoos á lo bueno: procurad que este doble principio sea el que os dirija en todas vuestras acciones; y ántes de empezarlas indagad de vosotros mismos si serán de la aprobacion de la Justicia Divina, y examinad escrupulosamente, si se resienten del fondo de corrupcion de donde traéis el origen.

El Apóstol despues de esto vuelve otra vez á la caridad fraterna, que es el objeto principal de su Epístola, y nos dice: Amándoos recíprocamente con amor fraternal, adelantándoos para honraros los unos á los otros. En estas palabras condena una multitud de acciones que se permiten los christianos sin escrúpulo, y que sin embargo merecen una muy singular atencion de su parte. No solamente pretende evitar con testimonios recíprocos de

honor las invectivas picantes, las injurias groseras, las reprehensiones y cargos llenos de aspereza y crueldad, y las imputaciones odiosas, que arragan la cólera ó el resentimiento para retribuir mal por mal; sino tambien otros desórdenes opuestos al honor que nos debemos reciprocamente, y que se hallan muy introducidos en las sociedades christianas. Hablo de esos chistes y sales picantes de que se usa para mortificar á ciertas personas: de esa familiaridad demasiado festiva que tenemos con aquellos que son superiores á nosotros en estado y dignidad: de ese afectado desprecio de nuestros iguales por la estupidez y simplicidad que se les supone: de ese ayre de desden y altanería, por el qual damos á entender que nos avergonzamos de tratar y comunicarnos con los inferiores; y en fin de otras mil disposiciones que nos hacen cometer faltas repetidas contra el próximo, y de tal naturaleza que de ningun modo las tolerariamos si se nos quisiesen echar en cara.

Notad, hermanos míos, que quando el Apóstol nos obliga á prevenirnos

reciprocamente con testimonios de honor, no impone este precepto á los hijos, y á los demas que viven en dependencia, sino á todos los Christianos, porque todos nos debemos mutuos respetos. La elevacion de condicion, de estado y de empleo, no nos dispensa de acercarnos á nuestros hermanos con humildad y caridad: Dios ha puesto en todos los hombres alguna cosa que los hace respetables á nuestros ojos. Los grandes son las imágenes de el poder de Dios, y los pequeños lo son de la humildad de Jesu-Christo; y así todos tenemos fundamentos para los testimonios reciprocos que pide el Apóstol. Pero qual debe ser la regla, ó por mejor decir, el modelo de la caridad fraterna? El amor que nos debemos á nosotros mismos es quien debe dirigirnos; y así despues de habernos explicado San Pablo las obligaciones del Christiano con relacion á su próximo, le designa las suyas propias: En hacer bien nada perezosos, nos dice: y en estas palabras nos impone la obligacion del trabajo diario. La misericordia de Jesu-Christo reparando el pecado, y elevándonos á un

orden de vocacion á que no tenemos derecho alguno, no nos ha dispensado de la sentencia pronunciada contra nuestro primer Padre. El Apóstol San Pablo nos acuerda repetidamente esta verdad en sus Epístolas, hasta decirnos que el que no trabaje no coma. Un christiano debe pues ser laborioso, y desempeñar con paciencia las obligaciones penosas de su estado; y si la Providencia le ha colmado de bienes, y le ha puesto en términos de no tener que trabajar para comer, debe imponerse un trabajo habitual, ya en ejercicios de piedad, ya en obras de misericordia, y ya en el cuidado y diligencia de sus propios negocios, para que de esta manera tenga siempre motivos que le recuerden su condicion actual, y el triste destino que le estaba reservado sin Jesu-Christo. Pero qué diferente es el trabajo del christiano al de aquel que solo trabaja por adquirir y conservar los bienes de este mundo? Este jamas se vuelve á Dios, y no tiene otro fin que el de enriquecerse y vanagloriarse; pero aquel acompaña siempre el trabajo con la oracion, y le dirige al servicio y á la honra

de Dios. El christiano que se conduce de esta manera, encuentra recursos en estos mismos motivos, y consuelos en los diferentes estados de la vida. Si se encuentra conturbado á la vista de sus pecados, y teme los juicios de Dios, le tranquiliza esta disposicion: Dios es misericordioso, se dice á sí mismo, conoce mis intenciones, y por tanto no pienso en otra cosa que en servirle é inclinarme á mi favor. Este pensamiento le comunica la confianza, y ésta le mantiene en una santa alegría.

Si este christiano experimenta adversidades continuas, sabe que no tendrán éstas mas que un tiempo, y que con ellas ha de adquirir una gloria inestimable.

Si este christiano se ve agitado con tentaciones, y que el comun enemigo quiere turbar la paz que le dá la buena conciencia; el deseo de conservarla, le impele á pedir con instancias el socorro de su protector, y sus necesidades le hacen fervoroso en la oracion. ®

Si este christiano llega á conocer á uno de sus semejantes en la indigencia, se atormenta él mismo de que un

miembro del cuerpo místico de la Iglesia, del qual es tambien una parte, se halle sumergido en la opresion y en los trabajos: entónces procura instruirse de su necesidad, y la socorre segun los medios que debe á la Providencia.

¡ Ah! Qué distante está el Christiano de quien hablo, de la piedad esquiva y desdenosa de esas personas que piensan haber satisfecho al precepto de la limosna, cercenando una pequeña parte de sus bienes para que otros la repartan sin tomar el menor interes en indagar la naturaleza del mal que padece aquel pobre á quien se socorre en su nombre. El perfecto Christiano, de quien habla San Pablo, no dexará de informarse, y de visitar por sí mismo á todos los que tienen necesidad de su socorro: sabrá tolerar la repugnancia que pudiera causarle su estado, y su género de vida para visitar á los pobres en sus casas miserables, y tal vez asquerosas; y hará en muchas ocasiones de la suya propia el hospital de algunas de estas victimas de la indigencia: en fin, este Christiano será todo para todos, y al exemplo de Jesu-Christo y del Apóstol su discípulo,

estará alegre con los alegres, y llorará con los que lloren: la caridad arreglará todas sus acciones, la humildad todos sus pensamientos, la paciencia santificará sus males, la perseverancia le asegurará en los caminos de la salvacion, y la gloria eterna coronará sus obras. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN
cap. 2. v. 1. II.

Y de allí á tres dias se celebraron unas bodas en Caná de Galilea: y estaba allí la Madre de Jesus. Y fue tambien convidado Jesus, y sus Discipulos á las bodas. Y llegando á faltar vino, la Madre de Jesus le dice: No tienen vino. Y Jesus le dixo: muger, qué nos va á mí y á tí: aun no es llegada mi hora. Dixo la Madre de él á los que servian: Haced quanto él os dixere. Y habia allí seis hydrias de piedra conforme á la purificacion de los Judios, y cabian en cada una dos ó tres cántaros. Y Jesus les dixo: llenad las hydrias de agua. Y las

llenáron hasta arriba. Y Jesus les dixo: Sacad ahora, y llevad al Maestresala. Y le lleváron. Y luego que gustó el Maestresala el agua hecha vino, y no sabia de donde era, aunque los que servian lo sabian porque habian sacado el agua: llamó al Esposo, el Maestresala, y le dixo: Todo hombre sirve primero el buen vino: y despues que han bebido bien, entonces da el que no es tan bueno: mas tu guardaste el buen vino hasta ahora. Este fué el primer milagro, que hizo Jesus en Caná de Galilea: y manifestó su gloria, y creyeron en él sus Discipulos.

INSTRUCCION.

Jesu-Christo empieza hoy á manifestarse, hermanos míos. Ya no es un Niño cercado de debilidad y enfermedades, sino el Dios que manda á la naturaleza, y á quien obedecen los elementos; ya no es ese hombre obscuro y separado de todo trato y co-

municacion, que participaba con un Artesano de la baxeza y las fatigas de su estado; sino que es el Emmanuel, es decir, el Dios que participa con nosotros de todas las miserias de la naturaleza humana, sin dexar de participar con su Padre del poder y de las perfecciones de la naturaleza divina. Todavía era Niño quando teniéndole en sus brazos el Santo viejo Simeon le decia á su Madre, éste será grande, pero su grandeza y su poder no le harán inaccesible; digno por su naturaleza de los respetos del Universo entero, quiere que los homenages y adoraciones de su Pueblo se deban mas á su mansedumbre que á su autoridad. Mas grande por su misericordia, que lo parecerá por su poder, nos viene á asegurar con sus beneficios la posesion y el reyno de los corazones, porque debe ser para muchos en Israel un objeto de consuelo, de salud, y de vida.

Ha venido ya el tiempo, hermanos míos, de verificar las promesas, y de que se trasluzca algun rasgo de su poder; pero notad el prodigio por donde empieza á manifestarse. Mas zeloso

del título de amigo y de consolador, que de el de dominador de las naciones, se manifiesta sensible á las menores solicitudes y cuidados; y ocurriendo á la inquietud de los dos esposos de nuestro Evangelio, nos anuncia que no ha venido sino para cargarse de nuestras perplexidades y flaquezas. Vamos hoy á hablar del primer milagro que hizo, y en las diferentes circunstancias que le acompañaron, encontraremos lecciones muy importantes: prestadme vuestra atención, y pedid á Dios sus auxilios.

Si Jesu-Christo no nos hubiera enseñado á santificar entre las acciones de la vida aquella que á los ojos del mundo parece ménos propia para honrarle, y mas capaz de producir el espíritu de disipacion; hubieramos podido imaginar que hay muchas en las quales no toma parte alguna, que le son enteramente indiferentes, y que no contribuyen de ningun modo á su gloria; pero asistiendo á las bodas que nos refiere el Evangelio, no solo es testigo de una union que ha de elevar despues á razon de Sacramento, sino que no se desdena de participar con

los dos esposos de la alegría de su alianza, asistiendo á la comida con que la celebran. Permitidme que con este motivo haga una reflexion muy útil á todos los Christianos. Os oigo muchas veces hablar y murmurar de la repugnancia que manifiestan las personas timoratas para asistir á esos convites y juntas tumultuosas y disipadas, con que regularmente se celebran vuestros casamientos; y quando queremos hablar contra la disipacion criminal que reyna en ellos, contra los excesos que se cometen, y contra los lazos que se ponen á la inocencia y al pudor, quereis cerrarnos la boca oponiéndonos el exemplo de Jesu-Christo; pero sabed que precisamente es este exemplo el que os condena, y que esas personas de quienes murmurais, no dexarian de asistir á vuestros convites si estuviesen seguros de que Jesu-Christo era llamado á ellos con sus Discipulos; si él fuese el modelo de los dos esposos, y si reynase la modestia, el pudor, la inocencia de las costumbres y el temor santo de Dios. Convidad pues, Christianos á Jesu-Christo á vuestras bodas; no dexéis de darle parte de

un paso tan interesante, hacedle testigo de las promesas mutuas que os hacéis á los pies de los altares, y suplicadle que sea el protector de este enlace. ¿Pero teneis esta conducta? ¿No mirais por el contrario el dia de vuestro casamiento como la época de vuestros pesares, y el principio de una esclavitud dura y penosa? Ah, Christianos! no imputeis á un Sacramento de que habla el Apóstol con tanto respeto, lo que no es efecto sino de vuestros caprichos é indiscrecion. Subid al origen, y preguntaos por qué una union que hace á tantos felices, y que la estableció el Criador para el consuelo y alivio mutuo del hombre y la muger, es el principio de la mala vida que teneis, y que esperais desde aquel momento. Vuestro mismo corazón os responderá que la causa verdadera de este estado infeliz es el desprecio que habeis hecho de Jesu-Christo. Si quereis por tanto evitar estos males, y santificaros mutuamente, no dexeis de convidar á este Divino Señor, y no deis un paso en esta materia que no sea muy conforme al espíritu de la Religion. El Evangelio del dia nos pre-

senta esta verdad baxo una figura muy sensible por estas palabras. Llegando á faltar el vino, la Madre de Jesus le dice: no tienen vino.

¿Quién será el Christiano, hermanos míos, que viendo el interes que toma hoy María por los dos Esposos, no se penetre del amor mas tierno, y de la confianza mas perfecta en esta dulce Madre? Ella pide fundada en el derecho que le da su maternidad divina para pedirlo todo en el órden de la salvacion, y por tanto no podemos dudar de conseguirlo.

Aunque segun la letra del Evangelio, este vino que falta á los dos Esposos sea una cosa material y sensible, los Padres de la Iglesia nos representan como el simbolo de la caridad; y en este sentido ¿quántos hay en su seno que experimentan la misma escasez, y que por consecuencia necesitan que Maria haga por ellos la misma suplica: no tienen vino? No consideremos ya, hermanos míos, sino nuestra necesidad. La Iglesia nuestra Madre afligida de los desórdenes que reynan entre sus hijos, renueva tambien á Jesu-Christo las mismas pala-

bras: no tienen vino. No penseis que este Divino Maestro se manifieste insensible á sus oraciones quando le habla de necesidades tan verdaderas. Si alguna vez, por su alta sabiduría, difiere por un tiempo las gracias que solicita, no por esto dexa de ser su esposo, y nuestro hermano, ni se disminuyen la terneza y las disposiciones de su corazon. Pero veamos cuál es la respuesta que en esta ocasion da á María: ¿Muger, qué nos va á mí y á tí? aun no es llegada mi hora.

¿Es posible que responda de esta manera el mas dócil de los hijos de los hombres, aquel que segun el testimonio que da de sí mismo, no ha venido para mandar, sino para obedecer; no para abolir la ley, sino para observarla en todas sus partes? Miétras que el Universo entero bendice el vientre que le ha llevado, y los pechos que le han dado el alimento, ¿será él solo quien desconozca estos beneficios? ¿Jesu-Christo habrá extinguido acaso en su corazon los sentimientos de ternura que debe inspirar la naturaleza? Pues, ¿por qué para nombrar á María no se sirve del título de Madre? ¿Ig-

nora por ventura las relaciones que median? La sangre de María, dice San Ambrosio, se ha hecho la sangre de Jesu-Christo, formándose de ella esa carne adorable que debe un día inmolarse por todos los pecadores; pero hay sin duda algunos instantes en que las leyes de la naturaleza, y los derechos de la sangre dexan de subsistir entre una Madre y un Hijo; y por lo tanto no debemos extrañar que Jesu-Christo responda de esta manera. Sin embargo debemos saber que todas las acciones de su vida no se nos proponen para nuestra imitacion, y que con semejantes palabras no ha querido autorizar esas respuestas asperas y altaneras, que atraen sobre los hijos la justa maldicion de los padres. Hay en Jesu-Christo una naturaleza mas excelente que la nuestra, y que lo autoriza para hablar con dominio, y para escoger el tiempo en que ha de oír, y ha de obrar; y baxo este supuesto debe causarnos su respuesta la mayor admiracion y respeto. Pero ¿por qué nos hemos de tomar la libertad de censurarla quando María misma no se queja? ella sabe que es la Madre de su

Dios, y que segun este título puede pedir con confianza; pero tampoco olvida que es la sierva del Señor, y no se avergüenza de verse confundida con el resto de las mugeres: ella sabe que no hay criatura humana que haya contrahido con Jesu-Christo una union mas estrecha; que le traxo en su vientre nueve meses, y que estuvo en su compañía mas de treinta años; pero no puede olvidar que como Dios es antes del mismo tiempo, que su ser y su vida le viene de su gracia, y que si su Maternidad Divina la estrecha y une con su Dios, la nada y la baxeza de su origen ponen entre los dos una inmensa desproporcion: en una palabra, ella sabe de la boca misma de su Hijo que puede pedirle y suplicarle sin cesar; y que si Dios en algunas ocasiones se rinde á las primeras súplicas, necesita en lo general que le rueguen con vivas instancias; pero tampoco ignora que la gracia tiene sus tiempos, y que no conviene á la criatura señalar al Señor los momentos en que debe oír, y que sobre todo es preciso someterse con resignacion quando no ha llegado su hora. María

comprende bien estas verdades, y aunque hubiera podido imitar esas almas tibias, que quando ruegan acusan al Señor de su lentitud en oirlas, mientras que son ellas mismas las que carecen de fervor, no lo hace de esta manera, sino que volviéndose á los criados les dice: haced quanto él os dixere. Esta, hermanos míos, es la única leccion que nos da María en todo el santo Evangelio; pero ella, además de ser muy proporcionada á la debilidad de nuestras almas, contiene el compendio de todas nuestras obligaciones para con Jesu-Christo: ¡Qué grande y admirable es la caridad de esta tierna Madre! Enseñándonos, que lo que no puede conseguirse con las oraciones, se alcanza algunas veces con la perseverancia en las obras; nos hace ver que, aunque la oracion por sí sea de muy gran peso, hay sin embargo Christianos que oran con frecuencia y con fervor, que consagran toda la vida á los ejercicios de piedad y de religion, y que no consiguen ninguno de los objetos de sus súplicas, no por la ineficacia de ellas, sino por la inutilidad de sus obras. ¿Quereis, her-

manos mios, que el Señor os oygá, pues observad sus preceptos, y conseguireis vuestros deseos. No se necesitan otras pruebas de esta verdad, que la que nos suministra el Evangelio de este día en la conducta de Jesu-Christo. Habia seis hydrias de piedra que servian para las freqüentes purificaciones que acostumbraban hacer los Judios ántes y despues de sus comidas, y Jesu-Christo manda que se llenen de agua, y las llenaron hasta arriba; y Jesus les dixo: sacad ahora, y llevad al Maestresala: y en el mismo instante muda de naturaleza, de gusto y de virtud esta agua, y se convierte en un licor capaz de satisfacer la necesidad y el gusto de los esposos y los convidados.

¿Admirais, hermanos mios esta mudanza? Pues mucho mas debeis admirar la que todos los días hace el Señor en vuestros corazones por los ruegos y la oracion de la Iglesia. Yo comparo el corazon del pecador, como dixe al principio de esta instruccion, á esos vasos de piedra que nada contienen á los ojos de Dios sino insipidez y fealdad. ¿Y qué otra compara-

cion puede hacerse mejor con la dureza, la insensibilidad, la inutilidad, y la frivolidad de las obras que producen tales corazones? Juntaos, pues Christianos con la Iglesia, y dirigid al Señor con ella vuestras súplicas; pedidle que ablande la dureza de vuestros corazones, y que substituya á vuestras tibiezas el vino precioso de su amor.

El Evangelista sigue dándonos razon de este suceso, y dice: y luego que gustó el Maestresala el agua hecha vino, y no sabia de donde era, aunque los que servian lo sabian, porque habian sacado el agua, llamó al esposo el Maestresala, y le dixo: todo hombre sirve primero el buen vino, y despues que han bebido bien, entonces da el que no es tan bueno; mas tú guardaste el buen vino hasta ahora.

Trasmitiéndonos el Espiritu Santo esta reflexion del Maestresala, ha querido darnos una leccion muy importante. ¿Sabeis quienes son en la vida espiritual los que presentan el peor vino despues de haber servido el mejor? Pues son primeramente esos pecadores, que tocados de un arrepentimien-

to pasagero de sus culpas, emprenden al parecer los medios mas sabios para repararlas: los principios de su conversion son admirables: las precauciones que toman, las resoluciones y los escrúpulos que afectan, persuaden que estan vivamente penetrados de dolor; pero bien pronto se disgustan del rigor de la penitencia, y vienen á quedarse en la indolencia, y en la inaccion misma que tenian.

En segundo lugar lo son esas almas inconstantes en la piedad, que deslumbradas al principio con el resplandor de la virtud, se proponen llegar á su mas alto grado; pero insensiblemente degenera su fervor, y vienen á caer en la tibieza. Jesu-Christo hablando de estos Christianos, que por desgracia son en muy gran número, se explica de esta manera: Aquel, que despues de haber tomado el arado vuelve á mirar atras, no es para el reino de Dios. Cuidado, hermanos mios, que no dexeis el camino de la salvacion, y acordaos que aquel que no procura adelantar sus buenas obras, está muy cerca de caer otra vez.

El Evangelio acaba la narracion de

este primer prodigio con las palabras siguientes: Este fué el primer milagro que Jesus hizo en Caná de Galilea, y sus discípulos creyeron en él. ¿Pero por qué éste tiene el primer lugar entre todos los milagros de Jesu-Christo? ¿No habia en Israel mayores males, necesidades mas urgentes que las de estas bodas? Sin embargo, como no habia otro que nos representase con mas energía las inquietudes que padecemos en los bienes temporales, nos quiere Jesu-Christo enseñar que una simple peticion sobre esta materia basta para interesar á todo un Dios, que conoce mucho mejor que nosotros las necesidades, y que las da el valor que merecen, echando su bendicion sobre nuestras casas y campos.

Pobres de Jesu-Christo, á vosotros dirijo principalmente esta reflexion, seguro de que ha de ser de mucho consuelo, por poca que sea vuestra fé. Acordaos del consejo que da el Profeta despues de haber hecho por si mismo la experiencia mas feliz: Derrama en el seno de Dios todos tus cuidados. Si el Señor os entrega á la mendicidad, sabed que la causa no es otra

que el olvido de sus preceptos y de su amor: los males del Justo no serán eternos.

En efecto, Señor, ¿qué puede temer un Cristiano conducido por vuestra admirable Providencia? ¿Podrá el justo que pone en vos solo su confianza experimentar verdaderas necesidades quando tanto cuidado teneis de la subsistencia hasta de los mas pequeños insectos? No es la escasez de los bienes de este mundo la que nos asusta y excita nuestras lágrimas: la pérdida de vuestra gracia es la que solamente ¡ó Dios mio! merece nuestros sentimientos: sin ella somos verdaderos pobres, y por tanto os pedimos hoy que no nos abandoneis. Las mudanzas mas maravillosas las haceis con sola una palabra: decidla, Señor, en favor nuestro, y haced que mudados una vez nuestros corazones gusten y publiquen tantos beneficios en el tiempo, y canten vuestras misericordias por toda una eternidad. Así sea.

DOMINGO III.

DESPUES DE LA EPIPHANIA.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS.
cap. 12. v. 16. 21.

Hermanos: No seais sabios en vuestra opinion: no pagando á nadie mal por mal: procurando bienes, no solo delante de Dios, sino tambien delante de todos los hombres. Si ser puede, quanto esté de vuestra parte, teniendo paz con todos los hombres: no defendiendoois á vosotros mismos, muy amados, mas dad lugar á la ira: porque escrito está: á mí me pertenece la venganza: yo pagaré, dice el Señor. Por tanto si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer: si tiene sed, dale de beber: porque si esto hicieres, carbonos encendidos amontonaras sobre su cabeza. No te dexes vencer de lo malo: mas vence el mal con el bien.

que el olvido de sus preceptos y de su amor: los males del Justo no serán eternos.

En efecto, Señor, ¿qué puede temer un Cristiano conducido por vuestra admirable Providencia? ¿Podrá el justo que pone en vos solo su confianza experimentar verdaderas necesidades quando tanto cuidado teneis de la subsistencia hasta de los mas pequeños insectos? No es la escasez de los bienes de este mundo la que nos asusta y excita nuestras lágrimas: la pérdida de vuestra gracia es la que solamente ¡ó Dios mio! merece nuestros sentimientos: sin ella somos verdaderos pobres, y por tanto os pedimos hoy que no nos abandoneis. Las mudanzas mas maravillosas las haceis con sola una palabra: decidla, Señor, en favor nuestro, y haced que mudados una vez nuestros corazones gusten y publiquen tantos beneficios en el tiempo, y canten vuestras misericordias por toda una eternidad. Así sea.

DOMINGO III.

DESPUES DE LA EPIPHANIA.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS.
cap. 12. v. 16. 21.

Hermanos: No seais sabios en vuestra opinion: no pagando á nadie mal por mal: procurando bienes, no solo delante de Dios, sino tambien delante de todos los hombres. Si ser puede, quanto esté de vuestra parte, teniendo paz con todos los hombres: no defendiendoois á vosotros mismos, muy amados, mas dad lugar á la ira: porque escrito está: á mí me pertenece la venganza: yo pagaré, dice el Señor. Por tanto si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer: si tiene sed, dale de beber: porque si esto hicieres, carbones encendidos amontonaras sobre su cabeza. No te dexes vencer de lo malo: mas vence el mal con el bien.

INSTRUCCION.

Admirables son las máximas que nos presenta hoy el Apóstol San Pablo, y yo quisiera poderlas gravar para vuestra instrucción en el interior de vuestras casas, y mas todavía en el fondo de vuestros corazones. Entónces se multiplicarian las buenas obras para edificación de vuestros próximos, se extinguirian las enemistades y resentimientos, y se reconciliarian los corazones mas obstinados. En efecto, hermanos míos, del olvido de estas verdades, ó por mejor decir, del ningun conocimiento que de ellas quieren tomar los Christianos, nace ese desorden universal que reyna en cada estado, donde se ven algunas personas por su naturaleza muy dispuestas para dar el consuelo y el alivio á los miserables, que son la causa de grandes sentimientos. El amor propio, por el qual abundamos en nuestro sentido, y preferimos nuestras luces y talentos, produce las disputas, enagena el espiri-

despues de la Epiphania. 35

tu y el corazon, inspira los resentimientos, rompe las amistades, y pasa muchas veces á las venganzas mas crueles. Aprended, hermanos míos, en la Epístola de este dia el remedio de estos males, y prestadme vuestra atencion.

El Apóstol San Pablo considera que el orgullo es la raiz de todos los vicios que va á combatir; y por tanto empieza su Epístola con estas palabras: Hermanos: No seais sabios en vuestra opinion. Yo con mucho gusto os diria de la humildad lo que el Apóstol dice de la piedad: ella es útil para todos, y voy á demostraros como pueden referirse á esta virtud todas las lecciones con que nos instruye. Sed humildes, y no volvereis mal por mal; porque pensareis que todas vuestras desgracias, aun aquellas que provengan de la malicia de los hombres, son bien merecidas sino por las ofensas que les habeis hecho, á lo ménos por las que teneis hechas á Dios.

Sed humildes, y obrareis las obras de piedad y de misericordia, estimulados únicamente por la gracia y la manifestacion de estas obras. Sin ser

visto alimentar el amor propio, conseguireis que glorifiquen á Dios quantas personas las presencién. Entónces edificareis á vuestros hermanos, y tendreis la satisfaccion de que os imiten y sirvan á Dios y vuestro Padre.

Sed humildes, y no tendreis trabajo alguno en conservar la paz, porque, ¿qué causa hay que pueda turbarla? La injusticia de los hombres? no: pues no teniendo interes alguno personal que defender, hareis bien poco caso de su injusticia. Vuestra moderacion y paciencia harán tal vez á los malos en ocasiones mas atrevidos para insultaros y ofenderos; pero con la humildad les dareis blandas respuestas, y mitigareis su cólera, como dice el Sabio.

Si sois humildes, jamas obrareis llevados del resentimiento y la venganza. Pesareis todas las faltas del próximo, no en el peso de vuestro amor propio, que siempre las aumenta, sino en el peso de vuestros pecados que exigen grande paciencia, y mucha misericordia en Dios; no en el peso del mundo, sino en el del Santuario, que no tiene por pecado sino lo que ofende al Señor; no

en el peso de la envidia y de la soberbia, sino en el de la caridad, que siempre es dulce, que nunca se exaspera; y de este modo no defendereis con ardor vuestras máximas, ni los juicios que formais sobre las acciones de los hombres, sino que os tomareis tiempo para mitigar la cólera.

Sed humildes, y no perdereis nunca de vista esta máxima del Apóstol. Escrito está: A mí me está reservada la venganza, y á cada uno recompensaré segun sus obras. Entónces pensareis mucho ménos en vengaros de quien os ofende, que en buscar los medios de ponerlos al abrigo de las venganzas de un Dios tan terrible como justo.

Sed humildes, y no tendreis empacho de exâminar y reconocer las necesidades de vuestro hermano, aunque sea el enemigo mas implacable: ya no sereis indiferentes en sus males; y si tiene hambre ó sed, exercitareis la misericordia para hacerlos dignos hijos de Dios, é implorar la proteccion y el socorro de su gracia para las muchas miserias y enfermedades que padeceis. Sed humildes en fin, y conseguireis la gran victoria que está reservada pa-

ra los que lo son de corazon: mientras que los hombres tratan de excederse los unos á los otros en malicia, y de vencerse en perfidia y en maldad; vosotros al exemplo de Jesu-Christo vuestro Maestro y modelo, hareis firme resistencia al mal; y derramando bienes por todas partes, conseguireis su total derrota.

Estas son, hermanos míos, las ventajas de la humildad deducidas de las propias palabras del Apóstol, y por consecuencia la explicacion mas natural que podemos daros de la Epístola de este dia; pero ella produce una dificultad que debo resolver. Conocemos muy bien, decís, la ventaja de la humildad; pero no vemos tan claramente la práctica de una virtud tan facil. Por exemplo, Jesu-Christo dice en el Evangelio, haz bien en secreto, y Dios que será el testigo te dará la recompensa. El Apóstol dice: haz el bien no solo delante de Dios, sino tambien delante de los hombres. Parece que en estas dos sentencias hay una grande contradiccion; pero desaparece inmediatamente que se contempla sobre su espíritu. Sí, Christianos, la máxima del

Apóstol no quiere dispensaros de dar al próximo la edificacion correspondiente á su clase, estado y condicion: la humildad enseña á practicar las obras exteriores, y las acciones mas brillantes sin satisfaccion propia, y con la misma simplicidad que las acciones mas ocultas, porque no busca las buenas obras, sino la gloria de Dios, el provecho del próximo, y la propia santificacion.

Disipada esta primera dificultad, se presenta otra que nace de las palabras siguientes: teniendo paz con todos los hombres, si ser puede, quanto esté de vuestra parte. Pero no hay acaso ocasiones en que pueda romperse la paz, porque es impracticable, y por consecuencia no hay odios implacables, enemistades legítimas, y venganzas permitidas? No abuseis, hermanos míos, en manera alguna de las palabras del Apóstol, y tened entendido que con los auxilios de la gracia sereis siempre humildes de corazon, pacientes en las injurias, sufridos en las desgracias, é indulgentes con los mas crueles enemigos; pero no siempre dependerá de vosotros, el inspirar los mismos senti-

mientos á las personas que os molestan y afligen. Tendreis pues la paz que nazca de vosotros mismos, pero no la que dependa del próximo; vuestro corazon estará libre de enemistades, pero sin embargo sereis el objeto continuo del rencor y del ódio de los malos; guardareis, en las injurias un profundo y christiano silencio, y sereis incessantemente importunados con los clamores y los gritos de todas las personas que os rodean. Encontrareis á Dios como Job en la indigencia, en la enfermedad, y en la miseria universal de la naturaleza humana, y tendreis como él perseguidores crueles en los amigos, y aun en la misma esposa que escogisteis para que fuese vuestro recurso y consuelo en los trabajos.

Esta es la inteligencia genuina de las palabras del Apóstol, y la mas propia para procurarnos una paz sólida y estable. Pero escuchemos una nueva dificultad, que no es de poco interes y consideracion. El Apóstol no se contenta con exhortarnos á la mansedumbre, y al perdon de las injurias; sino que quiere que llevemos la generosidad hasta el punto de preveer las

necesidades de nuestro enemigo, de consolarlas y remediarlas. Si vuestro enemigo tiene hambre, dadle de comer; y si tiene sed, dadle de beber. Pero este es un consejo simple del Apóstol, ó es una parte del precepto del Evangelio de perdonar las injurias? A esta dificultad respondo, hermanos míos, con una pregunta sacada de la ley. ¿Qué os dicen las Escrituras? Amareis al Señor de todo vuestro corazon, y al próximo como á vosotros mismos. Pero quién es el próximo? Christianos, es una criatura formada de la misma masa que vosotros, y que lleva la imágen y semejanza de Dios, que nos ha criado: y para que esta criatura sea próximo, y tenga derecho á mi compasion, no necesita haber nacido de la misma sangre que yo, ni formar conmigo los vínculos de una tierna amistad, ni habitar la misma casa, el mismo barrio, la misma Ciudad. La Samaritana á pesar del ódio irreconciliable que le habia jurado la nacion Judía, manifiesta la atencion que debe á su próximo, y la tierna compasion con que le mira, aunque tiene una ley ménos perfecta y

caritativa que la nuestra. Esta es una gran leccion para los Christianos dominados del resentimiento y del encono.

Hay muchos que piensan haber perdonado á sus enemigos, porque no sienten aquella sed ardiente de vengarse, que devoraba su corazon; porque ven á su enemigo con ménos sobresalto, y porque en algunas ocasiones les dan la palabra, ó hacen algun paso en su beneficio; pero no consideran esa secreta alegría que sienten quando le han humillado, esa indiferencia actual en sus desgracias, y la lentitud con que se atiende á su socorro quando su situacion le reduce al estado de esperar el alivio, y aun la misma vida de su liberalidad.

¡ Ah, hermanos míos, si conocieseis las ventajas que nos proporciona el exercicio de la caridad, tenido por el mundo en la clase de bajeza y cobardía! ¡ Oh, y cómo entónces daríais vuestras alabanzas á esa mansedumbre inalterable de corazon, combatida por las olas de la soberbia, á esa generosidad que vuelve bien por mal, y á esa filosofia christiana, que nunca dexa vencerse ni por los ultrages, ni por

el desprecio! Este sí, que es el verdadero heroismo, y el triunfo de la humanidad. El Christiano caritativo es como un conquistador que subyugándose á sí mismo salva una alma mas preciosa á los ojos de Dios que el mundo entero: yo le veo conquistar el Reyno de los Cielos con la violencia que se hace para sujetar sus pasiones: yo le veo juntar carbones encendidos sobre la cabeza de su enemigo, no para consumirle por el medio de una indigna venganza, sino para abrasarle con el mismo fuego que le devora; y oigo que este mismo enemigo vencido y sorprendido de verse tratado con tanta generosidad y paciencia, exclama como Saul á David: mas justo eres que yo.

Este es el triunfo de la humildad christiana, y entre todas las otras que adornan las almas de los Justos, ella es la mas capaz de conseguir una victoria tan señalada. Un Christiano que llega á subir á este grado de heroismo, puede desafiar con humilde confianza á todas las tentaciones de la vida, seguro de que no le han de separar de la caridad de Jesu-Christo. Mientras practique esta virtud, será in-

venible, y tendrá la gloria de vencer al mismo tiempo á su enemigo, obrando su conversion, ó á lo ménos conteniendo su malicia: al Demonio desconcertando sus esfuerzos y artificios: á su propio corazon arrancando las raíces del amor propio y del orgullo; y á Dios finalmente desarmando su cólera, é interesando su misericordia.

¡Oh, preciosa y rara virtud! hermanos míos, vamos desde hoy á poner todas las diligencias posibles para conseguirla; pero no imitemos para ello á esos miserables y cobardes, que cediendo continuamente á sus malas inclinaciones, y á sus ódios, hacen un ostentoso alarde de no sufrir ni perdonar á sus enemigos. Este templo contiene quizá en este instante á muchos de esos malos soldados que combaten continuamente con otras armas, y por otros intereses que los de Jesu-Christo, y que estando muy animosos para defender la menor disputa que se suscita, dan pruebas de su pusilanimidad quando tienen que tolerar la menor flaqueza de su próximo.

¡O Dios mio! armad vos mismo

nuestras manos para el combate: armadlas para que se defiendan contra el amor propio que continuamente nos está solicitando: armadlas tambien de esa sabiduría, y de esa gracia, que venciendo todos los males de la vida nos proporcionan en el bien que inspiran el mérito y la recompensa por toda la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO.
cap. 8. v. 1. 13.

En aquellos dias: Como descendió del monte, le siguiéron muchas gentes: Y vino un leproso, y le adoraba, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Y extendiendo Jesus la mano, le tocó, diciendo: Quiero. Sé limpio. Y luego su lepra fué limpiada. Y le dixo Jesus: Mira, que no lo digas á nadie: mas ve, muéstrate al Sacerdote, y ofrece la ofrenda, que mandó Moysés, en testimonio á ellos. Y habiendo entrado en Capharnaum, se llegó á él un Centurion, rogándole, y diciendo: Señor, mi siervo paralytico está postrado en casa, y es reciamente

atormentado. Y le dixo Jesus: Yo iré, y lo sanaré. Y respondiendo el Centurion, dixo: Señor, no soy digno de que entres en mi casa: mas mándalo con tu palabra, y será sano mi siervo. Pues tambien yo soy hombre sujeto á otro, que tengo soldados á mis órdenes, y digo á este: vé, y vá; y al otro: ven, y viene; y á mi siervo: haz esto, y lo hace. Quando esto oyó Jesus, se maravilló, y dixo á los que le seguian: Verdaderamente os digo, que no he hallado fe tan grande en Israel. Y os digo, que vendrán muchos de Oriente, y de Occidente, y se asentarán con Abraham, y Isaac, y Jacob en el reyno de los cielos: Mas los hijos del reyno serán echados en las tinieblas exteriores: allí será el llanto, y el crugir de dientes. Y dixo Jesus al Centurion: Vé, y como creiste, así te sea hecho. Y fué sano el siervo en aquella hora.

INSTRUCCION.

Los prodigios admirables van á fixar nuestra atencion en el Evangelio de este dia. Apenas Jesu-Christo empieza á manifestarse á los hombres, se hace conocer ya como un Dios sensible á sus enfermedades y miserias. Cada uno de los pasos de su vida mortal está señalado por algunos milagros ó beneficios; y no pasa por medio de los pueblos sino para dexar en ellos testimonios sensibles de la bondad, y la generosidad de su corazon. Pero notad, hermanos míos, la gran diferencia que hay entre los milagros de Jesu-Christo, y los prestigios asombrosos que el demonio ha empleado tantas veces para hacerse adoradores y discipulos. Los milagros de Jesu-Christo no solamente llevan consigo el carácter de divinidad, y de poder que los distingue de esos prestigios abominables, sino que tambien anuncian su excelencia y su grandeza, las circunstancias mismas en que se obran,

las precauciones que toma el Señor para hacerlos, y las instrucciones que da con este motivo á los espectadores. Los enfermos y los afligidos son los que generalmente excitan su misericordia, y casi siempre son sus milagros ó las recompensas de su fé, ó la ocasión de instrucciones útiles y sensibles para los corazones humildes que los solicitan.

Es verdad que los Fariseos incrédulos han atribuido mas de una vez á Beelcebuth las obras milagrosas que Jesu-Christo hacia en medio de su pueblo; pero tambien él supo convencerlos de que no tenia necesidad sino de recurrir á su propio poder, y á una autoridad que hacia temblar á Satanás, para mandar á la naturaleza, á las enfermedades, á la muerte, y al Demonio mismo. Así lo prueban las circunstancias de los dos milagros que refiere nuestro Evangelio: y para que vosotros, hermanos míos, saqueis la instruccion conveniente de mis palabras, prestadme vuestra atención.

Habiase hecho Jesu-Christo conocer, en el sermón admirable que acababa de predicar en el monte, como

el solo Maestro, y el único Doctor que los hombres debian escuchar. En esta instruccion prescribió sus obligaciones á todos los estados de la vida, y fué el compendio de la moral que debia explicar mas adelante al pueblo. Habia empleado para instruir y mover á sus oyentes las exhortaciones mas vivas, las parábolas mas sensibles, y algunas veces tambien terribles amenazas; y si comparamos, hermanos míos, los preceptos que Jesu-Christo nos dá en esta instruccion con las máximas de relaxacion que los Doctores de la ley habian enseñado al pueblo, nos admiraremos de que se escuche á Jesu-Christo en el monte con tanta atencion y respeto; pero si consideramos que á ningun otro le corresponde el gobernar y dirigir los corazones á pesar de la austeridad de su doctrina, y de haber desmentido formalmente la de los Doctores de la ley, quitando asimismo la máscara á la hipocresia de los Fariseos, no extrañaremos que se lleve hoy en pos de sí la admiracion, y la confianza de quantos le escuchan; y que esta multitud tome la resolucion de consagrar-

50 *Domingo III.*
se á él, y de seguirle. Los dos milagros que nos refiere el Evangelio, serán una nueva instruccion para este pueblo, y la disposicion en que se hallan los dos enfermos que solicitan su curacion, y la conducta que Jesu-Christo observa con ellos, serán dos motivos poderosos para que conozcan la divinidad y el poder de su Maestro.

El Evangelio dice que primeramente se le presentó un leproso, y que le adoró: ¡O qué Fé la de este miserable! Ella le enseña que, acercándose al Salvador, se acerca á su Dios; y si el respeto mas profundo le penetra, le anima la confianza mas perfecta; ella le hace conocer en Jesu-Christo un médico universal, sensible á todas las enfermedades, y para quien las mas ocultas é incurables serán facilísimas y conocidas; y por tanto le dice: Señor, si quereis podeis sanarme: esta es la única relacion que hace de su enfermedad. Pero no pasemos mas adelante, hermanos míos, sin examinar la enfermedad de este hombre. La lepra era una enfermedad contagiosa que infestaba todo el cuerpo. La muerte del Leproso era en extremo deplorable en-

después de la Epiphania. 51
tre los Judios. La ley mandaba con penas gravísimas, que qualquiera que se viese atacado de la lepra se presentase inmediatamente al Sacerdote, el qual luego que reconocia y declaraba la enfermedad, pronunciaba contra el Leproso una sentencia de separacion, en cuya virtud se prohibia con penas tambien muy fuertes la comunicacion con esta clase de enfermos. Desde este punto renunciaban el trato de sus amigos y sus deudos: se prohibia el uso de sus ropas y muebles; y en una palabra, su vida misma: mientras duraba la curacion era un género de muerte. Como entre todas las enfermedades era ésta la que mas humillaba y abatía á los Judios, se valió Dios en algunas ocasiones de ella para castigar sus pecados; y así refiere la Escritura, que por una sola murmuracion que tuvo la hermana de Moyses en el desierto, la castigó con una lepra, que precisó á este sabio legislador á separarla del campo de Israel. En el dia no es comun entre nosotros esta enfermedad; y como por otra parte ya no son tan necesarios los castigos visibles, Dios no se sirve de este

medio para confundir los pecadores, y traerlos al camino del arrepentimiento; pero si la lepra ya no es el castigo del pecado, á lo ménos es una figura bien sensible de él, como podremos reconocerlo comparando el estado de un Leproso con el de un pecador.

Consideremos en primer lugar la lepra como una enfermedad contagiosa, y en tal manera, que para prevenirse de ella era preciso interrumpir y cortar toda comunicacion; esta es la suerte del pecador: el progreso insensible y rápido que hacen el vicio y la corrupcion en los corazones: las frecuentes impresiones que sienten los Christianos por la compañía de los malos: la prodigiosa facilidad con que pierden la inocencia quando viven familiarmente con los pecadores; y en una palabra, todo lo que hace al pecado peligroso para el que le comete, y pernicioso para aquel á quien sirve de escándalo, todos estos son los caracteres que le distinguen, y que motivan el pronunciamiento de la ley de la separacion.

Consideremos en segundo lugar, que separado un Leproso de la Socie-

dad, ya no podia tener cargo ni empleo alguno, de tal modo, que aun los mismos Reyes, que se veian atacados de la lepra, estaban obligados á descender del trono, y condenados á pasar sus dias en la obscuridad y en el olvido. Esta segunda circunstancia me parece muy propia para caracterizar el pecado. El pecador ya no goza distincion alguna entre los amigos de Dios, y si la Iglesia le cuenta todavia en el número de sus miembros, ella no le mira sino como un miembro seco y árido, incapaz, mientras subsista en el pecado, de obrar eficazmente en provecho de su salvacion, y capaz por el contrario de propagar la peste en el rebaño de Jesu-Christo.

Consideremos en tercer lugar la prohibicion del uso de todo lo que servia á la persona del Leproso, y que si alguno quebrantaba esta regla, no solo se exponia á contraer la misma enfermedad, sino que quedaba impuro; y era indispensable, para librarse de esta mancha legal, sujetarse á largas y penosas purificaciones. Es muy difícil, hermanos míos, confundirse con los pecadores, tomar parte en sus di-

versiones, gustar de sus pasatiempos y placeres, sin hacerse cómplices de su disolución, de sus extravagancias, y de su locura; ó degenerar á lo ménos sensiblemente del estado de perfeccion y de virtud.

Yo pudiera, amados míos, ampliar mas esta comparacion, si no me llamasen otras circunstancias de nuestro Evangelio; pero si la lepra es una figura tan sensible del pecado, y sus conseqüencias, ¿no podremos proponer la conducta del Leproso por un modelo á todos los que desean convertirse á Dios? En efecto, las disposiciones que conducen á este hombre á los pies de Jesu-Christo, exigen toda nuestra atencion. ¿Acaso espera el Leproso que Jesu-Christo venga á curarle? No es, hermanos míos, tan insensato: muy diferente de esos pecadores temerarios, que para convertirse esperan que Dios les mude de repente, y que ilumine sus corazones con aquella gracia que convirtió á los Pablos y á los Agustinos, gracia que Dios nunca ha prometido, y que casi nunca concede. Conoce el Leproso toda su bajeza, y la grandeza y santidad de aquel, cuyo

socorro implora; y sin contar con sus propios méritos pone toda su confianza en la compasion y la caridad de su Médico. Si quereis, podeis curarme, dice á Jesu-Christo: pero aunque habla de esta manera, no duda de que este Señor tome parte en su enfermedad; y aunque confiesa su indignidad y baxeza, no piensa deber su curacion sino á la voluntad de Dios, que solo consulta su misericordia quando nos quiere dispensar alguna gracia.

Jesu-Christo conoce, aprueba y recompensa tan buenas disposiciones; y así con una sola palabra llena todas las esperanzas, y colma los deseos del Leproso: Quiero, le dice, é inmediatamente desaparece la lepra, y se ve libre de la cruel enfermedad que le oprimia. Con tanta facilidad cura Jesu-Christo, hermanos míos, los enfermos constituidos en tan deplorable estado. Si nosotros, en las diferentes enfermedades corporales que padecemos, conociésemos un Médico que curase con tanta prontitud, y con tan pocos remedios, ¿no correriamos ansiosos á buscarle á costa del mayor trabajo? ¿Pues por qué estando tan afligidos de

una multitud de enfermedades espirituales, y oprimidos con el peso de nuestros pecados, tenemos tanta repugnancia en solicitar el único remedio que Jesu-Christo ha establecido en su Iglesia para curar todas nuestras dolencias? No nos enseña la fé, que luego que el Sacerdote ha pronunciado la sentencia de absolucion, quedamos inmediatamente curados de nuestros pecados, y se disipa y desaparece la lepra que estaba apoderada de nuestra alma? A la verdad, hermanos míos, que nosotros somos mas insensibles á las enfermedades del alma, que á las del cuerpo: esta ciertamente es una desgracia digna de llorarse: para curar nuestros males corporales, no nos quejamos, ni de los gastos excesivos, ni de las operaciones crueles, ni del rigor con que se nos trata: importa mucho la salud del cuerpo, y es preciso sufrirlo todo. Pero acaso tenemos esta tolerancia para curar los pecados? Si el Ministro de la Penitencia quiere trabajar en purificarnos, y para ello nos aplica algunos remedios dolorosos, ¿no le acusamos de severidad excesiva? Jesu-Christo, aunque para confir-

mar la cura del Leproso no tuviese necesidad del testimonio de los Sacerdotes de la ley, le impone á este hombre la obligacion de presentarse á ellos, para manifestar que no ha venido á abolir los preceptos, cuyo cumplimiento era el principal objeto de su ministerio; pero ante todas cosas le ordena un profundo silencio, y exige asimismo la ofrenda prescripta por Moyses, por primer testimonio de su reconocimiento al Señor.

Podia por ventura, hermanos míos, describirnos mejor el Evangelio las disposiciones que Jesu-Christo exige de aquellos á quienes concede la gracia de la reconciliacion? En primer lugar les ordena el silencio; porque no conviene á un pecador recién convertido hablar con satisfaccion de su mudanza, y de su conversion á Dios; y si quiere hacerlo, ha de ser mas con las obras, que con las palabras.

En segundo lugar, Jesu-Christo aunque tuviese facultad de perdonar los pecados sin el ministerio de los Sacerdotes; quiso sin embargo que este perdon dependiese de la declaracion que hace el Ministro de la enfer-

medad, de las prácticas, y de la penitencia que impone, y del juicio que pronuncia; y que no se tuviese por verdadera curacion aquella que no se sometiese al poder que ha comunicado á su Iglesia. Por tanto es en vano, dice San Juan Chrisóstomo, que un pecador diga en su corazon, yo soy penitente: yo detesto interiormente mis faltas: Dios que conoce, y que sondea el secreto de las conciencias, ve la sinceridad de mi dolor; si Jesu-Christo dice, manifestaos al Sacerdote, y no conteis con vuestra reconciliacion sino quando él os despida en paz.

En fin, aunque Jesu-Christo remita las penas eternas, que son el justo castigo del pecado, no por eso dispensa las obras satisfactorias que exigen la justicia de Dios ofendida, y la naturaleza misma de la ofensa, cuya práctica fiel es comúnmente la prueba ménos equívoca de la sinceridad del arrepentimiento. En efecto, si prescribe á este Leproso del Evangelio la ofrenda ordenada por Moyses, ¿con cuánta mas razon le prescribirá al pecador el cumplimiento de las obras que

le impone el Ministro de la reconciliacion?

Apénas ha obrado Jesu-Christo este primer prodigio quando viene á pedirle un Centurion la salud de su criado, rogándole, y diciéndole: Señor, mi siervo paralítico está, postrado en casa, y es reciamente atormentado. Notad, hermanos míos, que el Centurion con tanta sollicitud y cuidado, no pide á Jesu-Christo la curacion de algun hijo que hiciese todas sus delicias, ni la suya propia, sino la de un criado: ¿Qué leccion tan útil para los amos, y principalmente para aquellos orgullosos, é insensibles, que no toman parte alguna en las enfermedades y trabajos de sus criados! Jesu-Christo con este exemplo quiere enseñarles que estan constituidos en la obligacion esencial de mirar á sus domésticos como que hacen parte de sus propias familias, y que el medio de hacerles ménos dura y sensible la esclavitud, es el de compadecerse de sus trabajos, y de procurarles el alivio y el consuelo de sus males.

Aunque esta enfermedad que padece el criado del Centurion parezca

diferente de la primera, no es ni ménos peligrosa, ni ménos terrible; y nos figura asimismo una enfermedad espiritual, que ciertamente es muy digna de temer. En la lepra hemos pintado el pecado en general, y la parálisis nos figura el estado de ciertos pecadores de costumbre que han llegado á envejecerse en el crimen. ¡O qué terrible y funesta es la situacion en que se hallan estos infelices, porque ya apenas tienen sentimiento alguno de las ofensas que hacen á su Dios! La larga y penosa duracion de sus enfermedades los tiene como al parálitico en un género de entorpecimiento que los hace indiferentes para todos los objetos de la religion. Es verdad que no tienen una negacion absoluta de volverse á Dios; pero la inclinacion y la costumbre debilitan sus esfuerzos de tal modo, que regularmente los hacen infructuosos y estériles. El Centurion no podia expresar mejor la situacion deplorabile á que la parálisis tenia reducido su criado, que diciendo: está postrado en casa: y yo tampoco podré pintaros mejor el estado del pecador, que diciéndoos que quando ha llegado

á dominarle una vez la pasion, se postra y cae sin remedio baxo el peso de la iniquidad.

Tristes son, hermanos míos, los males que nos refiere el Evangelio, y mas sensible todavía es la figura tan perfecta de nuestras enfermedades espirituales que nos representa; pero tambien tenemos en la ternura y bondad con que Jesu-Christo recibe estos enfermos una imagen sensible de su indulgencia y misericordia ácia nosotros, y á fin de levantar nuestra confianza, apliquémonos á nosotros mismos aquellas dulces palabras que dirige al Centurion: yo iré, y le sanaré.

Notad, mis hermanos, que Jesu-Christo podia exigir que se le presentase el enfermo, asi como pudiera pedir al pecador quando quiere convertirse que diese los primeros pasos en su conversion; pero este apacible Señor, que ha venido para buscar las ovejas perdidas de la Casa de Israel, muy léjos de esperar que se traygan á su presencia las que estan heridas, corre para buscarlas y curarlas: yo iré, y le curaré.

El Centurion por mas solícito é

interesado que estuviese en la salud de su criado; nunca creyó que este fuese un motivo para que Jesu-Christo se dignase venir á su casa; y considerando toda su baxeza, y el poder del Señor á quien invoca, le dice: Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa. La distancia que separa á mi criado de tu grandeza, no es un obstáculo para tu bondad; tu poder no está limitado á lugar determinado, y así di una palabra, y con ella se remediarán sus males, y mi afliccion.

No quiero, hermanos míos, mostraros con una larga explicacion del mérito que tiene esta respuesta: basta decir, que la Iglesia se sirve de las mismas palabras, para inspirarnos la humildad y la confianza, siempre que nos presenta en el altar el cuerpo adorable de Jesu-Christo. Pero aunque esta tierna madre quiere que penetrados de nuestra miseria, y de su bondad, solicitemos la salud de nuestros males con la misma humildad y confianza que el Centurion; y tenemos acaso los mismos sentimientos, que animaron sus palabras? La humildad le hace considerar la santidad de Jesu-Christo, y su mise-

ria, le representa el poder del Salvador y su propia debilidad; y aunque gozoca las ventajas y las honras que van á resultar á su casa con la presencia de su Dios, no solo no se atreve á solicitar este favor, sino que lo resiste diciendo: no soy digno de que entres en mi casa. Si la fe le persuade que no tiene límites el poder de Jesu-Christo; que le basta querer, y mandar para ser obedecido; y que la enfermedad mas incurable, como la mas inveterada, no resistirá su voz; su confianza no le dexa dudar de la salud de su criado luego que el Salvador quiera interesarse en ella, y la comparacion con que le responde convence la íntima persuasíon en que vive. Tambien yo soy hombre sujeto á otro, que tengo soldados á mis órdenes, y digo á este, ve, y va; y al otro, ven, y viene: haz esto, y lo hace. ¿Pues vos, Señor, que disponéis como soberano de las criaturas, y de la naturaleza entera, podeis esperar que haya quien se oponga á vuestra voluntad? ¿Tendreis ménos poder sobre las enfermedades de mi cuerpo, que yo sobre mis semejantes y subalternos?

¿Vuestra voz no será bastante, poderosa para destruirlas?

Reflexionad bien, hermanos míos, el sentido de estas palabras del Centurion, de un hombre que por su religion y estado no era susceptible de confianza, y de fe en Jesu-Christo. Pero notad tambien, que oyendo el Señor la comparacion, no pudo ménos de admirarse; y tomando ocasion de esta circunstancia para dar una instruccion útil á la multitud que le sigue, les dixo: en verdad que no he encontrado tanta fe en Israel. Este dicho de Jesu-Christo nos debe hacer temblar, hermanos míos! ¿Es posible que Israel carezca de fe mientras que un soldado Romano se ve inflamado con su fuego? ¿El heredero de las promesas manifiesta la mayor indiferencia al objeto de ellas, entre tanto que un gentil reclama las misericordias de Dios con tanta solicitud y confianza? ¿Y podremos acusar solamente á Israel de ingratitud? La indiferencia que manifiestan la mayor parte de los Christianos en las repetidas gracias ofrecidas y recibidas, ¿no merece que se les trate de la misma manera? ¿Qué humilla-

cion para el pueblo Judío, el verse excluido de un Reyno que le pertenece, al mismo tiempo que serán concedidas sus primeras dignidades á hombres que parecian excluidos de ellas! ¿Pero pensais que sea ménos triste para los Christianos el verse precipitados en las tinieblas exteriores, despues de haber gozado del titulo de hijos de Dios, entre tanto que este Reyno será la herencia de los pueblos nuevamente convertidos á la fe? Jesu-Christo, hermanos míos, llena y satisfice todos los deseos del Centurion con una sola palabra: vé, y como creiste, así sea hecho; y fué sano el siervo en aquella hora. ¿No estamos los Ministros de su Evangelio autorizados para inspirar á los mayores pecadores la confianza mas perfecta despues que nos dió una prueba tan sensible de su poder? Una enfermedad la mas cruel que jamás se vió, se disipa en el instante que lo manda, ¿y las costumbres inveteradas y las malas inclinaciones tendrán fuerza contra su voluntad? Pecadores, no dexéis pues de solicitar su gracia, no es vuestro siervo el que enferma y desfallece en vues-

tra casa, sino el alma que es el mayor y mas propio bien que teneis, como dice el Profeta: ella es la que padece la enfermedad mas cruel. Venid, pecadores, á encontrar á Jesu-Christo en la persona de su Ministro; exponedle con sinceridad la naturaleza de los males que os afligen; manifestadle con viveza el dolor que padeceis, y os dirá como al Centurion: ve, y como creiste, así sea hecho. Ojalá, hermanos míos, que podáis oír de nuestra boca estas palabras, y que pueda ser sólida y durable esta curacion, á fin de que vueltos á la vida conserveis la salvacion eterna. Así sea.

DOMINGO IV.

DESPUES DE LA EPIPHANIA.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS,
CAP. 13. V. 8. 10.

*Hermanos: No debais nada á nadie:
Sino que os ameis los unos á los
otros; porque el que ama á su pró-
ximo, cumplió la Ley. Porque: no
adulterarás: no matarás: no hur-*

*despues de la Epiphania. 67
tarás: no dirás falso testimonio:
no codiciarás: y si hay algun otro
mandamiento, se comprehende su-
mariamente en esta palabra: Ama-
rás á tu próximo, como á tí mis-
mo. El amor del próximo no obra
mal: y así la caridad es el cum-
plimiento de la Ley.*

INSTRUCCION.

Toda la ley se encierra, como ha dicho Jesu-Christo, y nos demuestra el Apóstol San Pablo, en el precepto del amor: no puede tratarse un punto de la moral christiana que no tenga relacion con este precepto, y en vano pretenderíamos conservar la caridad con disposiciones contrarias á ella: por mas legítimos que parezcan el odio y el rencor, siempre destruyen el reyno de esta virtud; y para vivir como christianos, es preciso no solo amar á nuestros hermanos, sino tratarlos como á nosotros mismos; esta es una obligacion esencialísima de todos los estados, tiempos y lugares.

En la última instruccion hemos hecho ver las virtudes que están intimamente unidas á la caridad, y ahora vamos á estudiar la caridad misma, y los medios mas propios de practicarla.

El Apóstol distingue dos géneros de deudas entre los hombres, las unas voluntarias, que son el efecto de una confianza mútua, y las otras forzadas y necesarias, impuestas por la naturaleza misma; pero las unas y las otras deben pagarse exáctamente, con esta diferencia: que con el pago de las primeras queda extinguida del todo la obligacion; pero aunque se paguen las segundas, todavia somos deudores de alguna cosa.

El Apóstol nos dice: No debais nada á nadie. Esta obligacion de pagar al próximo aquellas anticipaciones ó préstamos que nos ha hecho para socorrer nuestras necesidades, ó fomentar nuestra utilidad, pertenece de tal manera á la caridad, que podemos contar en el número de los usurpadores de los bienes ajenos á todos aquellos que sin necesidad absoluta, ó por satisfacer su lujo, su vanidad, su sensualidad y su ambicion, toman pres-

tados unos bienes, que pudieran en otra mano tener un empleo mas útil, como asimismo aquellos que solicitan estos préstamos sin pensar en los medios de pagarlos. Aquellos que emplean una cantidad, que deberian destinar al pago de otras deudas; aquellos que no se cuidan de trabajar, ó de economizar para proporcionarse los medios de pagar, y finalmente aquellos que se tranquilizan con la opulencia de sus acreedores, ó con su moderacion para diferir hasta su muerte el pago de las deudas, que quizá quedarán despues insolventes; pecan sin duda contra la caridad: este abuso que se hace de la confianza y buena fé del próximo, es lo mismo que si se robase abiertamente, y en alguna ocasion mas digno de castigo; lo peor es, que poquissimas veces se nos habla de este gravísimo pecado en el tribunal de la penitencia. Se contraen deudas con prodigiosa facilidad, aprovechándose algunas veces de la ignorancia, ó de la debilidad de un indigente para arrebatár de sus manos el fruto de sus ahorros. Se exige del Artesano, que construya y amueble nuestras casas con una prontitud

que muchas veces les impide tomar otras obras mas lucrativas y útiles; y quando se trata del pago, todo es moratorias, dilaciones y esperas, que por lo comun no se acaban ni con la misma muerte; porque es tal el desorden en que quedan los negocios que inevitablemente se consume una buena parte de los bienes entre las personas destinadas á conservarlos y esclarecerlos, y el pobre artesano no viene á sacar mas que la triste esperanza del fruto de sus trabajos, terminándose su vida ántes que haya podido recoger su salario. Sin embargo vemos que estos deudores viven tranquilos, que no excusan ningun gasto, ni rehusan mil superfluidades, por lo qual salen de este mundo cargados de bienes agenos, y mucho mas del terrible anatema que profiere el Apóstol quando dice: los que quitan á otros sus bienes no entrarán en el Reyno de los Cielos. Por tanto, yo les dirijo en este dia las mismas palabras del Apóstol: no debais nada á nadie; pero no penseis por esto que extinguidas las deudas, se ha satisfecho toda la obligacion: aun subsiste otra á que siempre sois respon-

sables, y que debeis cumplir con gran cuidado, y es el amor que os debeis unos á otros. Quizá el descuido que se padece en el pago de esta deuda es la causa de que se la tenga en tan poca importancia, sin considerar la grande extension de que es susceptible, porque la caridad no nos une solamente á nuestras familias y personas de nuestra estimacion: el grito mismo de la naturaleza nos está llamando al amor, y hasta los animales son los modelos en esto, y los censores de nuestra mala conducta para con aquellos que les debemos el ser. ¿Seria posible que la caridad nos uniese solamente á nuestros bienhechores? No: Una probidad toda humana nos predica el reconocimiento, y los Paganos, dixo Jesu-Christo, son los primeros en pagar lo que deben; la caridad acaso se contentará con el interes que tomamos por los que habitan las mismas casas y pueblos? ¡Oh! Si un Christiano no se despojase en tiempo alguno de los sentimientos que inspira la compasion y la sensibilidad, ¿Qué union habria entonces en las familias! ¿Qué paz y que cuidado mutuo entre los

vecinos! ¡Qué atención para indagar y prevenir las necesidades de los infelices que viven entre nosotros! Pero no es esto solo lo que pide la caridad; todavía quiere alguna cosa más: un extranjero, y aun el mismo enemigo tienen derechos incontestables sobre el corazón de un Cristiano: Sí, hermanos míos, él debe sobrellevarlos en las faltas que cometen, tratarlos con mucha consideración y miramiento quando los hayan de reprehender, compadecerse en sus desgracias, ya que la Providencia ha puesto en sus manos su remedio. Esta es la deuda de que nos habla el Apóstol, la qual pagada pueden jactarse de haber cumplido toda la ley, porque ella se reduce á la caridad: por tanto quando va refiriendo los preceptos que tienen relacion al próximo, nos convence que la observancia de los mandamientos en sí misma, no es precisamente la que agrada á Dios, sino se une con el amor. Cada uno de estos preceptos separados del amor no pasa de la línea puramente humana. Un principio natural decia á los Paganos, no adulterarás, no matarás, no hu-

tarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás. Estas leyes han sido observadas por muchos Sabios con una exactitud tan escrupulosa, que ciertamente debe avergonzar á la mayor parte de los Christianos del día. ¿La ley Evangélica no prescribirá otra regla mas santa á sus Discípulos que sea el complemento de todas las de la naturaleza? Sí, amados míos, amarás á tu próximo como á tí mismo. Esto es lo que no sabian los Gentiles: sus luces naturales no eran suficientes para inspirarles esta gran verdad, y así era el orgullo el escollo de todas sus virtudes; ellos eran buenos amigos, padres virtuosos, hijos humildes, vasallos fieles, ciudadanos generosos, mientras que su amor propio no estaba comprometido: en este momento todo cesaba, y mientras que honraban la virtud con una sabiduría, y una firmeza que parecia superior á las fuerzas humanas, se deshonoraban á sí mismos por una vanidad que los hacia capaces de las mayores baxezas.

La ley de los Christianos no es de esta naturaleza, ni tiene semejantes escollos: amarás á tu próximo como

á tí mismo, y te acordarás que la caridad de quien eres discípulo, no busca sus provechos, no piensa facilmente el mal, no obra precipitadamente, no se ensoberbece. ¿Y de dónde viene esta grande paciencia, y esta grande humildad? la caridad es la causa: Ella nos enseña á mirar al próximo como á nosotros mismos, á tener con él la misma indulgencia que tenemos y queremos para nosotros, y á ofrecerle los sacrificios que hacemos en obsequio de nuestra salud y comodidades. La caridad es el cumplimiento de la ley, concluye el Apóstol; y así todos los preceptos relativos al próximo se contienen en el amor del próximo, y este mismo amor se apoya sobre el amor de Dios. Hermanos míos, esas amistades tan tiernas y sensibles, esas naturales simpatías, esos amores desordenados que produce la pasión, son de todos modos incompatibles con la caridad, y mas bien una idolatría que un acto de religion y de virtud; porque el corazon casi siempre da á la criatura la preferencia sobre el Criador. ¿Y cuántas veces estas amistades particulares son causa de los odios, de

los resentimientos, y las venganzas que pasan entre los Christianos? La caridad se anuncia, amados míos, con auspicios mas favorables; ella es constante, porque nunca ama sino lo que debe amar; ella es sincera, y jamas oculta el veneno del ódio baxo el velo de palabras halagüeñas y blandas; ella es universal, y no tiene acepcion de personas; si alguna vez da la preferencia, no es á sus intereses, ni á su amor propio, sino á los objetos que interesan mas su compasion y su sensibilidad, y los mas miserables son los que tienen mayor derecho á su ternura; ella finalmente es generosa, y sacrifica con alegría sus gustos particulares, sus intereses personales, las injusticias y los agravios que sufre.

Pero, Dios mio, ¿por qué causa nos vemos reducidos la mayor parte de los Christianos á considerar especulativamente la caridad, y á no practicarla nunca? ¿No decimos en nuestras conversaciones que es útil, y que en ella se cifra el consuelo y la alegría de nuestra vida? ¿Pues por qué vivimos tan abandonados, como si la caridad fuese una virtud extraña ó impractica-

ble? ¡ Ah! Señor, dadnos vuestros auxilios, y entonces la conoceremos, y observaremos: sin ellos, Dios mio, no podemos movernos á parte alguna. Concedednos este doble favor; haced que la miremos como el objeto de nuestro estudio continuo; que obremos siempre conforme á las reglas que nos prescribe, y por último que nos dirija en la tierra, y asegure la felicidad en el Cielo. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 8. v. 23. 27.

En aquel tiempo: Entrando Jesus en un barco, le siguieron sus Discipulos: y sobrevino luego un grande alboroto en la mar, de modo que las ondas cubrian el barco; mas él dormia. Y se llegaron á él sus Discipulos, y le despertaron diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Y Jesus los dice: ¿Qué temeis hombres de poca fé? Y levantándose al punto, mandó á los vientos y á la mar, y se siguió una grande bonanza. Y los hombres se maravillaron, y decian: ¿Quién

*despues de la Epiphania. 77
es éste, que los vientos y la mar
le obedecen?*

INSTRUCCION.

El Evangelio de este dia vá, hermanos míos, á darnos grandes instrucciones y muchos consuelos. La tempestad que experimentan los Apóstoles, es la figura de las tentaciones y los peligros que nos asaltan y cercan en la vida; las súplicas que dirigen á Jesu-Christo, y la atencion que este Divino Maestro pone en su necesidad, nos enseñan á un mismo tiempo los medios de que nos hemos de valer, y la confianza que exige en nuestras peticiones.

Para hacer esta instruccion mas convincente y sensible, debemos suponer que, siendo Discipulos de Jesu-Christo, y miembros de su Iglesia, nos hallamos en una barca siempre agitada de las olas, y expuesta algunas veces á violentos, é inminentes peligros; pero que sin embargo nada tenemos que temer estando en su compañía, porque vela sobre nosotros mismos quando pa-

rece que está durmiendo: tambien debemos considerar que no nos prohibe clamar, é interesarle con nuestras oraciones, quando nos vemos en algun peligro; pero que al mismo tiempo es indispensable alejar á mucha distancia las desconfianzas y las dudas que regularmente entibian el fervor: y en fin debemos pensar que aunque manda á los vientos y á la mar, no por esto le quita á este elemento su inestabilidad é inconstancia, y que por consecuencia tenemos necesidad de vivir en un continuo temor, y no entregarnos demasiado á la confianza. Prestadme vuestra atencion.

Entrando Jesus en un barco le siguiéron sus Discipulos: esta relacion puramente histórica encierra ya reflexiones muy útiles. Jesu-Christo, hermanos míos, debe estar á nuestra cabeza en todos los peligros, y su presencia calma inmediatamente toda inquietud y sobresalto; pero tambien es preciso seguir sus pasos por qualquier parte que vayan, sin oponer la menor dificultad, ni alegar la desproporcion que hay entre su naturaleza y la nuestra. Esta desproporcion es un re-

paro que comunmente se nos pone quando queremos inspiraros la práctica de las virtudes á imitacion de Jesu-Christo. El era Dios, y yo soy hombre, decís: El era poderoso en gracia y en sabiduría, y yo soy fragil: ¿Pensais que este pretexto pueda servir de excusa quando estando arrebatados de la cólera, os hablamos de su paciencia? ¿quando en el tiempo que estais mas agitados del orgullo, os presentamos el exemplo de su mansedumbre? Acordaos, hermanos míos, que ó no debéis contaros en el número de sus discípulos, ó debéis seguirle constantemente: Le siguiéron sus Discipulos.

Pero esta necesidad de seguirle es mas urgente y obligatoria á medida que se multiplican las dificultades y los obstáculos. Seguirle en los caminos suaves, practicar la ley, amar la religion en las ocasiones fáciles, en las obligaciones comunes y ordinarias, y en las reglas que prescribiera una probidad natural, es un mérito muy débil; pero seguirle en los caminos de las aflicciones y de los trabajos, de las humillaciones y de los desprecios, de la penitencia y de la mortificacion; seguirle

llevando su cruz, es la obligacion mas indispensable de los que quieren contarse en el número de sus Discípulos. Pero cuántos Christianos hay que le sigan de esta manera? hay muchos que piensan estar unidos á Jesu-Christo, porque las tentaciones no han sido aun bastante eficaces para hacerlos caer en desórdenes visibles: si á estos se les diese á escoger el vivir separados de Jesu-Christo, sin agitaciones ni sobresaltos, ó vivir con Jesu-Christo rodeados de contradicciones y contratiempos, ¿cuántos habria que harian una eleccion indigna de su vocacion?

Nosotros, hermanos míos, que estamos precisados á vivir en el mar tempestuoso de este mundo, procuremos mantenernos unidos á Jesu-Christo; no nos separemos de la barca; y esperemos que se levanten las tempestades. El Evangelio nos hace notar que apenas Jesu-Christo se sienta quando se levantan las olas. Un huracán furioso agita las aguas, y la agitacion es tan terrible, que las ondas cubrian el barco. Consideremos, hermanos míos, que no se ha hecho para esta vida una paz inalterable. Qualquiera que sea nuestra

situacion, estamos expuestos á experimentar mil tempestades: si somos pobres, no solo turba la vida la necesidad, sino mayormente los desprecios que hay que tolerar y sufrir de todos: si somos ricos, las pérdidas impensadas, el continuo miedo de que nos roben y nos despojen de nuestros bienes, las envidias que excita la misma prosperidad, los descontentos que ésta trae consigo, y las ingratiitudes con que se recompensan los beneficios; ponen el corazon del rico en estado de no gozar pacificamente su riqueza, y su situacion es una verdadera tempestad. Si somos pecadores, como para el impío no hay paz, tampoco pueden calmarse las agitaciones continuas de una alma pecadora. Turbada exteriormente piensa que todas las criaturas conspiran contra el enemigo de su Dios, y turbada interiormente, se ve agitada de inquietudes, de remordimientos que la despedazan, y de disgustos que encuentra por todas partes. El estado mismo de la justicia no está tampoco libre de inquietud, porque la justicia de la tierra no es tan firme, que no pueda per-

derse : importa poco que nuestras conciencias esten tranquilas ; no sabemos sin embargo si somos dignos de amor, ó de ódio : pero los consideramos seguros por la misericordia de Dios ; pero como no se necesita para caer mas que una piedra de escándalo , y el camino que andamos está lleno de ellas : caminamos temblando , y la paz que gozamos en la justicia , está expuesta muchas veces á ser turbada con extraordinarias y verdaderas agitaciones.

¡ Triste condicion la del hombre! si se encontrase en la tierra un estado, en el qual fuese perfecta la tranquilidad , nunca se pensaria en salir de este destierro ; pero es preciso que haya turbaciones y disgustos. La verdadera sabiduría del Christiano no consiste en buscar una situacion libre de agitaciones : aquella en que la paz sea mas sólida , y mas durable : aquella en que pueda restablecerse mas facilmente si se pierde , será la que deba preferirse entre todas ; y en ninguna otra podremos encontrar esta ventaja, sino en la que nos acerque mas á Jesu-Christo ; pero qué seguridad tendremos (direis) de conseguirlo , quando

este Señor toma tan poco interes en el peligro que amenaza á sus discipulos? mas él dormia , nota el Evangelio. Esta es, hermanos míos , una objecion capciosa de los ímpios de todos los tiempos , los quales quisieran probar por el silencio de Jesu-Christo, en ciertas circunstancias , la insuficiencia de los consuelos de nuestra Religion santa. San Agustin en la explicacion de este Evangelio los confunde , y manifiesta los motivos del sueño de Jesu-Christo , enseñándonos que , quando parece que duerme, es porque está dormida nuestra fe. No , de ningun modo duerme Jesu-Christo , quando las aflicciones de la vida nos agitan. Es verdad que guarda un profundo silencio algunas veces para probar nuestra fe ; es cierto que pudiera mandar á la tribulacion que nos dexase , y aliviarnos y consolarnos , y disipar nuestras penas al primer gemido de nuestro corazon ; pero quiere dexar sentir su mano poderosa , porque sabe que tenemos necesidad de tribulaciones y trabajos : entónces nuestros gemidos se cambian en murmuraciones , y cansados de suplicarle sin consuelo , nos as-

torizamos para quejarnos de su misericordia, y del ningun alivio que reciben los males que padecemos. Pero nuestra fe es la causa de este sueño, hermanos míos: esta fe que debería inspirarnos la sumision y la paciencia, está dormida, y no excita en los corazones de los Christianos los sentimientos de resignacion.

La tempestad de las tentaciones es otra de las que se levantan contra nosotros: temblamos á los primeros ataques, y pedimos auxilios; pero insensiblemente nos familiarizamos con el peligro. El choque despues es mas violento, se ruega con ménos instancia, y al cabo se cae: ¿y no atribuiremos esta caída al sueño de la fe, de esta fe perseverante, que no se cansa de pedir? ¿Y por qué se duerme tan facilmente en nuestra fe, hermanos míos? No hay otro motivo que el de no emplear para excitarla, y sostenerla los medios que la religion nos presenta: no procuramos, pues, alimentarla con la meditacion de la palabra santa, no la fortalecemos con la oracion, y no la fixamos con la práctica de las virtudes christianas: muchas veces está es-

condida en nuestro corazon, sin esperanza de que despierte, y sin el fervor suficiente para animarla: y esta es la causa verdadera de su debilidad y tibieza: en fin, lo cierto es, que sin embargo de la grave necesidad, no nos acercamos á Jesu-Christo, que es el autor y el consumidor de nuestra fe, y el único medio de hacerla viva y activa, como lo manifestaron los Apóstoles, los quales se llegaron á él, y le despertaron diciendo: Señor, sálvanos que perecemos. Estas palabras manifiestan bien el miedo que se difundia por los corazones de los Discípulos de Jesu-Christo: su interes los hace entónces vivos y eloqüentes; ¿pero es el interes temporal quien debe movernos solamente? ¿No hay en el orden de la salvacion una multitud de ocasiones peligrosas que exigen la misma súplica que hicieron los Apóstoles: Señor, sálvanos, que perecemos? ¿No deberiamos por exemplo emplearla contra esas costumbres inveteradas, en que la pasion se fortifica de tal modo, que nos quita hasta la reflexion, que en alguna manera pudiera detener el pecado? Quando las ocasiones son una

causa casi inevitable de pecar, quando las tentaciones de la carne son tan vivas, que arriesgan la conservacion de la honestidad, y mucho mas peligrosas, á proporcion que se disminuye la resistencia: ¿no es entónces quando deberemos clamar en altos gritos: Señor, ¿salvanos, que perecemos? No nos contentemos entónces, hermanos míos, con pronunciar estas palabras una sola vez; repitamoslas frecuentemente, y si puede ser en cada instante del dia. Quando la tentacion sea mas viva, levantemos mas el grito: pero que sea con un verdadero dolor de nuestras culpas, con un justo temor de los peligros presentes, y con una firme confianza de conseguir el socorro que se invoca. Para esto debemos penetrarnos del poder de Jesu-Christo; pero que sea convencidos de sus piadosas disposiciones ácia nosotros, persuadidos de nuestra impotencia personal, y llenos de temor por el peligro de cometer el pecado mortal. Todas estas disposiciones se contienen en las palabras de los Apóstoles; y si ellas faltan, mereceremos con razon que Jesu-Christo nos reprehenda como á ellos,

despues de la Epiphania. 87
diciéndonos: ¿qué teméis, hombres de poca fe?

Esta respuesta merece mucha atencion, hermanos míos: la timidez y la desconfianza que manifestáron los Apóstoles, era muy conforme á la fragilidad de nuestra naturaleza; pero Jesu-Christo no obstante la desaprueba, porque el miedo debe tener sus límites. Quando proviene del conocimiento de la propia debilidad, y de la experiencia de las propias miserias; quando no excluye la confianza que debemos tener en Dios, ni el reconocimiento que exigen sus disposiciones benéficas; el miedo en estas circunstancias es humildad, sabiduría y caridad: pero quando nace de timidez y de desaliento, quando resfria el fervor de la oracion, y es causa de que se desespere de la salvacion, ó se teman extrémadamente las dificultades que se presentan para conseguirla; entónces es peligroso, y podemos llamarlo desconfianza y pusilanimidad. Este es un escollo en que dan muchas personas virtuosas y christianas, que piensan honrar á Dios, haciendo publicacion de su flaqueza, y que dando mas valor

del que merecen los escrúpulos que les agitan, y formándose una costumbre de exágerar sus menores faltas; imitan á su parecer los mas grandes Santos, porque, como ellos, se confiesan grandes pecadores.

No intento por esto, hermanos míos, inspiraros una confianza presuntuosa en vuestras propias fuerzas: sé muy bien que el lenguaje de la humildad es el lenguaje del Christiano; pero la sinceridad no merece ménos respeto y miramiento. Si debe á su propia naturaleza un testimonio de desconfianza y de humildad, tambien debe á la gracia de su Dios un testimonio de verdad y reconocimiento; y sobre todo debe temer las peligrosas conseqüencias de esta humildad mal entendida. La desconfianza proviene, hermanos míos, comunmente de la tibieza en la piedad; porque siendo inútiles las obras por la mala disposicion con que se hacen, son mayores los temores.

De aquí resulta por una conseqüencia necesaria que la oracion sea ménos fervorosa y freqüente; porque las distracciones continuas traen disgusto y

frialdad. Esta es asimismo la causa de la poca freqüencia de los Sacramentos, de la Confesion y Comunión; del uno, porque molesta la repeticion de las mismas faltas, y del otro porque se temen hacer tantos sacrilegios como Comuniones. ¡O, si pudiera yo penetrar, y llenar de terror los corazones de tantos Christianos temerarios, que llevan con la mayor impaciencia que se les difera por un breve término la absolucion! Pero vosotras, almas timoratas, que rodeadas de tantas flaquezas podeis hacerlos la justicia de no cometer ninguna falta con reflexion y voluntad; ¿por qué permitis que los terrores imaginarios debiliten vuestra fe?

Quando digo que quisiera aterrar á muchos pecadores, que vienen á nuestros tribunales de la Penitencia, no hablo de esos presuntuosos y temerarios, que creyéndose seguros en el mismo crimen, piensan tener en sus manos la victoria de sus costumbres y sus pasiones: hablo solo con aquellos para quienes el miedo es un remedio suficiente; y que se convertirian de corazon, si su conversion tuviese mas firmeza y confianza. Estos tales necesitan

que una mano fuerte los vaya conteniendo, porque de lo contrario se pierden y precipitan: no bastándoles las precauciones prudentes, y las promesas formales, para evitar que su pasión les arrastre, y les haga caer en pecados enormes, se desalientan pensando que sus malos hábitos son invencibles. Dios, dicen, está muy irritado, y por mas que hacemos, no podemos inclinar su misericordia.

No es éste, hermanos míos, un nuevo artificio de Satanás, que despues de haber hecho tan atrevido é insolente vuestro corazón, quando tratáis de ofender al Señor, se sirve despues de la pusilanimidad y de la desconfianza para reteneros en su esclavitud? Sabed, almas tímidas, para vuestro consuelo, que en el principio de una conversion no siempre es un seguro de la sinceridad del pecador la cesacion total de sus malos hábitos: basta para esperar prudentemente una perfecta conversion, el que se vayan poco á poco evitando las ocasiones; y en lo general nos consuela mas el estado de un pecador, que se humilla á la vista de sus miserias, que el de aquel

que se desalienta considerando su debilidad. El primero no necesita para triunfar sino de una fe mas viva, y el segundo no tiene para defenderse sino una fe lánguida, extenuada, y casi muerta.

Por tanto, hermanos míos, si estáis verdaderamente persuadidos que la gracia de Jesu-Christo es la que os comunica la primera idea del arrepentimiento, y que ella es quien preside en vuestros combates; esperareis sin duda, con paciencia y confianza, que este Señor se levante para vuestro socorro. El Evangelio nos dice que levantándose, al punto mandó á los vientos y á la mar, y se siguió una gran bonanza.

Notad, mis hermanos, que en estas palabras se nos indican dos causas que influyéron en la tempestad. Por una parte los vientos impetuosos que agitaban las olas, y por otra las olas mismas, que no teniendo estabilidad alguna, se dexaban arrastrar por estos movimientos y esfuerzos. Pues estas dos causas subsisten dentro de nosotros. El viento de las pasiones nos combate con los objetos exteriores; y como in-

teriormente no tenemos disposiciones para evitarlos, con facilidad se imprimen en nuestras almas. Una inconstancia continua es lo que únicamente tenemos que oponer á la impetuosidad de estos vientos; y de aquí nacen las violentas tempestades que nos agitan; pero acordemonos que el orgullo es la causa mas ordinaria que las mueve, inflando nuestro corazon á la manera de un viento impetuoso, y agitando todas las potencias de nuestra alma. Hay momentos en que esta pasion causa un desorden de tal naturaleza, que las ondas cubren el barco; es decir, que todo está algunas veces sumergido en nosotros, y que hasta las acciones mas loables padecen esta fatal desgracia. ¿Y qué es lo que podemos hacer para apaciguar este viento, y restituir la calma en nuestro corazon? hermanos míos, quando la pasion del orgullo llegue á dominarnos, clamemos á Jesu-Christo; esforcemos la voz á proporcion del mayor riesgo; instemosle para que se levante; es decir, para que recobre todos sus derechos en nuestro corazon, haciéndole entrar en la nada de su condicion y de su naturaleza: roguémos-

le que hable, pero que sea con autoridad; y entónces recobráremos la tranquilidad, porque nuestra alma entrará otra vez en la sumision y la dependencia que debe tener: entónces, si tenemos viva fe, no nos gloriaremos de atribuirnos esta calma y esta paz como un bien que dimana de nuestras propias fuerzas; sino que la referiremos á aquel á quien obedecen los vientos y la mar.

Los hombres, dice el Evangelio, que estaban en el barco, se maravillaron; y decian: ¿quién es éste que los vientos y la mar le obedecen? Esta sorpresa nos acuerda, hermanos míos, la admiracion de los Paganos en los primeros dias de la Iglesia. San Pedro Chrisólogo nos dice, que lo que admiraba sobre manera á los idólatras en estos tiempos del primer fervor, era el imperio que tenia un Christiano sobre su corazon luego que abrazaba el Christianismo. Quando vivía en las tinieblas de la idolatría estaba sujeto á todos los vicios, y á las pasiones mas vergonzosas; pero luego que se sometía á llevar el yugo del Evangelio, ya era casto, moderado, paciente, y en

fin virtuoso. Esto movió á los Apolo-
gistas de la Religión para desafiar á los
Emperadores y al Senado Romano di-
ciéndoles que no encontrarían en Ro-
ma ciudadanos mas justos, mas sóli-
dos y mas sabios: en sus exércitos sol-
dados mas valerosos, y mejor disci-
plinados; y en sus Palacios criados mas
fieles y mas zelosos. En efecto, los Gen-
tiles, á pesar de su odio contra el
Christianismo, se veían forzados á con-
venir en estas verdades, y su sorpre-
sa era muy semejante á la que mani-
fiestan los hombres del Evangelio. Pe-
ro lo que sobre todo debe maravillar-
nos, hermanos míos, es que no ha-
biendo perdido este Dios ni su poder
ni su autoridad, apenas se obren ya
mudanzas tan sensibles, de manera, que
si somos Christianos, ya no lo pare-
cemos. ¡ Ah! ¡ qué días tan tristes es-
tos en que vivimos, y en que anima-
das y aguzadas las pasiones con tantos
estímulos, no tentais los medios de
apaciguarlas! ¡ Por ventura no sabeis,
hermanos míos, que este Dios pode-
roso, que habita entre vosotros, es el
que mandó á los vientos y á la mar?
¡ Ignorais los medios de interesarle, y

hacerle propicio en vuestro favor? Cla-
mad, pues, Christianos, como el Pro-
feta desde el interior del abismo, y
oírâ vuestra voz: quando las aguas del
pecado se levanten sobre vuestras ca-
bezas, decidle; Señor, sálvanos, que
perecemos. Invocad su nombre ado-
rable y poderoso para inspirar á vues-
tros enemigos su justo terror, dar su
primera tranquilidad á las olas que os
agitan, y restituir la calma y la con-
fianza á vuestro corazon, y entón-
ces le oireis decir: no temais, yo estoy
con vosotros.

¡ O Dios mio! ya veis quan agita-
dos estamos de continuas tempestades:
ellas se levantan en nuestros corazo-
nes, y nos sumergen en un abismo
profundo; levantaos, Señor, mandad
á mis pasiones que callen, y á mi co-
razon que obedezca; y haced que yo
experimente dentro de mí mismo una
paz que sea el presagio de la que me
reservais para la eternidad. Así sea.

DOMINGO V.

DESPUES DE LA EPIPHANIA,

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS COLOSSENSES,
cap. 3. v. 12. 17.

HERMANOS: Vosotros pues como escogidos de Dios, Santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia: sufriendoos los unos á los otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queixa del otro: así como el Señor os condonó á vosotros, así tambien vosotros. Mas sobre todo esto tened caridad, que es el vínculo de la perfeccion: y triunphe en vuestros corazones la paz de Christo, en la que tambien fuisteis llamados en un cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Christo more en vosotros abundantemente en toda sabiduría, enseñándoos y amonestándoos los unos á los otros con psalmos, hymnos, y canciones espirituales, cantando de corazon á

despues de la Epiphania. 97

Dios con gracia. Qualquier cosa que hagais sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en el nombre de nuestro Señor Jesu-Christo, dando gracias por él á Dios y Padre.

INSTRUCCION.

NO nos cansemos, hermanos míos, de oír hablar de la caridad. Si los Ministros de la santa palabra repetimos las mismas verdades, si establecemos los mismos principios, si sacamos las mismas conseqüencias, si seguimos la intencion de la Iglesia nuestra Madre, que ha escogido en las Epístolas del Apóstol de las naciones todos los lugares que pueden instruiros en la caridad, no tenemos otra mira que la de connaturalizar en algun modo con vosotros esta virtud, para que todas las acciones de la vida reciban el impulso de la caridad misma: ; Y en qué dia puedo hablaros mejor de ella que en aquel en que se celebra la inmensa caridad de un Dios que se hizo esclavo para rescatarnos, y que se

ha anonadado para glorificarnos? No perdamos de vista este exemplo, hermanos míos, y al paso que será muy sobrado para sujetar y contener á los orgullosos, también llenará de consuelos á los Christianos fieles observadores de semejante precepto.

Oigamos el principal fundamento en que el Apóstol apoya la caridad. Vosotros, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, revestios de entrañas de misericordia. Bien pudiera decirnos: Vosotros que sois miembros los unos de los otros; que teneis el nombre de hermanos, y la misma naturaleza; que estais sujetos á las mismas aflicciones, y ligados por un interes mutuo á consolaros y aliviaros los unos á los otros, revestios de entrañas de misericordia; pero aunque de esta manera parece que hubiera interesado suficientemente el amor de nosotros mismos, todavía quiso darle un interes mucho mas noble, y así dice: vosotros como escogidos de Dios, esto es, como llamados á la misma heredad, y destinados á participar con él de la gloria que concederá á los que se mantengan fieles, revestios de

entrañas de misericordia. El alma compasiva y caritativa ocupará uno de los primeros puestos en este Reyno, porque ha exercitado en la tierra la primera de las virtudes. Vosotros sois los santos de Dios; santos por vuestra vocacion, que os separa de la multitud de los infieles y de los pecadores; santos por vuestra obligacion, que os inclina y aplica á los exercicios mas religiosos y respetables; santos por vuestras esperanzas y derechos, las cuales os prometen la consumacion de esta santidad; pero esta vocacion, estas obligaciones y estos derechos todos son relativos á la caridad mutua. Una alma sin compasion, aunque esté libre de todos los vicios, y exercite fielmente todas las virtudes, carece del carácter esencial de la santidad. Sois los amados de Dios, ¿pues cómo no amareis al próximo á quien él ama como á vosotros mismos? Sois los amados de Dios, y su amor le hace escuchar vuestras oraciones, interesarse en vuestras necesidades, y muchas veces prevenirlas con bondad: Dios quiere comunicar á vuestras almas esta tierra compasion; y así no sereis dignos

de su amor, sino quando escucheis como él los clamores del infeliz; quando le socorrais con socorros proporcionados á sus necesidades y á vuestros recursos; ó quando á lo ménos le mireis con una mirada compasiva, si la Providencia os niega los bienes de fortuna. Estas son las condiciones que servirán de basa para que podáis miraros como los escogidos, los santos y amados de Dios. ¡Quántas virtudes nacerán como de su origen de esta preciosa qualidad! Escuchad la enumeracion que de ellas hace el Apóstol: revestios de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia; sufriendoos los unos á los otros, y perdonándoos mutuamente si alguno tiene queja del otro; así como el Señor os condonó á vosotros, así tambien vosotros. Mas sobre todo esto tened caridad, que es el vínculo de la perfeccion.

Estas lecciones son, hermanos míos, susceptibles de grande extension; y aunque seria muy conveniente y útil hablar sobre cada una de ellas, las palabras siguientes serán muy eficaces para entenderlas. Y triunfe en vuestros corazones la paz de Christo, en

la que tambien fuisteis llamados en un cuerpo. Sí, hermanos míos, vosotros sois llamados á la paz, y ojalá que nunca perdiereis de vista vuestra vocacion. Esta es la obligacion de un Christiano tener toda su alegría en la paz de Jesu-Christo; pero la mayor parte parece que se complace en la agitacion y turbulencia del mundo. Esta paz podriamos conservarla contentándonos con lo que la Providencia nos ha dado, y haciendo un uso moderado de los talentos que ha puesto en nuestras manos para proveer á nuestras necesidades; pero el mayor número no piensa en otra cosa que en proyectar sus adelantamientos y su fortuna: y como siempre se pretende mas de lo que corresponde, nacen de aquí mil agitaciones, que despues producen affecciones vehementes quando no se consigue lo que se quiere, y nunca se goza de la paz.

Esta paz podriamos conseguirla viviendo una vida uniforme y arreglada, absteniéndonos de todo exceso, bien sea en los placeres, ó bien en las comidas, y sirviéndonos de las criaturas segun la intencion del Criador sola-

mente por la necesidad, y no por satisfacer la sensualidad. Entónces todo estaria en el órden: Dios no sería ofendido; la sociedad no se vería turbada, y el Christiano mismo conservaría con esta conducta la fuerza del cuerpo, la libertad del espíritu, y la inocencia del corazón; pero en vez de vivir de este modo, nos entregamos como los brutos á las pasiones que deshonran mas la naturaleza; nos mortificamos con remordimientos continuos; nos debilitamos con los excesos, y no gozamos la paz.

Esta paz pudiera conservarse en lo interior de las familias, si cada uno tolerase y sufriese con mas paciencia el genio y las impertinencias de los demas. Si los unos tuviesen mas compasion de los trabajos de los otros, y si por su parte procurasen en todos evitar las rencillas y pendencias que suelen moverse; pero nada de esto se hace: ninguno quiere ceder el primero: cada uno abunda en su sentido y su capricho: se hace una disputa interminable de la mas ligera contestacion y de la menor palabra que se suelta; y en fin no se goza de la paz.

En el seno de la Iglesia tendríamos, hermanos míos, una paz inalterable, si todos los Christianos nos conduxesemos siempre con el espíritu de humildad, de subordinacion y de caridad, que es la esencia del Christianismo; si los que tienen el cargo de instruir á los demas, tuviesen la ciencia necesaria para cumplir con su ministerio; y si los que deben callar y escuchar, no se entrometiesen al ejercicio de Maestros. Dios haga, hermanos míos, que Jesu-Christo que es el Príncipe de la Paz, nos acuerde sin cesar estos principios incontestables, á fin de que nunca olvidemos que todos los Christianos no formamos mas que un mismo cuerpo en él, que es nuestra cabeza; y que penetrados de un verdadero reconocimiento, le acreditemos nuestra conversion, conservando fielmente la paz.

La palabra de Christo more en vosotros abundantemente, prosigue el Apóstol, en toda sabiduria. San Pablo no se contenta con desear á los primeros fieles, que la gracia de Dios se dexé oír en sus corazones, sino que quiere que haga mansion en ellos, y

que los llene con abundancia; pero tal es nuestra desgracia, que en la mayor parte de los Christianos no hace mas que entrar de paso, y no dexa rastro alguno. Se oyen las verdades católicas, se traen algunas veces á la memoria, y se repiten; pero de un modo tan estéril y tan infructuoso, que aunque en algun momento se llene el espíritu, queda siempre vacío el corazón. ¡Qué desgracia, hermanos míos, que se oiga la palabra de Dios con tan poco provecho, y que mas bien sea la condenación que la justificación de los pecadores! Sabed para vuestro consuelo, que quando esta gracia mora abundantemente en todos los corazones, los colma de toda sabiduría, para que solo piensen en la salvacion eterna, enseñándoles los medios de poder alcanzarla. Esta sabiduría de Dios es la que ha dictado esos cánticos consoladores, esos escritos proféticos, y esos Psalmos llenos de unción que canta la Iglesia en los Oficios Divinos. El Apóstol quiere que haciendo los Christianos un uso frecuente de ellos se edifiquen, se instruyan y se exhorten mutuamente. La oracion pública, her-

manos míos, y la union de todos los Christianos que componen una Parroquia, mueve mucho mas á Dios que la que se hace en el interior de la casa por mas fervorosa que sea. Por tanto, tened gran cuidado de edificaros y de instruiros por este medio, y practicad con la mayor atencion la máxima con que el Apóstol acaba su Epístola. Qualquier cosa que hagais sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en el nombre de nuestro Señor Jesu-Christo, dando gracias por él á Dios y Padre.

El Apóstol San Pablo combate en estas palabras á los incrédulos y filósofos del dia, cuya doctrina autoriza las acciones privadas por desarrregladas que sean, con tal que seamos en la sociedad justos, templados, humanos y caritativos. Segun ellos solamente debemos cuidar de las acciones que interesan al bien público; pero el Apóstol por el contrario, persuadido de que somos de Dios por Jesu-Christo en todos los instantes de la vida quiere que qualquiera acción por despreciable que parezca, que qualquiera palabra por indiferente que se la suponga, solo tenga por objeto la gloria de

Dios, el reconocimiento y el amor que le debemos; y en fin, que sirviéndonos de regla su voluntad en todas las cosas, podamos vivir seguros de que obramos para él, en él, y por él: Con qué facilidad arreglamos nuestras costumbres, si ántes de hablar ó de hacer alguna cosa nos preguntásemos: ¿es Dios el principio y el fin de mi accion? ¿Jesu-Christo la tiene reprobada en su Evangelio? ¿Se interesan mi amor y reconocimiento en esta conversacion, en este paso que voy á dar, y que á primera vista me parece tan poco importante?

Señor Jesus, si es tan útil hácernos esta pregunta, ¿quánta utilidad tendrá el obrar de este modo? Vos solo sois el que podeis inspirar este pensamiento, y darnos la gracia para ejecutarlo. Haced, Dios mio, que todas nuestras acciones sean empezadas, continuadas, y consumadas para vuestra gloria, á fin de que así como sois el principio de ellas, seáis tambien su fin, y nos deis la recompensa eterna. Así sea.

En aquellos dias: Dixo Jesus al Pueblo esta parábola: Semejante es el Reyno de los Cielos, á un hombre, que sembró buena simiente en su campo. Y mientras dormian los hombres, vino su enemigo, y sembró zizaña en medio del trigo, y se fué. Y despues que creció la yerba, é hizo fruto, apareció tambien entónces la zizaña. Y llegando los siervos del Padre de familias, le dixéron: Señor, ¿por ventura no sembraste buena simiente en tu campo? ¿Pues de dónde tiene zizaña? Y les dixo: Hombre enemigo ha hecho esto: Y le dixéron los siervos: ¿Quieres que vamos, y la cojamos? No, les respondió: No sea que cogiendo la zizaña, arranqueis tambien con ella el trigo. Dejad crecer lo uno y lo otro hasta la siega, y en el tiempo de la siega diré á los segadores: coged primeramente la zizaña, y aradla en manojos para quemarla; mas el trigo recogedlo en mi granero.

INSTRUCCION.

La importante verdad que se contiene en la Parábola de este día se renueva entre nosotros, hermanos míos, con mucha frecuencia. La buena semilla no falta en el campo del Padre de familias, porque el Señor siempre la siembra con la misma abundancia, pero el enemigo común mas envidioso que nunca de que crezca, trabaja quanto puede para sofocarla, sembrando con mas abundancia todavía la zizania entre el buen grano. Dios, amados míos, no dexa de suscitar en su Iglesia justos que la edifiquen y consuelen, y Ministros que la sirvan de apoyo con sus luces; pero tambien hay muchos malos Christianos que la escandalizan y deshonoran, los quales excitarian algunas veces los clamores de esta tierna Madre para que el Señor los arrancase de su campo, y detuviese en medio de sus iniquidades, á fin de impedir el progreso de la corrupcion y de el escándalo, si no supiese que los

despues de la Epiphania. 109
 designios adorables de su sabiduría, de su justicia y misericordia, exigen que el justo viva en la tierra en medio de los pecadores, y que esta mezcla de buenos y de malos es el medio tal vez mas eficaz, y el camino mas corto para conducir á los justos á su perfeccion, y retraer los pecadores de sus desvarios. Quando meditaís atentamente sobre los males que hay en el mundo, os admiráis de que la paciencia de Dios tolere los grandes pecadores, y algunas veces extrañáis como los Apóstoles, que no baxe fuego del cielo para abrasar á ciertos hombres, cuya vida es un tejido de prevaricaciones y escándalos; pero esto nace de que no habeis meditado como corresponde esta importante verdad. Acostumbraos á vivir en el mundo con personas de diferentes caracteres; obligados á mantener el comercio mas íntimo con gentes sin probidad, sin religion y sin virtudes; no habeis puesto la consideracion en estudiar los medios de sacar un partido de sus compañías, y de prevenir el contagio de sus exemplos y discursos. Esto es lo que vais á saber en el Evangelio de este día.

¿Cuál fué, hermanos míos, el objeto de la misión de Jesu-Christo, quando empezó á manifestarse entre los hombres? Este Divino Maestro vino al mundo como un Médico hábil para aplicar á nuestras llagas los remedios mas pronto y eficaces; como un Libertador lleno de caridad para sacarnos del camino de la perdición y del pecado, y conducirnos por los senderos de la justicia y de la vida; y finalmente vino como un Doctor sabio é ilustrado para instruirnos en nuestras obligaciones, y reprehender nuestros vicios. Todas las parábolas de que se sirvió, y nos refiere el Evangelio, no han tenido otro objeto que fixar la atención del pueblo para darle una idea del Reyno que le destinaba; y enseñándole á conocerle y desearle, le advirtió de los obstáculos que encontraría frecuentemente para adquirirle, indicando las armas y los recursos mas propios para vencer estos obstáculos.

Hoy, hermanos míos, compara Jesu-Christo el Reyno de los Cielos á un hombre que sembró buena simiente en su campo; y por esta parábola nos quiere dar á entender que de-

seando Dios nuestra salvacion, nos ha preparado todos aquellos medios que se requieren para hacernos dignos de su Reyno. Por esta causa no debemos imputarle los desórdenes que se cometen diariamente entre los Christianos, ni tampoco hacerle responsable de el pequeño número de elegidos: Este Señor, hermanos míos, quiere la salvacion de todos, y para ello les da los medios necesarios. La simiente que siembra es buena y sin vicio alguno; y así no debeis atribuir la esterilidad de la tierra ni á su poder, ni á su sabiduría, porque es muy justo para que pueda autorizar la menor injusticia; muy perfecto para introducir la menor imperfeccion en su obra; y muy zeloso de su gloria para abandonar su propio campo. Otro es quien causa esta esterilidad: El enemigo de la salvacion, mientras que dormian los hombres, aprovechando este momento favorable para sorprehender y engañar, se introduxo en el campo, y sembró la zizaña. Notad, hermanos míos, que el Evangelio no dice que el Padre de familias se haya dormido: Dios en efecto no dexa de atender á nuestras

necesidades, y velar sobre los desca-
minos del corazon; y aunque su Pro-
videncia ó su justicia guardan algunas
veces el silencio mas profundo, no
dexan de estar alerta sobre nosotros, ó
bien para socorrernos en las necesida-
des, ó para reprehender nuestros des-
órdenes.

Su misericordia, por exemplo, pa-
rece que se duerme sobre el justo, quan-
do para experimentarle, y hacerle mas
vigilante y activo, le abandona por al-
gun tiempo al espíritu de tibieza. En-
tonces parecen sus gracias ménos abun-
dantes, sus consuelos ménos vivos, sus
inspiraciones ménos frecuentes; pero
sin embargo no estan sus oidos ménos
atentos á su oracion, ni sus ojos mé-
nos abiertos sobre él; y aunque pare-
ce que le olvida y le pierde de vista,
de ningun modo olvida los designios
de su bondad infinita.

Su justicia parece que tambien se
duerme sobre el pecador quando ve
que las reprehensiones, las amenazas,
las invitaciones y los castigos no le
detienen en el camino de la perdicion:
entonces guarda un profundo silencio,
y en alguna manera le abandona, pe-

ro no por eso dexa de estar muy aten-
to sobre sus injusticias, y pesar sus
obras. En el dia de la eternidad ha-
rá ver al impío que ha velado sobre
sus desórdenes. El Evangelio no dice
quiénes eran los hombres que dormian;
pero Jesu-Christo hubiera podido de-
cir, que el descuido y abandono de
los Ministros de los santos altares es
tal vez la causa de los daños que el
enemigo hace en el campo de la Igle-
sia; pero, Christianos, acordemonos que
nosotros mismos somos los que nos per-
demos las mas veces, porque dexamos
de velar: Jesu-Christo nos ha trazado
la conducta del Demonio quando quie-
re sorprendernos, y nos hace ver
que busca siempre el momento en que
flaquea mas nuestro espíritu: si vinie-
se en el dia quando estamos velando,
si viniese en esos momentos de fervor,
en que penetrados de nuestras obliga-
ciones conocemos de lleno su impor-
tancia, ó bien quando nuestras ocupa-
ciones y negocios no nos permiten dis-
traernos á otras partes, no tendria mu-
cha seguridad de alcanzar la victbria;
pero escoge, hermanos míos, un mo-
mento en que la tiene segura, y es

el de el sueño: escoge esos instantes consagrados á la ociosidad y al regalo, en que el espíritu y el corazon se entregan sin miramiento alguno á todo quanto puede seducirle y corromperle: escoge esos momentos de ceguedad y de tinieblas, en que seducidos por el mal exemplo nos imponemos la ley de conformarnos en todo á las máximas, y á los usos del mundo: este, pues, es el momento de que se aprovecha el enemigo, y entonces está bien seguro de triunfar de nuestro corazon, porque está de inteligencia con nosotros mismos para perdernos: entonces es quando se insinua casi sin sentir, y hace la guerra mas violenta. ¿Pero de qué precauciones se vale, y qué medidas toma para lograr sus intentos? Lo primero que hace es examinar la naturaleza de la semilla para contraponer la otra que la sofoque y la destruya: por exemplo, ve que una santa educación ha establecido en nosotros los principios de sabiduría, de probidad, y de virtud: que el cuidado de unos padres ilustrados, los consejos de un director prudente y caritativo, y los exemplos de toda una fa-

milia intimamente penetrada de los sentimientos de religion y de honor, han hecho nacer y crecer la buena semilla, la qual promete abundantes frutos: pues este es el momento que escoge para sembrar en esta tierra fertil un grano capaz de impedir sus progresos; y quando está bien seguro del suceso, quando vé que las pasiones han cobrado ya bastantes fuerzas para cautivar el corazon, entonces se marcha este enemigo de todo bien, cesa de tentar y de perseguir, y dexa que su nueva conquista goce de una paz, mas funesta aun que el desorden mismo en que ha incurrido. Hermanos míos, ¿no es esta la pintura verdadera de los males que los funestos artificios de vuestro enemigo ha producido ya en el corazon de muchos de mis oyentes? ¿No podré yo preguntarles, qué se han hecho las felices disposiciones que sentian para la virtud desde sus mas tiernos años? ¿Adonde estan esos principios de piedad que sus padres procuraron inspirarles desde la infancia? ¿Quales son los bienes que han producido esos exemplos edificantes, que el Señor ha multiplicado á su vista?

Qué impresiones les quedan de las frecuentes y sólidas instrucciones que han oído, precisamente en una edad en que ellas obran con mas fuerza? ¿Qué frutos, en fin, han llevado todos estos medios de salvacion? ¿Pero es posible que la inconstancia, la ligereza y la corrupcion hayan sofocado la buena semilla que se sembró? ¿Es posible que los progresos funestos que habeis hecho en la iniquidad, hayan sobrepajado tan pronto á todos los que teniais hechos en el camino de la virtud? ¡Ah, Christianos! que estabais dormidos; y esta es la causa, si quereis saberlo, de tantos desastres. ¿No es verdad que os habeis descuidado enteramente de apagar y sofocar vuestras nacientes pasiones? ¿No habeis dexado crecer vuestros malos hábitos? ¿No habeis desconocido la voz de los Ministros que querian abtiraros los ojos para que vieseis el precipicio? ¿No habeis cerrado el oído de vuestro corazón á las secretas inspiraciones de la gracia? Pues el Demonio mas diestro y sabio que vosotros se ha aprovechado de vuestro descuido para sembrar la cizaña en medio del trigo. ¡O, si

entonces hubieramos podido detener el progreso de tan funesta semilla! pero, hermanos míos, ¿quán difícil es destruir las pasiones quando han echado profundas raices, y degenerado en costumbre? En efecto, sigamos el Evangelio, y nos convenceremos de esta verdad. Y despues que creció la yerba, é hizo fruto, apareció tambien entonces la zizaña, y llegando los siervos del Padre de familias, le dixéron: ¿Señor, por ventura no sembraste buena simiente en tu campo? ¿Pues de dónde tiene zizaña?

Esta quexa de los siervos del Evangelio, es la misma que da muchas veces la Iglesia por la boca de sus Ministros, disgustados por el poco fruto que produce la palabra santa en los corazones de sus oyentes. En efecto, ¿no es muy digno de admiracion, hermanos míos, ver todos los dias Ministros muy sabios y zelosos instruyendo, exhortando, y reprehendiendo á los Christianos; y que sin embargo la Religion se vaya debilitando á paso muy largo, que el vicio levante impunemente la cabeza, y que la piedad se oculte y se aniquile? ¿No de-

beriamos, viendo el ningun fruto de nuestros cuidados, decir al Padre de familias como los siervos: ¿ Señor, por ventura no sembraste buena simiente en tu campo? ¿ Pues por qué encontramos en los corazones una monstruosa oposicion á esta divina palabra, quando por otra parte se les ve tan codiciosos de saber y practicar todo lo que lleva el carácter de la novedad, de la incredulidad, y del libertinage? Justas serian, hermanos míos, estas quejas; y así bien léjos de reprobarlas el Padre de familias, va con su respuesta á consolarnos. Yo alabo vuestro zelo, parece que responde á sus siervos, vuestra admiracion es en alguna manera fundada: ¿ Pero no sabeis que hay un enemigo que solo trabaja en destruir y deshonorar mis obras? Pues este es quien para ultrajarme y contristaros ha causado este daño: hombre enemigo ha hecho esto. ¿ Pero quién es este enemigo que así destruye el campo del Padre de familias, que ataca la Magestad del Señor, que aflige á sus Ministros destruyendo sus obras, que se vale de la noche para lograr sus intentos, y que se esfuer-

za para sofocar el buen grano? Este enemigo, hermanos míos, es el Demonio. Desde el momento en que este Angel rebelde ha sido precipitado por una sentencia irrevocable en el abismo, ha puesto siempre todos los medios para llevarnos tras sí, y ha jurado al hombre una guerra irreconciliable. Las victorias que ha conseguido desde los primeros tiempos, le han animado para tender el lazo sobre toda la faz de la tierra, enredando en él una multitud de naciones, ó por mejor decir, y para no salirnos de nuestra Parábola, no cesa de sembrar la zizaña entre el buen grano. El Padre de familias le llama enemigo, y con mucha razon, porque continuamente se opone á quanto puede contribuir á su gloria, ocupándose en poner obstáculos al progreso de las buenas obras de sus siervos, y en arruinar sus trabajos; al mismo tiempo que declara un implacable ódio á sus amigos y á sus hijos. El Padre de familias no dice precisamente mi enemigo, sino hombre enemigo ha hecho esto, para darnos á entender que si el Demonio es el enemigo de Dios, tambien lo es nuestro,

120 *Domingo V.*
y que si lo es suyo, es porque procura perdernos. El Señor nada tiene que temer de sus esfuerzos; pero nosotros podremos ser los tristes jugetes de sus artificios y sus lazos: sin embargo, de beremos desanimarnos al entrar con él en batalla? Si es cosa dura resistir un enemigo tan poderoso, las victorias que alcanzan los Justos, ¿no deben animarnos y consolarnos? Contentémonos, pues, hermanos míos, con gemir á los pies del Padre de familias, y hacerle participe de nuestras inquietudes y trabajos. Imitemos los siervos del Evangelio, y exponiéndole nuestras penas, hagámosle confidente de nuestras incertidumbres.

Los siervos en el conflicto en que se hallan imaginan un medio á su parecer el mas seguro, para detener los progresos de la zizaña, y proponiéndosela á su Señor, le dicen: ¿quieres que vamos y la cojamos? Mucho tiempo ántes de este suceso había dicho Dios por boca de uno de sus Profetas: ¡Oh, hijos de los hombres! vuestros caminos no son los míos, y mis pensamientos son muy superiores á los vuestros. Por esta causa, aunque la

después de la Epiphania. 121
propuesta de los siervos del Evangelio parezca la mas justa y conveniente: el Señor no accede á ella, y les dice, no, no sea que cogiendo la zizaña, arranqueis tambien con ella el trigo. Dejad crecer lo uno y lo otro hasta la siega.

Estas palabras, segun San Agustin, contienen un misterio el mas incomprehensible de quantos la Religion propone á nuestra fe: hablo de la mezcla de los buenos y de los malos. ¿Por qué causa Dios que conoce en su Iglesia los que son suyos, no hace desde ahora este discernimiento de una manera exterior y sensible, y tal como lo hará en el día de sus venganzas? ¿Por qué no separa á los justos de los pecadores para ponerlos á su derecha, á cubierto de las persecuciones de los impiós? ¿Por qué no hace sentir á los pecadores todo el peso de su cólera, abandonándolos á su reprobacion y su desgracia? ¡Ah, hermanos míos! ¿Serian tantas y tan singulares las misericordias de nuestro Dios, si tuviese una conducta semejante? ¿á dónde estaríamos nosotros, si como le ofendemos nos castigase? Debeis por tanto tener

entendido, que si la mezcla de los buenos y los malos no fuese de ninguna utilidad, y que si el justo y el pecador no debiesen sacar alguna ventaja, no dexaria Dios al impio que gozase de una prosperidad, que es el fruto de sus injusticias, ni permitiria que el justo estuviere expuesto sin cesar á las calumnias y á las contradicciones de los malos; pero los designios de la misericordia divina, y la salvacion eterna de los unos y de los otros, son la causa de este admirable comercio. ¡Ojalá que supiesemos aprovechar y sacar las ventajas convenientes de esta mezcla de buenos y de malos!

Dos géneros de comercio podemos contratar con los pecadores, los quales tienen un fin muy diferente. El primero voluntario, pero peligroso, consiste en disfrutar de sus entretenimientos y sus placeres, en participar de sus iniquidades, en imitar sus locuras, en seguirles en sus malos pasos, y en exponerse por esta causa á la misma reprobacion y desgracia. Dios, hermanos míos, que convidaba tantas veces á su Pueblo por la boca de sus

Profetas, á separarse de los pecadores, para no participar de su corrupcion y su anatema, no puede de ningún modo autorizar semejante comercio. El Profeta Rey, que conocia quan peligroso era, habia tomado la resolucion de evitarle todos los dias de su vida, y así, se explica en uno de sus Psalmos, diciendo: mi Dios, jamas he tenido por confidentes ni por amigos aquellos de un corazon corrompido: los que solo meditan los designios de malignidad, no tienen ninguna relacion conmigo, y nunca hice sentar á mi mesa los presuntuosos y los soberbios. Y vosotros, hermanos míos, podeis dar este testimonio? ¿No manteneis con los pecadores compañías, no solo de necesidad é intereses, sino de vicios y de pasiones?

Hay otra suerte de comercio que contratan los justos con los pecadores, el qual es inevitable, y puede ser muy útil, porque le ha establecido Dios mismo para la santificacion recíproca de unos y de otros. Este comercio consiste en comunicarse con los pecadores, en instruirse de sus caídas, en afirmarse á vista de su debilidad, en

precavese contra sus exemplos, en trabajar para su conversion, y en hallar en sus persecuciones medios de merecer. Este es el comercio que Jesu-Christo mismo autoriza con estas palabras: dexad crecer lo uno y lo otro hasta la siega.

He dicho que este comercio es inevitable en todos los estados de la vida, porque qualquiera que sean vuestra situacion, vuestras relaciones y amistades, no dexareis de encontrar en ellas algun malo. Las casas mas regulares y mas christianas tienen siempre en su seno algun corrompido que parece no vive sino para servir de tormento á los demas; y así debeis experimentar mas contradiccion de su parte á medida que os mostreis mas fieles para con Dios, y mas amantes de la virtud. Pero hay otra cosa que debe consolaros y animaros todavia, y es, que quando se hace un santo uso de este comercio, viene á ser saludable para los justos, y los pecadores: saludable para los justos, porque solo se necesita el exemplo de un pecador agitado interiormente de mil sustos, y lleno de los crueles remordimientos que

le despedazan, para que una alma que empezaba á titubear en el camino de la virtud, se asegure y haga firme: saludable para el pecador, porque si no se obra su conversion por los consejos de los buenos, ó por sus reprehensiones y amenazas, la conseguirá tal vez con sus oraciones; y si ellas no son suficientes para mudarle, tendrán á mayor abundamiento los exemplos. Los consejos, las lágrimas, los gemidos de Mónica, y sobre todo, su fidelidad y su virtud fueron bastantes para abrir los ojos al jóven Agustino; y así dice en varios lugares, que debia su conversion y su salud á las relaciones de la sangre, y al trato intimo que mantuvo con la mas virtuosa de las madres. ¿Habeis pensado alguna vez, hermanos míos, que sin ser llamados al ministerio de la palabra santa, podiais trabajar útilmente en la conversion de vuestro próximo? Quando os habeis encontrado en medio de los malos, en lugar de mirarlos con indignacion y desprecio, habeis probado traerlos al camino de la virtud? El que ha ganado el alma de su hermano, dice el Espíritu Santo, ha sal-

vado su alma, y por tanto podeis estar ciertos de alcanzar grandes recursos para la eternidad, si trabajais en la tierra en la edificacion y salvacion de todos los pecadores con quienes tenéis precision de vivir.

Vivamos, pues, hermanos míos, en la union y la paz con todos los hombres: prosperen enhorabuena los impíos á expensas de los justos; élévase, y extiéndase su crédito quanto quieran: dexadles que crezcan hasta la siega: su prosperidad tendrá un tiempo limitado: el justo se hará fuerte para la eternidad, y Dios enviará los segadores para que hagan la separacion: coged, les dirá, primeramente la zizaña, y atadla en manojos para quemarla: mas el trigo recogedlo en mi granero.

Hagamos ya, hermanos míos, mas sensible la aplicacion de una parábola que tiene tanta relacion con la verdad. Si el campo de que habla el Evangelio es este universo; si Dios que le ha formado con sus manos es el dueño que le posee y le cultiva; si los Ministros de la Iglesia son los siervos á quienes encarga la siembra y la la-

bor; si el bueno y el mal grano nos representan el pecador, y el justo: ¿ será difícil inferir que el dia de la separacion de que se nos habla, anuncia ese juicio exácto y riguroso que debe exercer sobre todos los hombres á la fin del mundo? entónces es quando dirá á los Angeles executores de su voluntad, coged: entónces es quando establecerá esa separacion de tanto consuelo para los justos, y de tanta humillacion para los pecadores: entónces es quando se juntarán todas las semillas, pero para un uso muy diferente: la zizaña, esta yerba inútil que tanto daña al trigo, será atada en manojos para quemarla: esto quiere decir, hermanos míos, que las llamas eternas vengarán al Señor de tantos impíos como le han ultrajado, y al justo mismo de tantos malos como le han escandalizado ó perseguido. ¿ Y cómo mirais desde ahora esta separacion, hermanos míos? Quizá con indiferencia, porque os parece muy distante; Quizá con seguridad, porque os imaginais que en el tiempo de la siega estareis confundidos con el buen grano; pero no será de esta suerte: los segadores reco-

nocerán atentamente los frutos, y ejecutarán con exáctitud las órdenes del Padre de familias. Aunque la zizaña se parezca al trigo, no se confundirá con él. Una vida regular y christiana en apariencia, no será bastante para defenderos del anatema terrible, sino habeis servido á Dios en espíritu y en verdad. No nos engañemos pues, hermanos míos: separaos absolutamente de los malos, y sin romper todo comercio con ellos, romped para siempre con la iniquidad, y esperad con confianza el tiempo de la siega: entonces oireis con tranquilidad las sentencias que condenarán á los pecadores al fuego del infierno, y os vereis reunidos con alegría como el verdadero trigo en los graneros del Padre de familias; es decir, en los tabernáculos eternos. Así sea.

DOMINGO VI.

DESPUES DE LA EPIPHANIA.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO Á LOS THESSALONICENSES,
cap. I. v. 2. 10.

Hermanos: Gracia sea á vosotros, y paz. Siempre damos gracias á Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones sin cesar, acordándonos delante de Dios, y nuestro Padre, de la obra de vuestra fé, y de el trabajo, y caridad, y de la paciencia de la esperanza en nuestro Señor Jesu-Christo: como que sabemos, amados hermanos, que vuestra eleccion es de Dios: por quanto nuestro Evangelio no fué á vosotros tan solamente en palabra, mas tambien en virtud, y en Espíritu Santo, y en grande plenitud, como sabéis quales fuimos entre vosotros por vosotros: y vosotros os hicisteis imitadores nuestros, y del Se-

TOM. II.

I

nocerán atentamente los frutos, y ejecutarán con exáctitud las órdenes del Padre de familias. Aunque la zizaña se parezca al trigo, no se confundirá con él. Una vida regular y christiana en apariencia, no será bastante para defenderos del anatema terrible, sino habeis servido á Dios en espíritu y en verdad. No nos engañemos pues, hermanos míos: separaos absolutamente de los malos, y sin romper todo comercio con ellos, romped para siempre con la iniquidad, y esperad con confianza el tiempo de la siega: entonces oireis con tranquilidad las sentencias que condenarán á los pecadores al fuego del infierno, y os vereis reunidos con alegría como el verdadero trigo en los graneros del Padre de familias; es decir, en los tabernáculos eternos. Así sea.

DOMINGO VI.

DESPUES DE LA EPIPHANIA.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO Á LOS THESSALONICENSES,
cap. I. v. 2. 10.

Hermanos: Gracia sea á vosotros, y paz. Siempre damos gracias á Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones sin cesar, acordándonos delante de Dios, y nuestro Padre, de la obra de vuestra fé, y de el trabajo, y caridad, y de la paciencia de la esperanza en nuestro Señor Jesu-Christo: como que sabemos, amados hermanos, que vuestra eleccion es de Dios: por quanto nuestro Evangelio no fué á vosotros tan solamente en palabra, mas tambien en virtud, y en Espíritu Santo, y en grande plenitud, como sabéis quales fuimos entre vosotros por vosotros: y vosotros os hicisteis imitadores nuestros, y del Se-

TOM. II.

I

ñor, recibiendo la palabra con mucha tribulacion, con gozo del Espíritu Santo: de modo que os habeis hecho modelo á todos los que han creído en Macedonia, y en Achaya. Porque por vosotros fué divulgada la palabra del Señor, no solo en la Macedonia, y en la Achaya, sino que se propagó por todas partes la fé que teneis en Dios, de modo que nosotros no tenemos necesidad de decir cosa alguna. Porque ellos mismos publican de nosotros qual entrada tuvimos á vosotros; y cómo os convertisteis de los ídolos á Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y para esperar de los Cielos á su hijo Jesus, á quien resucitó de los muertos, el que nos libró de la ira, que ha de venir.

INSTRUCCION.

Hoy, hermanos míos, en las disposiciones del Apóstol San Pablo encontramos grandes lecciones para un

buen Pastor, pero tambien vemos los consuelos que debe esperar de los fieles confiados á su cuidado y enseñanza. El Apóstol se da testimonio á sí mismo, y hace justicia á los Thessalonicenses que son el objeto de esta Epístola en la qual reyna un tono de verdad, de simplicidad y rectitud, que hace desear á todos los que tienen el cargo de la cura de almas, el poder decir del buen suceso de su ministerio lo que San Pablo dice de sus trabajos. Estudiemos pues, mis hermanos, en los exemplos de este grande Santo, las obligaciones de un Pastor fiel; pero estudia tambien vosotros mismos en la fidelidad de los Thessalonicenses el éxito que deben tener nuestros trabajos. Aqui aprendereis las virtudes y las disposiciones, que hacen que la palabra de Dios sea fecunda, y sabreis formaros ese espíritu de sumision y de paciencia, que da la alegría en las tribulaciones, y la paz en los trabajos; este es el fruto que espero sacar de la instruccion de este dia.

El primer sentimiento que el Apóstol manifiesta á los Thessalonicenses que acaba de ganar para Jesu-Christo,

es un sentimiento de reconocimiento por las gracias que el Señor ha derramado sobre ellos por medio de su ministerio, y su primera disposicion es la de la oracion para solicitar el acrecentamiento de estas mismas gracias. Qué lecciones tan importantes para los que están encargados de conducir las almas! El Apóstol les enseña como han de precaverse contra el orgullo, la tibieza, y la pereza que son los escollos mas frecuentes de este ministerio. Los unos, lisongeados por las conquistas espirituales que hacen, y penetrados de la confianza que inspira su piedad ó sus talentos, pudieran atribuirse algunas veces á sí mismos el fruto de sus predicaciones, y el efecto de sus exhortaciones y advertencias; pero el Apóstol les enseña á dar gracias á Dios por los bienes que ha producido su ministerio, como que solo es el origen de ellos, y á quien se debe todo reconocimiento. Y tendré yo necesidad de este remedio, hermanos míos, para contradecir el orgullo? No por cierto; son tan lentos é insensibles los buenos sucesos de mi ministerio; veo tan poca

mudanza en las costumbres; son tan raras las conversiones verdaderas: es tan poca la humildad en aquellos que caminan al parecer por los senderos de la justicia; tan poca la conmiseracion en la mayor parte de los que disfrutan bienes en abundancia, y tan poca la subordinacion á las autoridades legítimas, que en lugar de gracias, debería lanzar profundos gemidos por el poco fervor con que exercito mi ministerio, y al qual sin duda debe atribuirse el poco provecho que resulta. Sin embargo, no dexo de ver entre vosotros algunos exemplares de fervor, de penitencia, de humildad, de paciencia y de caridad, y si por desgracia no son mas comunes; debo á lo ménos dar gracias al Señor de que en un siglo en que son tan raras las virtudes, se encuentren algunos, aunque pocos, que no se avergüencen de ser sus partidarios y discípulos.

El Apóstol no se contenta con estas acciones de gracias, y quiere que sin cesar hagamos los Ministros de la palabra santa memoria de vosotros en nuestras oraciones. Esta es una obligacion esencialísima de un buen Párro-

co, porque si el que planta y el que riega nada son, y solo viene el acrecentamiento del dueño de la semilla, no debe tener confianza alguna en su ministerio, mientras no le acompañen el fervor y la oracion. A esta falta debe atribuirse sin duda la poca utilidad que resulta de nuestros trabajos, y así debéis pedir al Señor con preferencia á todas las cosas, el espíritu de oracion y de fervor para los que están encargados de trabajar en la santificación de vuestras almas; pedidle, pues que les haga llorar sus pecados personales ántes de sentir los de su Pueblo, y que soliciten la correccion propia ántes de interesarse en la de los vicios y desórdenes de sus feligreses. Pero tened presente asimismo que vuestras oraciones y las nuestras serán de muy poca ó ninguna utilidad si no llevamos una vida santa é irreprehensible. El Apóstol lloraba lleno de confianza por los de Thesalonica; acordándose como dice delante de Dios, y nuestro Padre, de las obras de su fé, y de el trabajo y caridad, y de la paciencia, de la esperanza en nuestro Señor Jesu-Christo. ;Oh, qué dul-

ce consuelo para un Pastor, quando considerando las almas de que el Señor le ha de pedir estrecha cuenta, ve que una fé pura y activa las anima, que una compasiva caridad las une, y que en medio de las tribulaciones que afligen su rebaño, nunca oye esas murmuraciones indecentes, esos clamores criminales, que dan bien á entender que se desconoce la mano que castiga! ; Ah! mis hermanos, dadnos con frequencia estos exemplos, mostradnos vuestra fé por medio de una piedad sólida, de manera, que vuestra solitud en oír los Divinos Oficios, vuestra asistencia á oír la palabra santa, y vuestro gusto en la lectura de los libros piadosos nos aseguren de que los sentimientos del corazon corresponden al lenguaje de la fé.

Mostradnos vuestra caridad por el interés mutuo en las enfermedades y en las necesidades de vuestros hermanos; dadnos la satisfacción de que el justo no insulte al impío con dichos picantes, ó cuentos indiscretos, sino que le compadezca, que lllore su suerte, y que solicite y consiga su conversion; que el rico nunca

insulte al pobre con su dureza y desprecio, ni le oprima con sus injusticias; sino que despues de haber dado á cada uno lo que es suyo, y pagado el salario del criado y del menestral, socorra la miseria de tantos infelices, y busque entre ellos los mas pobres que suelen ser los mas desconocidos.

Mostradnos vuestra paciencia en medio de las contradicciones, sofocando todo resentimiento; ofreciendo á Dios en sacrificio la pérdida de los bienes y comodidades de la vida; honrando la desnudez, y la pobreza con una virtud irreprehensible, y manifestando la mayor resignacion en las enfermedades y miserias; entónces podré deciros con el Apóstol, amados hermanos, vuestra eleccion es de Dios. En efecto los amigos de Dios se reconocen principalmente en las tribulaciones, y en la paciencia con que las santifican, y aunque todos los Christianos participan del amor general que conserva el Criador por las criaturas, los principales objetos de su predileccion son aquellos, dice San Agustin, que llevan la vida de su hijo único, y que amando y llevando su cruz, su-

fren con santa alegría las aficciones que padecen. Esta alegría la llama el Apóstol alegría del Espíritu Santo porque en efecto solo él puede inspirarla. Las tribulaciones no son de su naturaleza, capaces de dar consuelos, ni el corazon del hombre está hecho para tolerar pacientemente los trabajos, y así para esto se necesita siempre una fuerza sobrenatural; pero para amarlos, hacerlos el objeto de nuestros deseos, y conservar la alegría, se requiere toda la fuerza, y la virtud del Espíritu Santo. Y la razon humana ilustrada con las luces de la filosofía, ¿no puede inspirar este sentimiento? No, hermanos míos, la razon humana solo inspira el silencio en las aficciones quando las quejas y los clamores son inútiles: La filosofía no enseña sino el disimulo de las penas quando pueden tener algun alivio, y la preferencia de una muerte voluntaria, quando se ha perdido del todo la esperanza de vivir cómoda y pacíficamente. En fin, los mayores Filósofos de la antigüedad daban grandes lecciones sobre la paciencia, pero sin embargo en el retiro de sus casas se entregaban á sentimientos

que daban bien á entender la falsedad de sus máximas. Solo pertenece al espíritu de Dios el manifestarnos en las aflicciones su origen, su efecto, su recompensa, y entonces ya no hay lugar á la queja ni al sentimiento. Dios, hermanos míos, es de quien vienen los trabajos, y así son indispensables el silencio y la sumisión: con ellos castiga nuestros pecados, y así deben aceptarse con amor y confianza: y por último obran nuestra salvacion, y por consecuencia la esperanza, y la alegría deben ser sus frutos mas preciosos. Si la alegría en las aflicciones es una gracia del Espíritu Santo, tambien es un objeto de edificacion para los fieles que la presencian. Hay un escándalo gravísimo, hermanos míos, en el qual ponemos poquísima atencion, muy olvidado en el tribunal de la penitencia, pero sin embargo de muy graves consecuencias, y es el que se dá con la impaciencia y las murmuraciones en los trabajos con que Dios nos affige. ¿Pensáis que los padres no cometen un gran pecado, quando en la presencia de sus hijos manifiestan un grave sentimiento, ya por la pérdida de los bie-

nes, ya por los daños que les causan la malicia de los hombres, y por las enfermedades que padecen? Esas palabras indecentes que profieren en estas ocasiones la cólera que brotan por sus ojos, la desesperacion y la tristeza, ¿no han de ofender al Dios de la mansedumbre y de la paciencia? No serán responsables en el tribunal de su justicia del escándalo que causan, y de el mal exemplo que dan á sus hijos? Ah! hermanos míos, el Apóstol felicitaba á los primeros Christianos, porque se habian hecho modelo á todos los que habian creido en Macedonia y en Achaya; pero por desgracia vuestros hijos que todavia no han adquirido la fuerza necesaria en la fé, carecen de tales modelos, y por el contrario, imitando vuestras costumbres corrompidas, y conformándose á vuestras inclinaciones y sentimientos, vienen á ser mas injustos y mas malos que vosotros. Pero ya es tiempo de acabar la explicacion de esta epistola. Las verdades que os he demostrado son de muy grande utilidad, si las abrazais con firme resolucion. El Apóstol os convida á la paciencia, os

promete la alegría del Espíritu Santo, y por ella una felicidad perfecta en aquel Señor que es el término de nuestros trabajos, y el fruto de nuestras victorias por todos los siglos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO.
cap. 13. v. 31. 35.

En aquellos dias : Propuso Jesus al pueblo esta parábola : Semejante es el Reyno de los Cielos á un grano de mostaza , que tomó un hombre, y sembró en su campo : Este en verdad es el menor de todas las simientes ; pero despues que crece, es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol , de modo que las aves del Cielo vienen á anidar en sus ramas. Les dixo otra parábola. Semejante es el Reyno de los Cielos á la levadura que toma una muger , y la esconde en tres medidas de harina , hasta que todo queda fermentado. Todas estas cosas habló Jesus al pueblo por parábolas, y no le hablaba sin parábolas : Para que se cumpliese , lo que habia dicho el Profeta , que dice : abri-

*despues de la Epiphania. 141
ré en parábolas mi boca : rebosaré cosas escondidas desde el establecimiento del mundo.*

INSTRUCCION.

En pocas palabras vais á oír , hermanos míos , grandes verdades baxo la figura de dos parábolas sensibles. Jesu-Christo viene á darnos lecciones muy importantes, y si se vale de estas comparaciones, es para que sean mas inteligibles, y se graven mas profundamente en el corazon. Con estos símbolos comunes y comparaciones familiares ha confundido la orgullosa filosofía de los Sabios del paganismo, los cuales para aumentar el número de sus Discipulos hacian ostentacion de sus preceptos y sus máximas fastuosas en el estilo mas elevado; el Pueblo le sigue y abraza su doctrina, dexando á la filosofía pagana todas sus bellas máximas, y la vanidad de su moral; porque la verdad no necesita de artificios para recomendarse : ella tiene un carácter esencial que no es

facil equivocarlo con la mentira, y quando para buscarla se emplea la misma simplicidad que tiene para producirse, podemos estar seguros de comprenderla en toda su extension, y de que dará el fruto que apetecemos. Así vamos á verlo en esta instruccion, en la qual hablaremos unicamente de la primera parábola, mediante que la segunda solo sirve de confirmarla: y pues que Jesu-Christo se complace hoy en instruirnos, escuchémosle con gusto para deducir las reflexiones y conseqüencias que se requieren para nuestro aprovechamiento.

La mision de Jesu-Christo tuvo, hermanos míos, por objeto el restablecimiento del Reyno de Dios que habiamos perdido por el pecado; pero para esto era indispensable establecer en nuestro corazon los fundamentos mas sólidos, es decir, volvernos á la justicia y á la gracia que habiamos perdido. Por esta causa se habla repetidas veces en el Santo Evangelio del Reyno de los Cielos, comparándolo, ó bien á un campo que fructifica ciento por uno, ó á un Rey que reparte beneficios, ó á un padre de familia que prepara las bodas de su

hijo, ó á un hombre que pide cuenta de la administracion de sus bienes: hoy se reduce la comparacion á un grano de mostaza que tomó un hombre y sembró en su campo. ¿Pues qué semejanza puede tener este grano con un reyno tan basto, tan excelente por su naturaleza, con un reyno puramente espiritual, y de duracion infinita? Jesu-Christo encuentra la conformidad, y nos la manifiesta en las palabras siguientes: Este en verdad es el menor de todas las simientes, pero despues que crece, es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol, de modo que las aves del Cielo vienen á anidar en sus ramas.

En efecto por qualquier lado que miremos el Reyno de Dios, descubriremos todas estas relaciones que Jesu-Christo manifiesta. En primer lugar debemos considerarle dentro de nosotros mismos. Sus raíces en el principio son muy delgadas y débiles, pues aunque se nos ha dado la fé en el Bautismo, está como muerta y estéril mientras que la razon permanece envuelta en las tinieblas de la infancia; pero cultivada con la educacion christiana, ali-

mentada con la instruccion, y no poniendo obstáculos á la gracia, se aumenta diariamente, se fortifica con la edad, hecha profundas raices, extiende sus ramas, se manifiesta en todas las acciones de la vida, y en fin se hace un grande árbol que sirve de apoyo y sostenimiento al Christiano que le fortalece contra su propia debilidad, y que le inspira la práctica de todas las virtudes, y sirve para mantenerlas. Primer rasgo de la semejanza entre el grano de mostaza, y el Reyno de Dios.

Consideremos despues este Reyno en la Iglesia, de la qual Jesu-Christo es el Autor, la Cabeza y el Esposo, y veamos la conformidad que tiene con ella este misterioso grano. Debil en su principio ocupaba sobre la haz de la tierra un lugar muy estrecho y limitado. Contenida desde el origen del mundo en el pequeño número de adoradores del verdadero Dios, se perpetuó despues en las familias de los Patriarcas baxo la ley de la naturaleza: se reunió y fortaleció baxo la ley escrita en la Judea, se reduxo en el tiempo del Mesias, á un xefe ignorado del Universo entero, y des-

despues de la Epiphania. 145
conocido de su propia nacion. ¿Quién hubiera pensado que vendria un tiempo en que esta sociedad apenas visible, no reconoceria limite alguno ni en los siglos, ni en los climas: que sus términos serian los de el Universo: que todos los pueblos de la tierra vendrian á refugiarse á las sombras de sus estandartes: que pondria á sus pies las soberbias cabezas de los grandes y poderosos del siglo: que resistiria á los continuos esfuerzos que haria el inferno para destruirla; y en fin, que por su extension, su solidez y su gloria haria sombra á todas las otras religiones, formadas por el orgullo, el interes y la mentira? Ved, Christianos, una semilla de tan poca monta en su principio, y tan maravillosa en sus progresos. ¿Pero no reconocéis en la Religion de Jesu-Christo, que nos figura este grano de mostaza, una doctrina opuesta á los placeres, al orgullo y á la soberbia humana? ¿No admiráis el modo con que se establece entre los hombres? Su Autor nace en un pescobre, vive lleno de trabajos, y muere en una cruz. Sus defensores y sus Apóstoles dexan sus ocupaciones para pre-

dicarla, sufren las mayores contradicciones, y reciben por premio de sus trabajos los martirios mas sangrientos. Sus máximas se dirigen á crucificar la carne, y sus verdades superiores á la razon humana la sujetan á su pesar. En fin, anunciándose á todos los hombres, les propone que renuncien las satisfacciones de la vida; les enseña á detestar lo que buscan con mas ardor y solitud, y á buscar aquello mismo que quieren evitar, y huir con mas cuidado. ¿Quién pudiera pensar que la orgullosa sabiduría de los filósofos callase delante de esta doctrina; que ella sujetase los pueblos mas bárbaros como los mas sensuales; que la soberbia Roma, y la supersticiosa Athenas la sometiesen sus errores y sus luces, y que los hombres mas luxosos y entregados al placer se conformasen con sus máximas de penitencia y de reforma? Ved, Christianos, el grano de mostaza que apenas se percibe en el origen, como se engrandece y se levanta hasta las estrellas.

En fin la palabra de Dios merece tambien algun lugar en esta parábola, por lo que contribuye á perpetuar el

depósito de la fe, á formar hijos en la Iglesia, y á mantener la pureza de la religion y su doctrina; pero no juzgueis, hermanos mios, de su excelencia por su exterior, porque muy léjos de rendirle el respeto y la adoracion que exige su santidad, la despreciais sobre manera, considerando, no tanto su origen, quanto los canales por donde se transmite. El Ministro autorizado para anunciarla tiene tambien la misma debilidad y enfermedades que vosotros, y quizá no es mas fiel á las verdades que enseña, ni mas codicioso en buscar los bienes que propone, ni está mas penetrado de las amenazas que hace: este grano de mostaza es en nuestra boca el menor de todas las simientes; pero qué cosa hay tan admirable en sus efectos? ¿quál es tan semejante á el árbol de que nos habla el Evangelio? En efecto, hermanos mios, á esta palabra santa debe el mismo Evangelio su gloria: la religion su extension, y la Iglesia su esplendor. Si esta Iglesia no está limitada ni por los lugares, ni por los tiempos; es porque en todos los siglos, y en todas las naciones de la tierra ha suscitado Dios hombres poderosos en

palabras: si la Iglesia ha visto estrellarse y perecer tantas sectas que se levantaron para obscurecerla y aniquilarla; es, porque Dios ha puesto en las manos de sus mas intrépidos defensores la espada de su palabra. La religion la debe su propagacion en aquellos dias de persecucion y de pelea en que el inferno habia tramado su perdicion, y en que los tiranos estudiaban los medios de ahogarla en su misma cuna. Esta misma palabra santa es la que ha tomado su defensa animando á sus atletas al combate con la certidumbre de sus triunfos: sugiriendo á sus mártires respuestas capaces de conmovier la ferocidad de sus verdugos, y de fortificar á los Christianos testigos de sus suplicios, si acaso titubeaban en la fe: ella es quien ha dictado á esas lumbreras de la Iglesia las apologías admirables, que así como en otro tiempo sirviéron para hacer que los mismos enemigos de la religion la respetasen, sirven en tiempos tan calamitosos como los presentes para enseñarnos á combatirla y amarla: ella finalmente hace conocer á los malos Christianos la oposicion de sus costumbres con las máximas de una religion

tan santa; y si la palabra de Dios no defendiese con tanto cuidado los dogmas y los misterios sagrados, y conservase en toda su integridad el depósito de la fe confiado á la Iglesia, ¿la ignorancia y el error no hubieran ya prevalecido, no hubieran alterado su pureza, y substituido los sistemas mas absurdos y corrompidos?

Confieso, hermanos míos, que quanto mas medito la grandeza de la palabra santa, me admiro mas de que sea tan esteril. Esta palabra que solo se dirige á procurar nuestra salvacion, es para muchos la mas pequeña de las semillas: ella es un objeto de desprecio para los corazones carnales: ¿quántos Christianos vienen á oirla solamente por precision, ó movidos de la costumbre ó la curiosidad, y que teniéndose por mas instruidos é ilustrados que el Ministro que la anuncia, desprecian, y tienen á ménos el sacar el fruto que deben para la correccion de sus costumbres! Esta palabra en su sentir es la mas pequeña de las semillas; pero qual será su admiracion en el dia de las venganzas del Señor, quando vean que esta misma semilla, tan despreciable en la apariencia,

será su juez y su condenacion?

Esta palabra, hermanos míos, produce de suyo abundantes frutos, y no necesita de los adornos y frases de la eloquencia profana, porque sería envilecerla: el Ministro que la sabe anunciar con mas claridad, pureza y simplicidad, ese ha llenado mas cumplidamente el objeto de su mision apostólica. Por esta causa, hermanos míos, los Predicadores mas elegantes en el estilo no siempre son los que desempeñan su ministerio con mas utilidad. Hay en esta parte un vicio muy reprehensible entre los Christianos: se corre muchas veces á los sermones, como si fuesemos á un teatro, y se hace una diversion de oír un estilo pomposo y floreado, mientras que se desprecian las verdades sólidas, dichas sin artificio y sin un fastuoso aparato: esta es una ofensa gravísima que se hace á la palabra de Dios; pero no por esto quiero condenar el justo discernimiento que hacéis entre los Predicadores, de aquellos mas ilustrados, mas eloquentes, y mas llenos del espíritu de Dios: yo no repruebo los justos aplausos que dais á la eloquencia de sus discursos; pero cuidado no sea que se-

ducidos por los talentos exteriores, deis una injusta preferencia á la palabra del Ministro, respecto á la palabra de Dios.

Esta palabra santa es tambien la mas pequeña de las semillas, si se ha de juzgar por el exterior, porque sus efectos son desconocidos á los ojos de la carne: ella ciertamente obra de un modo invisible en los corazones las mudanzas mas prodigiosas, sin que ni el Ministro ni los oyentes las perciban, y Dios lo permite así á fin de que los unos ni los otros atribuyan á otro poder que el suyo estos milagros. Por tanto, hermanos míos, si no produce siempre los mismos efectos, debemos atribuirlo á nuestras faltas: si el Ministro que la anuncia no la profundiza para explicarla con toda claridad y extension; si él mismo no está penetrado de ella, y si la contradice con sus obras, ¿cómo es posible que produzca fruto? ¿Qué responderá quando el Señor le pida cuenta de su ministerio? ¡Yo tiemblo, si considero la pesada carga que tengo sobre mí! En efecto, quando veo la inutilidad de mis exhortaciones, no puedo ménos de llorar, ó bien mis defectos, ó bien la mala disposicion con

que os presentais en el Templo á oír la palabra santa : ella de suyo, aunque pequeña y débil en la apariencia, es muy grande en sus progresos : el Evangelio nos asegura que es mayor que todas las legumbres ; y á la verdad , quando la palabra de Dios ha entrado y echado raíces en un corazon , sofoca qualquiera afecto carnal , contrario á las santas disposiciones que pide nuestra justificación : ella sobrepuja todos los deseos que el demonio y la carne nos inspiran : ella extiende sus ramas á todas las obligaciones de la vida christiana , y parece un grande árbol por las profundas raíces que hecha en el corazon , por la fuerza que comunica , y por la perfeccion á que se eleva : ella causa todos los efectos de un grande árbol , y sirve á un tiempo para el adorno , para el apoyo y la defensa : al justo le adorna por la union que le da con su Dios : al Christiano que la observa le protege y le cubre con su sombra ; y poniéndole entre las manos las armas para que se defienda , le sostiene en sus miserias y trabajos. Así decia David : Señor, hubiera ya caído baxo el peso de mi propia debilidad , si no meditase tu palabra. En

fin , las aves del Cielo vienen á anidar en sus ramas , y en esta figura debeis reconocer siempre la palabra santa, bien se aplique á los Reyes y Príncipes temporales , ó á la gracia y las virtudes que provienen de ella como de un verdadero principio.

Si , Christianos : á la sombra de esta palabra han venido á refugiarse los poderosos y los grandes de la tierra, que hinchados con sus riquezas y su opulencia , se jactaban de no baxar su cerviz á nadie ; pero hoy saben que ella les da las lecciones que necesitan para reynar , y que mantiene en el corazon de sus vasallos el respeto y la obediencia. ¿ Y qué diré de las gracias y de las virtudes que particularmente se simbolizan en esta figura ? ¿ Acaso este don precioso de la palabra no prepara el corazon de los fieles , no les defiende , no les conserva , no asegura su perseverancia , y prepara las recompensas eternas ? Si , hermanos míos ; tanta es la utilidad que produce la palabra de Dios, quando se oye con la humildad y la disposición que se requiere : ¿ pues por qué la mirais con tanta indiferencia y frialdad ? ¿ Por qué ya que sois tan diligen-

tes para oír mis instrucciones, no corregis las costumbres, y reformais los vicios que tantas veces reprehendemos? ¿Pensais que las instrucciones sagradas son semejantes á esas fábulas de los teatros profanos, que solo se dirigen á entretener el tiempo que debia ocuparse en las obras de la religion? ¿Es posible que quando procuramos poner las verdades eternas á los alcances de vuestro conocimiento, y hacerlas sensibles, no con las figuras y las expresiones de una eloqüencia humana, sino con las figuras y parábolas mismas que Jesu-Christo proponia á su pueblo, sea tan escaso el fruto, que muchos de los oyentes ni siquiera sepan dar razon si se les pregunta de la materia que se ha tratado? ¿Los Christianos que deben hacer su alimento de la palabra de Dios, no sacan, oyéndola como la oyen todos los dias, ni aun aquellos principios mas óbvios de la moral que tanto influyen para su propia utilidad? ¡Ah, Christianos! Esto proviene de la poca disposicion con que venis al Templo: y para que en adelante saqueis algun provecho de la palabra santa, voy á instruiros brevemente de las

disposiciones que debeis traer.

Primera disposicion: disposicion de humildad: nunca juzgueis ni de la palabra, ni del Ministro, ni del modo con que se explica, porque de esta palabra santa debeis esperar vuestro juicio; y así lo que debeis hacer al oirla es entrar en vuestro corazon, confesar vuestra miseria, tener un sentimiento interior de desconfianza, á vista de vuestra flaqueza, dar un testimonio sensible de dolor, considerando los pecados que habeis cometido, y manifestar un esfuerzo generoso de conversion y de reforma. Qualquier otro fruto que saqueis es muy peligroso, y debe evitarse con gran cuidado.

La palabra santa crece, y esta es la segunda disposicion. Disposicion de docilidad: santa como es por esencia no puede recibir en sí misma mayor perfeccion y extension, y así los progresos dependen enteramente de vosotros mismos. No es ella quien se ha de acomodar á las inclinaciones, y al genio de cada uno. Este genio y estas inclinaciones se han de arreglar, y reformar por sus principios, sujetándose á sus máximas; y como esta divina pa-

labra influye siempre en todas las obligaciones, y estados de la vida, es menester cuidar sobremanera de no despreciarla en cosa alguna.

Ella es mayor que todas las legumbres: tercera disposicion. Disposicion de admiracion y respeto: no penseis honrar á los Ministros porque venis á oírlos. Esto es lo que ménos los satisface. Si la palabra misma no es quien os llama y trae al Templo, si no estais penetrados del respeto que exige Dios quando habla por nuestra boca, si el corazon no está tocado de la mas viva admiracion, al ver como se comunica el Señor por medios tan sensibles, estad ciertos que deshonrais nuestro ministerio.

En fin la palabra Divina se hace árbol: última disposicion. Disposicion de desconfianza: ella de suyo es capaz de curar nuestras dolencias, de darnos abundantes consuelos, y de fortalecernos contra las pasiones; pero estos admirables efectos se ven muy rara vez entre los Christianos porque carecen de confianza. De aquí nace que nunca se apliquen los remedios que pide, que no se espere nada de lo que promete, y

que se desprecien las prácticas mas fáciles, eficaces y seguras. Naaman se vió en peligro de volver á su casa con la lepra, porque no creyó como debia en las palabras del Profeta Elisco, y le pareció que las aguas del Jordan, donde le mandaba lavarse siete dias, no podian ser un remedio eficaz para la curacion de sus llagas.

Por tanto, hermanos míos, lo que debeis hacer, si quereis sacar provecho de la palabra santa, es oírla con humildad, docilidad, respeto y confianza, y entónces tendreis las recompensas que Dios ha ofrecido tantas veces.

O, Señor Jesus, nada nos representa mejor vuestra palabra que la comparacion de una semilla; pero tan poco hay cosa que nos anuncie mas la esterilidad de nuestros corazones, que el poco fruto que produce en nuestros dias; pero, Señor, vos teneis medios muy eficaces para remediar esta esterilidad. Dadnos siempre Ministros ilustrados y zelosos, que nos pongan de manifesto las verdades eternas, y á nosotros corazones dóciles que la reciban; y velad continuamente sobre los unos y los otros para asegurar su acrecentamiento. Así sea.

DOMINGO
DE SEPTUAGÉSIMA.
EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO A LOS CORINTHIOS.
cap. 9. v. 24. 27. cap. 10. v. 1. 5.

Hermanos : ¿ No sabéis , que los que corren en el Estadio , todos en verdad corren , mas uno solo lleva la joya ? Corred de tal manera que la alcanceis . Y todo aquel que ha de lidiar , de todo se abstiene : y aquellos ciertamente , por recibir una corona corruptible ; mas nosotros incorruptible . Pues yo así corro , no como á cosa incierta : así lidio , no como quien dá golpes al ayre : Mas castigo mi cuerpo , y lo pongo en servidumbre : porque no acontezca , que habiendo predicado á otros , me haga yo mismo reprobado . Porque no quiero , hermanos , que ignoreis , que nuestros padres estuviéron todos debaxo de la nube , y todos pasáron la mar , y todos fuéron bautizados en Moysés , en la nube , y en la mar

y todos comieron una misma vianda espiritual , y todos bebiéron una misma bebida espiritual : (porque bebían de una piedra espiritual , que los iba siguiendo : y la piedra era Christo) mas de muchos de ellos Dios no se agradó : por lo qual fuéron postrados en el desierto .

INSTRUCCION.

No me direis , hermanos míos , que os presento una moral difícil , que pongo la compra del Cielo á muy alto precio , y que tengo por impracticable la ley del Evangelio . Todo lo que yo puedo deciros del pequeño número de los elegidos está concebido en la parábola que Jesu-Christo propone hoy al Pueblo , y en la comparacion que el Apóstol San Pablo hace en su Carta á los Corinthios , pero en términos tan expresos que todas mis reflexiones sobre las amenazas que contienen , léjos de exágerar estas verdades , no harian otra cosa quizá que debilitarlas . Por tanto voy á exponer esta Epístola con la sencillez posible , recordándoos al

mismo tiempo que quanto mejor es el número de los escogidos, tanto mas debemos esforzarnos para completarle, cumpliendo las obligaciones que pueden asegurar nuestra eleccion.

¿No sabéis que los que corren en el Estadio, todos en verdad corren, mas uno solo lleva la joya? Esta comparacion del Apóstol está tomada de los juegos públicos que se acostumbraban celebrar en la Grecia, para los cuales se fixaba una cierta distancia de terreno, y al fin de ella se ponía un blanco, al que aspiraban todos los atletas: el que primero le tocaba ese ganaba el premio prometido. Este es, hermanos míos, el fundamento de la comparacion: veamos ahora sus conseqüencias. El Cielo es este blanco: Dios mismo es el premio de la carrera, y la vida presente es el término señalado; pero si de los que corrian en el Estadio uno solo conseguia el premio sobre todo un Pueblo, ¿quántos hay que consigan la corona de la salvacion entre tantos millares que abraza el Christianismo? Los unos espectadores ociosos de la carrera no se toman el trabajo de entrar en la arena, y estos son todos los malos Christia-

nos que viven una vida enteramente mundana sin respeto ni consideracion á las máximas del Evangelio. Estos mientras viven están bien seguros de que en este estado de indolencia no pueden llegar al término de la perfecta felicidad, porque no han empezado á correr: otros corren, pero tan poco á poco que no hacen progresos en la virtud, y siempre son niños en la fe, porque nada hacen para afirmarse y adelantar en ella: estos son esos Christianos débiles que quieren agradar á un tiempo al mundo y á Jesu-Christo: que no sienten gusto alguno en las verdades de la religion, y que no practican las obras buenas sino por costumbre, y por el bien parecer: otros corren al principio con tal celeridad que se prometen la recompensa; pero insensiblemente van deteniendo el paso, y en el estado de tibieza en que viven, lejos de correr, apenas se mueven en el camino que conduce al término: y estos son esos Christianos indiscretos que en el primer movimiento de fervor no encuentran cosa que les parezca pesada en el camino de la penitencia y de las lágrimas, y que acusarian de poco espíritu.

tu á un Ministro que quisiese moderar su ardor : estos queriendo hacer mas pesado el yugo del Evangelio se le hacen al cabo insoportable , se disgustan y se abandonan otra vez á sus pasiones. Otros corren , y si un paso no interrumpido y mesurado les acerca al término , y casi tocan á la corona , una piedra resbaladiza los hace caer : un ligero obstáculo , y un objeto extraño bastan para separarlos y entretenerlos. Otros mas animosos les adelantan ; pero en el momento mismo en que iban á conseguir el premio se encuentran sin él : y estos son esos Christianos inconstantes y ligeros que fluctuan á qualquier viento de doctrina , y siguen todas las impresiones que reciben : ellos son fieles á Jesu-Christo , miéntras que el demonio no les disputa la victoria ; pero al mismo tiempo sensibles á los atractivos del deleyte , y á los encautos y placeres del luxo y del regalo. Sin la tentacion tal vez hubieran sido contados en el número de los Santos ; pero al primer combate que les presenta Satanás han consumado en alguna manera su eterna reprobacion. Todos estos Christianos son á los que el Apóstol dirige

hoy estas palabras : corred de tal manera que alcanceis el premio. ¿ Pero basta por ventura correr para conseguirlo ? ¿ Son estos los athletas que deben ser aquí nuestros modelos ? Todo aquel , dice San Pablo , que ha de lidiar , de todo se abstiene , y sin embargo no se propone sino una corona corruptible. Si la codicia mueve así á estos hombres , ¿ no deberian los Christianos moverse con mucha mas razon por adquirir el Reyno eterno ? En otro tiempo los que habian de combatir en público , se mortificaban para robustecer sus cuerpos , y se ensayaban en ejercicios propios para sacar fuerza y ligereza : todo esto lo hacian únicamente por merecer el favor y el voto de los espectadores , y recibir una corona corruptible ; y para un solo dia de una victoria , muchas veces incierta , pasaban toda su vida en la opresion y la fatiga. Este , mis hermanos , es el modelo que nos propone el Apóstol para los que aspiramos á una corona incorruptible y eterna ; pero para conseguirla debemos freqüentar los combates , y ensayarnos en ejercicios fuertes capaces por su naturaleza de dar-

nos el triunfo. Por tanto, hermanos míos, la comparacion del Apóstol es muy exácta en todas sus partes. Es cierto que el Cielo es la recompensa del trabajo, el término de las aflicciones, el premio de los combates y de las victorias, y la remuneracion de todas las privaciones y sacrificios de la vida presente; ¿pero qué derecho pueden tener á él tantos Christianos ociosos cuya sola ocupacion es entregarse á los deseos del corazon? ¿Qué parte se atreverán á pedir tantos Christianos indóciles que no estudian sino medios de librarse de las tribulaciones que los amenazan, y de derramarse en murmuraciones siempre que la Providencia los castiga? ¿Por qué causa ha de pertenecer la felicidad eterna á esos Christianos débiles á quienes seduce la menor tentacion, cuya vigilancia no es mas firme que la fé, y que el demonio halla siempre prevenidos quando quiere atacarla? En fin, ¿qué lugar podrá señalarse en él á esos Christianos sensuales para quienes está llena de hechizos y atractivos la vida presente, y que siempre andan buscando el modo de alejar y su-

vizar qualquier sentimiento al mismo paso que abrazan los peligros para su alma? ¿Por ventura, hermanos míos, entre tantos que entran al combate, conocéis algunos que procuren aumentar sus fuerzas con los ejercicios de la penitencia, y las obras de la vigilancia christiana? Los Ministros de la palabra santa á quienes principalmente se ofrece el Apóstol por modelo, ¿no son los primeros que abandonan la moral del Evangelio, y que por una desgracia de todos los tiempos desacreditan con una vida del todo sensual los principios que establecen sobre la fé y las costumbres? El Apóstol exhorta á los Christianos á no trabajar en vano, y les dice: yo así corro, no como á cosa incierta: así lidio, no como quien da golpes al ayre. ¿Y cuáles son los instrumentos de su trabajo y las armas de su combate? La penitencia, hermanos míos: y así dice luego: castigo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, porque no acontezca que habiendo predicado á otros, me haga yo mismo reprobado. No es el orgullo quien al Apóstol le dicta estas palabras, porque vive en una vi-

gilancia continua, en la penitencia mas severa, y se exercita en combates diarios, y en trabajos útiles; pero no por eso desconoce su debilidad: sabe que puede ser para los demas un instrumento de salvacion, y encontrar su propia ruina en el exercicio de su ministerio, por lo qual nos enseña á los Ministros de la palabra santa que Dios no nos ha de juzgar por los frutos que llevemos, ni por la confianza de los Pueblos, ni por sus testimonios y elogios, sino por nuestras propias obras; y que de nada nos servirá haber sido los Ministros de la penitencia, si no somos los primeros observadores y discípulos de ella. ¿Quién de nosotros, hermanos míos, se tendrá por seguro de sus buenas obras segun las palabras del Apóstol? ¿Quién se atreverá á decir que pone en servidumbre su cuerpo, y que le castiga con santa severidad? Estando tan solícitos para echar de nosotros lo que nos molesta, tan inquietos quando nos ataca la menor enfermedad; ¿podremos decir que le castigamos mientras que damos pábulo á una carne rebelde, procurándola toda la comodidad y el placer posible?

¿Podremos alabarnos de tenerla en esclavitud entre tanto que somos quizá sus esclavos? La salvacion, hermanos míos, está reservada para el pequeño número de los que viven y mueren segun el Evangelio: no basta haber vivido en la tribulacion, sino que es preciso perseverar en la paciencia. En efecto, considerad, dice el Apóstol, la conducta de Dios para con nuestros padres: á todos los sacó del Egipto donde gemian en duro cautiverio: todos estuviéron baxo de la nube: todos pasáron la mar, y todos comiéron una misma vianda espiritual. El fin de tantos milagros era segun los designios de Dios conducir á su pueblo á una tierra fértil; pero sin embargo de muchos de ellos concluye el Apóstol, Dios no se agradó, por lo qual fuéron postados en el desierto. En efecto, mis hermanos, ¿no reconocéis en este pueblo ántes esclavo, y arrancado ahora por una mano milagrosa del cautiverio á todos los Christianos? ¿No es el Evangelio esta nube que les defiende, que les ilustra, y que rechaza sus enemigos? ¿El mar rojo que se abre para que pase este pueblo escogido, y

que se une para sepultar los Egypcios que le perseguian, no nos acuerda el bautismo donde fuéron sepultados nuestros pecados, y de donde salimos puros y vivos á los ojos de Dios? Esa piedra que brotaba las aguas vivas, que consolaban y refrescaban al pueblo Judío, no es una figura de Jesu-Christo como dice San Pablo? El en efecto es la piedra angular de donde sale esa fuente de agua viva que resalta hasta la vida eterna; No nos presenta en los Sacramentos de su Iglesia recursos para todas nuestras necesidades y remedios, para los males que padecemos? Hasta aquí el paralelo, hermanos míos, todo es en favor de los Christianos. En los prodigios del Dios de Israel solo se ven sombras mudas y débiles figuras de los milagros de un Dios Salvador; pero su comparación se hace muy sensible quando consideramos que de tantos Christianos llamados por medios tan milagrosos, y con tantos auxilios, el mas pequeño número muere en la gracia del Señor.

Que yo no pueda en este dia, hermanos míos, traspasar á vuestros corazones la impresión que ha hecho so-

bre el mio esta terrible verdad! San Agustín meditándola atentamente, le decia al Pueblo que ella ha poblado los desiertos; que ella ha separado á los mas grandes pecadores de sus desórdenes; y que si por sí misma causa grandes temores, la gracia la fecundiza y hace mas útil.

No salgamos hoy, Christianos, de este templo sin meditar esta verdad delante de Dios. Postrados á los pies de los altares penetrémonos de un temor saludable á la vista de las justicias del Señor. ¡Ojalá que esta verdad nos haga detestar los pecados, pues que han sido la causa de la muerte de un Dios, el qual excluye todos los dias de su Reyno á tantos hijos á quienes llamaba por su misericordia!

Dios mio, haced que este sentimiento llegue á penetrar íntimamente nuestros corazones; dadnos un temor saludable, para que meditando vuestras justicias, las temamos; temiéndolas, las evitemos; evitándolas, os amemos; y amándoos, seamos del número de los que son vuestros por una eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,

cap. 20. v. 1. 16.

En aquel tiempo dixo Jesus á los Discípulos: semejante es el Reyno de los Cielos á un hombre Padre de familias, que salió muy de mañana á ajustar trabajadores para su viña. Y habiendo concertado con los trabajadores darles un denario por día, los envió á su viña. Y saliendo cerca de la hora de tercia, vió otros en la plaza, que estaban ociosos. Y les dixo: id tambien vosotros á mi viña, y os daré lo que fuere justo. Y ellos fueron. Volvió á salir cerca de la hora de sexta y de nona, é hizo lo mismo. Y salió cerca de la hora de vísperas, y halló otros, que se estaban allí, y les dixo: ¿qué haceis aquí todo el día ociosos? Y ellos le respondieron: Porque ninguno nos ha llamado á jornal. Diceles: id tambien vosotros á mi viña. Y al venir la noche, dixo el dueño de la viña á su Mayordomo: Llama los trabajadores, y págales su jornal, comenzando desde

los postreros hasta los primeros. Quando viniéron los que habian ido cerca de la hora de vísperas, recibió cada uno su denario. Y quando llegaron los primeros, creyeron, que les darian mas: pero no recibió sino un denario cada uno, y tomándole murmuraban contra el Padre de familias, diciendo: Estos postreros sola una hora han trabajado, y los has hecho iguales á nosotros, que hemos llevado el peso del día, y del calor. Mas él respondió á uno de ellos, y le dixo: Amigo, no te hago agravio: ¿no te concertaste conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo, y vete: pues yo quiero dar á este postrero tanto como á tí. ¿No me es lícito hacer lo que quiero? ¿Acaso tu ojo es malo, porque yo soy bueno? Así serán los postreros, primeros; y los primeros, postreros: porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos.

INSTRUCCION.

¿Qué viña es esta, hermanos míos, á la qual envia el Señor los trabajadores? ¿Qué trabajo es este que los impone, y qué denario el que ha de darles por dia? La presente Parábola, segun la exposicion de los Santos Padres, nos da una idea la mas cabal del importante negocio de la salvacion, de los trabajos que hay para ganar el Cielo, y del cuidado y diligencia del Padre de familias en buscarnos á toda hora, y á todo instante. Por tanto debemos vivir con la mayor vigilancia para que no nos cuente en el número de esos trabajadores á quienes dixo: ¿Qué haceis aquí todo el dia ociosos? ¿No sabeis que tengo sobre vosotros designios de misericordia y de bondad, y que en qualquiera instante de vuestra vida que os mostreis aplicados y fieles, estoy pronto para recibiros en el número de los que trabajan para mí? Pues id tambien vosotros á mi viña.

No quisiera, hermanos míos, atemorizar y desalentar á esos Christianos insensatos que han sacrificado á la pereza y la ociosidad los instantes mas preciosos de una vida que debian emplear solamente en salvarse: no vengo á decirles que ya no hay recurso para su salvacion, sino al contrario á manifestarles, que por parte del Padre de familias todo está allanado siempre que por la suya cooperen al trabajo. En efecto, ¿por qué han de perder el ánimo y la confianza entretanto que el Señor sale á cada instante para dar trabajo á los jornaleros, y que al fin del dia ha de dar igual recompensa á todos los que tengan igual actividad y vigilancia? Conozco, mis hermanos, que si explicando esta Parábola inspiro á los pecadores motivos de confianza en la misericordia de un Dios que los espera siempre, no podré dexar de afligir á los justos que me escuchan, advirtiéndoles que Dios recompensa algunas veces con mas abundancia y liberalidad á los que le consagran una vida pasada en la esclavitud de sus pasiones, que no á la perseverancia de un justo tibio que se contenta con evitar gran-

des pecados sin tomarse el trabajo de practicar grandes virtudes; pero si este pensamiento les aflige, acuérdense que Jesu-Christo ha querido consolar á los pecadores, y animar á los justos para exercitarlos en redoblar su atencion y sus cuidados, á fin de que los últimos llamados á su Reyno, no les precedan en el lugar que les está señalado en su gloria. Estas son las diferentes reflexiones que os ofrece el Evangelio de este dia, y para que saqueis todo el provecho de que es susceptible, espero vuestra atencion.

Con mucha justicia toma Dios en esta Parábola el título de Padre de familia. La sollicitud y el afan con que este hombre del Evangelio intenta reunir los trabajadores activos y laboriosos; el cuidado que tiene de distribuirles un salario al fin del dia, nos hace levantar nuestra consideracion á esa Providencia admirable que no cesa de velar sobre nosotros; que nos coloca en los diferentes estados de la vida, y que se digna proporcionar las recompensas en razon de nuestra fidelidad, y nuestros trabajos: Este hombre pues, sale muy de mañana á ajus-

tar trabajadores para su viña. Notad, hermanos míos estas palabras: muy de mañana. En efecto, es Dios tan zeloso de nuestra santificacion, que quiere hacernos saber que nunca está de su parte el dilatarla; la desobediencia y el pecado del hombre ponen al Señor en el caso de castigarle, y excluirle de su Reyno. No queriendo por su alta justicia dexar impune el pecado, pronuncia contra el primer prevaricador la sentencia mas terrible; pero tambien muy misericordioso para dexar al hombre sin esperanza y sin recursos, le anuncia en el instante mismo en que le castiga, que en la plenitud de los tiempos nacerá un hijo de una muger que quebrantará la cabeza de la serpiente: si desde muy de mañana ofende el hombre á su Criador, tambien desde muy de mañana se dexa obligar con súplicas humildes. Si en la sollicitud que muestra el Padre de familias en salir muy temprano reconocéis el deseo que tiene de salvarnos, ¿no conocéis igualmente una idea de las obligaciones que este deseo os impone? El Padre de familias (atended jóvenes) ha salido muy de

mañana para buscaros. Todavía no habiais abierto los ojos á la luz quando el bautismo os sacó, digámoslo así, á la plaza pública, despues os hemos separado del camino de la perdicion y de la muerte, y consagrándoos al servicio del Señor, habeis sido desde este momento destinados á trabajar en su viña: apenas ha sido vuestro espíritu susceptible de algun conocimiento é instruccion, quando no hemos cesado de repetir os que si Dios se habia dignado de inspirar en vosotros el soplo de la vida, habia sido para conocerle, servirle y amarle. Pero por ventura os habeis mostrado fieles á vuestra vocacion? Llamados desde muy de mañana habeis empleado exáctamente los primeros instantes de vuestra razon á la obra importante que ha puesto en vuestras manos? Tendreis la satisfaccion de presentaros con la debida confianza á la fin del dia para recibir el salario que solo se debe á la vigilancia y á la actividad? Hermanos míos, quando os llama Dios para servirle, os propone una recompensa capaz de excitar vuestra emulacion. El Evangelio dice, que habiendo con-

tado el Padre de familias con los trabajadores darles un denario por dia, los envió á su viña. Pero de qué sirve este denario en comparacion de la recompensa infinita que os destina Dios? El trabajo que os impone, sea el que quiera, por mas duro que parezca á la naturaleza, tendrá un término; pero la gloria que os espera al fin del dia, jamas se acabará: el Padre de familia no se contenta con salir una vez: sale á la hora de tercia, y vé otros en la plaza que estaban ociosos: á la sexta, y á la nona vuelve á salir, y halla tambien otros que se estaban allí en inaccion. Notad, hermanos míos, que Jesu-Christo en esta salida á diferentes horas del dia ha querido designarnos los diferentes estados de la vida, á fin de que ninguno pudiese excusarse ni dispensarse de trabajar en su salvacion. Segun esto; de qué pretexto os podreis valer para autorizar vuestra negligencia y abandono? Direis que todavía sois mozos, y que estais en el tiempo propio de los placeres; que los ejercicios penosos de la Religion y las prácticas austeras de la devocion y de la virtud son propias de otras perso-

nas mas robustas y de mas edad ; que entónces os hareis virtuosos por inclinacion y por gusto ; que el Padre de familias saldrá mas de una vez á llamar trabajadores á su viña , y que vendrá un tiempo en que correspondereis á sus invitaciones , que tal vez será á la hora de sexta , ó quizá á la nona. Insensatos , ya ha venido para vosotros á la hora primera , y no habiendo visto gusto ni propension alguna al trabajo que os abandoné á vuestra pereza y ociosidad , y que no vuelva á salir otra vez. Direis que estais metidos en grandes negocios ; que el cuidado de una casa , los afanes del comercio , y las muchas ocupaciones que traen consigo los grandes empleos , os roban todos los instantes del dia ; que divididos en una multitud de cuidados en vuestro concepto indispensables , ofenderíais á vuestras familias , ó á vuestros conciudadanos si dieseis á la devocion el tiempo que debeis emplear tan utilmente para ellos ; que sin embargo no perdeis de vista este importante objeto ; que vendrá un dia en que descargados de todos los cuidados y libres de

inquietudes , no tendreis que ocuparos en otra cosa que en los intereses eternos : ciegos , hace mucho tiempo que el Señor salió para vosotros : á la sexta y á la nona os ha convidado para trabajar en su viña por la boca de sus Ministros , y todavia en este momento os insta por la mia ; pero con todo no desistis de vuestras ocupaciones mundanas para venir á ella , por lo qual estais verdaderamente ociosos á su vista , porque nada trabajais en el negocio mas importante de todos : ; y quién os asegura que tendreis una vida larga para desempeñar un trabajo que entónces será mucho mas incómodo y penoso ?

Vosotros , pecadores obstinados , direis que ya son vuestras cadenas muy pesadas , y que así no teneis fuerzas para romperlas ; que Dios , cansado de tanto esperar , no tiene para vosotros sino designios de justicia y de venganza ; que por lo mismo temeis ofrecer al Señor los restos de una vida tan criminal ; y que despues de tanto tiempo que vivis baxo el yugo de Satanás , ya mirais como imposible tolerar el de Jesu-Christo.

No quiera Dios , hermanos mios,

que penseis y vivais en adelante de esta manera: todos los momentos de la vida lo son igualmente de salvacion, y así estamos siempre á tiempo de tomar el yugo del Salvador con tal que tengamos perseverancia. El Padre de familia no rehusa ninguna fatiga para aumentar el número de los trabajadores: á la hora de vísperas salió á la plaza, y halló otros que se estaban allí sin trabajar: su tranquilidad le affige sobre manera, y así no puede ménos de decirles: ¿qué haceis aquí todo el dia ociosos? ¿Quántos Christianos pudieran haciéndose justicia aplicarse esta reprehension del Padre de familia? ¿Quántos hombres inteligentes, activos y laboriosos hay á quienes pudiera decirse con razon, ¿qué haceis aquí todo el dia ociosos?

¿Quereis evitar, hermanos míos, que el Padre de familia os reprehenda de esta suerte? Pues reflexionad si pueden referirse á Dios todos vuestros trabajos; si sois las acciones de la vida se dirigen á él, como á fin último: si no lo haceis de esta manera, ya podeis mirar todas vuestras ocupaciones como un entretenimiento

frívolo, pueril y peligroso. Jesu-Christo pone en boca de los trabajadores una respuesta que á primera vista parece que los excusa con el Padre de familia: Señor, le dicen: ninguno nos ha llamado á jornal. ¿Pensais acaso que esta respuesta de los trabajadores del Evangelio podrá servir de excusa? Si hubieramos vivido en esos dias de tinieblas y de error, en que el Dios de nuestros Padres solo era conocido en la Judéa; ó si viviésemos en esas regiones infieles donde no se conoce el nombre de Jesu-Christo, pudiéramos responderle con alguna mas seguridad: ninguno nos ha llamado á jornal; pero nosotros, hermanos míos, á quienes el Señor ofrece desde la misma infancia quantos medios pueden imaginarse para la salvacion, nos atreveremos á responderle: ¿ninguno nos ha llamado á jornal? Cuidado por tanto no sea que se endurezca nuestro corazón á su voz, y que desconozcamos á los que en su nombre nos exhortan. Activos y laboriosos, aseguremonos con nuestras obras el salario que promete; pero sobretodo trabajemos con perseverancia, porque el Padre de familia

no promete ni concede la recompensa sino al venir la noche. Entonces dixo el dueño de la viña á su mayordomo; llama los trabajadores, y págalos su jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Jesu Christo, hermanos míos, con esta parábola nos quiere suavizar la funesta idea que la mayor parte de los Christianos se forman de la muerte. Se ven algunas veces almas justas y timoratas que viven de una manera irreprehensible, que atesoran grandes virtudes y muchas buenas obras; y que sin embargo son muy débiles para desechar el pensamiento de la muerte, como un pensamiento importuno y molesto. Quando llega el instante fatal que decide de su suerte, y empiezan á entreveer la eternidad que les espera, estamos precisados á tomar mil precauciones, y á valernos de mil artificios, para darles á entender que el Señor está para pedirles su alma. ¡Qué distinto fuera si en este lance triste se acordasen que Jesu Christo en el Evangelio de este día compara el fin de la vida de un justo á la fin de un día, en cuyo tiempo se descansa del trabajo, y se le da al jornalero la re-

compensa debida! La muerte solo es triste y horrible para el pecador, porque á la manera del perezoso ha estado durante su vida en una continua inaccion; pero el siervo fiel que ha trabajado, y ha sido vigilante, recibe en este momento un salario, que excede con mucho á los trabajos é inquietudes de la vida. En efecto el Evangelio dice que quando viniéron los que habian ido cerca de la hora de visperas, recibió cada uno su denario. La misericordia de Dios, hermanos míos, excede siempre á su justicia: quando quiere castigar un impío, nunca le da toda la pena que merece su pecado; pero quando quiere recompensar la fidelidad de un justo, sus trabajos, sus aflicciones y tormentos nada tienen de comparable con el galardón que le concede. Esto es lo que le obligaba á decir á San Bernardo, que la justicia de Dios se derrama en la tierra gota á gota; pero que quando se trata de recompensa, es como un torrente de deleyte y alegría que cae sobre los que le aman. Esto es lo que nos quiere figurar el Evangelio por el denario que el Divino Salvador concede á todos los trabajadores activos y laboriosos.

Quando llegaron los primeros trabajadores, creyeron que les darian mas; pero no recibió sino un denario cada uno, y tomándole murmuraban contra el Padre de familias, diciendo: estos postreros sola una hora han trabajado, y los has hecho iguales á nosotros que hemos llevado el peso del dia y del calor. ¡Quántos justos hay á quienes la misma presuncion conduce á su ruina! Hay uno que ha nacido con un temperamento mas feliz; otro que ha recibido una educacion mas christiana; otro que se ha encontrado en circunstancias ménos críticas; pero todos se creen autorizados para despreciar y censurar á los que por desgracia se separan del camino de la virtud, olvidando, como dice San Agustin, que no hay exceso ni injusticia que no pueda cometer el hombre mas fervoroso y de mejores deseos si no le sostiene la gracia de Dios.

Los trabajadores del Evangelio no contentos con censurar entre si la conducta del Padre de familias murmuraban contra él, y le acusaban de injusticia, porque daba la misma recompensa á los postreros que solo habían tra-

bajado una hora, habiendo ellos llevado el peso del dia y del calor.

Antes de examinar, mis hermanos, la respuesta del Padre de familias, permitidme que os pregunte: ¿pensais que puede Dios dar sin injusticia el mismo lugar en el cielo al justo que le ha servido con perseverancia hasta el último instante, que al pecador que solo le consagra los restos casi extenuados muchas veces de una vida, cuyos momentos mas preciosos se habian empleado en el servicio del mundo y de las pasiones? ¡Ah! no nos pertenece, hermanos míos, sondear los secretos juicios del Señor, ni prescribir límites á su misericordia: temamos que Dios nos diga como á esos hombres presuntuosos del Evangelio: amigo mio, ¿no te concertaste conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo, y vete: pues yo quiero dar á este postrero tanto como á tí. ¿No me es lícito hacer lo que quiero? ¿Acaso tu ojo es malo, porque yo soy bueno? Hermanos míos, la igualdad de recompensas es un misterio, y no nos es lícito penetrar sus arcanos. Sin embargo Jesu-Christo en las palabras con que acaba la parábola

nos da la razon de esta admirable conducta; pero al mismo tiempo nos intima una sentencia capaz de llenarnos de afliccion y de terror: así serán, dice, los postreros primeros, y los primeros postreros, porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos. ¡Qué terrible consecuencia, hermanos míos! ¡Qué funesta incertidumbre! Nosotros somos por el bautismo la nacion santa y el Pueblo querido; es verdad: ¿pero seremos todos los herederos del Reyno? Ah! mis hermanos, mi corazon se turba, y se llena de aflicciones quando contemplo que el mas pequeño número es el que ha de tener lugar en él. Pero yo diré ahora lo que San Juan Chrisóstomo decia al Pueblo explicando este mismo Evangelio. Las paredes de este templo encierran un gran número de Christianos: todos han sido purificados en las aguas saludables del Bautismo: todos vienen á sentarse en la mesa del Cordero: una misma fe, una misma Religion, un mismo culto los une: ellos son un solo cuerpo, y todos son llamados; pero ya que están unidos con vínculos exteriores y sensibles, ¿lo están interiormente con

los vínculos de la caridad? ¿Lo estarán el último dia con una felicidad misma? Yo tiemblo, hermanos míos, repitiendo con Jesu-Christo, que pocos son los escogidos.

Por tanto es indispensable trabajar de buena fe en la salvacion: el Señor vela sobre todos, porque por todos ha derramado su sangre; y así todos son llamados á recoger los frutos de su muerte. ¿Hay entre vosotros, hermanos míos, alguno que endurezca su corazon á mi voz, y que no corresponda á mis exhortaciones? Al oír la sentencia de Jesu-Christo ¿habrá quien no se rompa el pecho de dolor, y confesándose pecador, no forme una firme resolucion de no pecar?

Gran Dios, yo adoro los designios de vuestra justicia sin atreverme á sondearla; pero tambien tengo recursos infinitos en vuestra misericordia; afirmados pues en el camino de la salud, y hacednos fieles á nuestra vocacion, para que siendo todos llamados en el tiempo, seamos todos del número de vuestros elegidos en la eternidad. Así sea.

DOMINGO
DE SEXAGESIMA.
EPISTOLA SEGUNDA

DE SAN PABLO Á LOS CORINTHIOS,
cap. II. v. 19. 33. y cap. 12. v. 1. 9.

Hermanos: De buena gana sufrís á los necios: siendo vosotros sabios: Porque sufrís á quien os pone en servidumbre, á quien os devora, á quien de vosotros toma, á quien se ensalza, á quien os hiere en la cara. Lo digo quanto á la afrenta, como si nosotros hubiésemos flaqueado en esta parte. En lo que otro tiene osadía, hablo con imprudencia, tambien yo la tengo: Son Hebréos, yo tambien: Son Israelitas, yo tambien: Son linage de Abraham, tambien yo: Son Ministros de Christo, hablo como ménos sabio, yo mas: en mayores trabajos, en cárceles mas: en azotes sin medida, en riesgos de muerte muchas

veces. De los Judíos he recibido cinco quarentenas de azotes, ménos uno. Tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces padecí naufragio, noche y dia estuve en lo profundo de la mar, en caminos muchas veces, en peligros de rios, en peligros de ladrones, en peligros de los de mi nacion, en peligros de los Gentiles, peligros en la Ciudad, peligros en el desierto, peligros en la mar, peligros de falsos hermanos: En trabajo y fatiga, en muchas vigiliass, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frio y en desnudez, sin las cosas que son de fuera, mis ocurrencias urgentes de cada dia, la sollicitud, que tengo de todas las Iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me abraso? Si es menester gloriarse: me gloriaré en la cosas, que son de mi flaqueza. El Dios y Padre de nuestro Señor Jesu-Christo, que es bendito en los siglos, sabe que no engaño. En Damasco el Gobernador de la provincia por el Rey Aretas, habia puesto guardas por la Ciudad,

para prenderme: Y por una ventana me descolgaron por el muro en una espuerta, y así escapé de sus manos. Si es necesario gloriarse, lo que no conviene en verdad; vendré á las visiones, y á las revelaciones del Señor. Conozco á un hombre en Christo, que catorce años ha fué arrebatado: si fué en el cuerpo, no lo sé, ó si fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe, hasta el tercer cielo. Y conozco á este tal hombre, si fué en el cuerpo, ó fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe: Que fué arrebatado al Paraíso: y oyó palabras secretas, que al hombre no le es lícito hablar. De esta tal me gloriaré: mas de mí no me gloriaré, sino en mis flaquezas. Porque aun quando me quisiere gloriar, no seré necio; porque diré verdad: mas dexo esto, para que ninguno piense de mí, fuera de lo que vé en mí, ú oye de mí. Y para que la grandeza de las revelaciones no me ensalce, me ha sido dado un aguijon de mi carne, el Angel de Satanás, que me abofeteé. Y por esto rogué al Señor tres ve-

ces, para que se apartase de mí: Y me dixo: Te basta mi gracia; porque la virtud se perfecciona en la enfermedad. Por tanto de buena gana me gloriaré en mis enfermedades, para que more en mí la virtud de Christo.

INSTRUCCION.

Si hubieramos, hermanos míos, de explicar con toda la extension que se requiere la Epístola de este dia, y deducir las grandes consecuencias que se contienen en ella para exemplo y aprovechamiento de los fieles, deberiamos emplear no un discurso, sino una serie continuada de instrucciones; pero precisados á contenernos en los estrechos límites que tenemos de costumbre, solo trataremos de aquellos puntos que nos parezcan mas esenciales para reformar nuestras costumbres, é instruirnos en las reglas de la caridad christiana.

Para esto seguiremos á la letra la relacion que hace el Apóstol de sus

trabajos y persecuciones, aprenderemos en ella que este es el camino de la salvacion, y veremos de la manera que le han andado Jesu-Christo y los Santos; pero al mismo tiempo daremos una ojeada sobre las humillaciones del Apóstol, para que se fortalezca nuestra humildad y resignacion en los trabajos que Dios nos envia. Empezaremos pues por el primer consejo que nos da en su Epístola, el qual es utilísimo en la mayor parte de las circunstancias de la vida.

De buena gana sufris á los necios siendo vosotros sabios. En estas palabras nos quiere dar á entender el Apóstol, que la mayor prueba de que los Christianos se conducen en todas sus acciones por la sabiduria que proviene de Dios, es la paciencia con que toleran las flaquezas de sus hermanos. Entónces no se constituyen por sus censores: ven interiormente sus defectos, los compadecen, y piden á Dios su correccion; pero en el exterior no manifiestan impaciencia alguna; y á ménos que por sus empleos tengan el especial encargo de dirigir y enseñar, guardan un profundo silencio sobre los abusos que no pueden contener. Si to-

dos aquellos que hacen profesion de Christianos hiciesen el uso correspondiente de esta máxima del Apóstol, bien pronto cesarian del todo las mentiras, los juicios temerarios, las murmuraciones y esos cuentos sazonados con el chiste; pero muy perjudiciales á la estimacion del próximo.

La segunda máxima es de un uso mucho mas general, y merece singular atencion. El Apóstol para destruir la opinion que usurpan en el Pueblo los envidiosos de su Apostolado, describe por menor sus qualidades, sus títulos, sus virtudes y trabajos. Son Hebreos, yo tambien; son Israelitas, yo tambien; son linage de Abrahan, tambien yo. Son ministros de Christo, hablo como ménos sabio, yo mas. ¿Qué consecuencia deduciremos, hermanos míos, de estas palabras? ¿Acaso que es lícito hablar con ventaja de nosotros mismos en todo tiempo, en todas circunstancias, siempre que no se falte á la verdad? ¿Adónde estaria entónces la humildad christiana? Hermanos míos, esta humildad se conserva quando observamos exáctamente las reglas que prescribe el Apóstol.

Primera regla. No hablar nunca de nosotros mismos sin necesidad. Para que el Apóstol hablase, fué preciso que la Iglesia de Corinto se lo pidiese: el objeto de su carta se dirige á disipar un escándalo, y el testimonio que se da á sí mismo es muy esencial para contrabalancear las obras de los falsos hermanos que perturbaban la Iglesia naciente.

La segunda regla es, que siempre se hable con verdad. San Pablo no cita sino hechos bien conocidos, y de los cuales habia sido testigo toda la Iglesia; y si alega algunos de prueba difícil, lo hace con toda aquella precaucion, y reserva necesaria, para no dexar expuesta la verdad de su testimonio.

Tercera regla. No desconocer jamas, ni el origen del bien que está en nosotros mismos, ni las debilidades de nuestro corazon. El Apóstol confiesa en este lugar cosas capaces de llenar de confusion á un Ministro de Jesu-Christo: me ha sido dado, dice, un aguijon de mi carne: el Angel de Satanás que me abofeteó. Pero esta confesion se dirige á modificar en los Co-

rinthios la idea que pudieran tener de sus virtudes y de su mérito, porque se cree mas obligado á edificar con la humildad, que á persuadir é imprimir los prodigios de su Apostolado. No son estas las reglas, hermanos míos, que dirigen vuestras acciones y palabras. Algunas veces hablais de vosotros mismos, pero de un modo poco conforme á la humildad y á la verdad. No hablo con los pecadores escandalosos, los cuales pocas veces pueden hablar de sí sin despertar la memoria de sus escándalos: hablo con aquellos que hacen profesion de vivir en una continua vigilancia, y de practicar las virtudes: estos suelen valerse de las ocasiones que se presentan para que recaigan las conversaciones sobre sí mismos, con el fin de alabar sus disposiciones y sus obras, y compararlas con las de su hermano. ¿Podremos decir que en estas ocasiones se observan las reglas de la caridad, de la justicia y de la humildad? De ninguna manera: en estas ocasiones se peca contra la caridad, porque se habla con descrédito del próximo: se peca contra la justicia, porque se alaban los vicios: se peca contra la verdad, por-

que se alteran los hechos, y se ocultan las intenciones con que se obra. ¿Y cuál será la suerte de la humildad en este caso? La depresion del próximo, las alabanzas propias, la alteracion de los hechos no nacen del orgullo, y de una elacion de espíritu, que nos hace superiores á todos los hombres? Christianos, si todos vuestros pensamientos fuesen de agradar al Señor, callaríais vuestras virtudes, y lloraríais vuestros defectos.

Tercera máxima. La vida del Christiano es una prenda para las persecuciones y los trabajos. Ya veis, hermanos míos, lo que el Apóstol tuvo que padecer para darnos la fe. Es verdad que somos los hijos de su dolor; pero cada Christiano está obligado para consumir la obra de su propia santificacion á sufrir en parte lo que él sufrió para consumir la obra de la conversion de los Gentiles. Los desprecios, las contradicciones y los trabajos deben considerarse como otras tantas porciones de la herencia de nuestros padres en la fe. Un Christiano solo en este caso tiene derecho á tan augusto nombre; y como dice uno de los Mártires

de nuestra Religion, no debemos considerarnos como discípulos de Jesu-Christo, sino quando hemos empezado á sufrir alguna cosa por él: entónces si por una parte hay aflicciones, resultan tambien muchos consuelos. Aquel Señor que consuela al Apóstol de las naciones en todos sus combates, y que suaviza sus trabajos, que le libra de la prision, que le preserva de la muerte, que sostiene y fortalece su cuerpo en los azotes, que le defiende de las piedras, que le saca del peligro, de los naufragios, y le da valor para salir del fondo del abismo; este Señor es el testigo de nuestras aflicciones, y siempre consuela al que padece con sumision y paciencia. Así vemos, que para sostener y animar á su Apóstol, le revela secretos de que al hombre no le es lícito hablar, y le arrebató hasta la mansion de su gloria, para embriagarle con las delicias de la eternidad. El Christiano paciente tiene en sí mismo la prueba de la misericordia divina. Quando se encuentra más afligido, le habla Dios en un lenguaje de paz, y le hace traslucir el premio de su combate, y el consuelo

de sus trabajos y aflicciones: entónces exclama con el Apóstol: quando estoy enfermo, soy mas fuerte en aquel que es mi esperanza y mi fuerza.

Quarta máxima. La caridad nos hace tomar interés en las necesidades de nuestros hermanos. ¿Quién enferma, dice el Apóstol, y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me abraso? ¡Oh, qué palabras tan dignas de un Pastor que se hace todo para todos, y que tiene en su corazon esa multitud innumerable de pueblos, que habia ganado para Jesu-Christo! Hermanos míos, rogad á Dios que tengan iguales sentimientos todos aquellos á quienes está encargada vuestra instruccion y enseñanza; pero no por esto dexéis de rogar por el comun de los Christianos. Cada uno en particular tiene la obligacion de tomar una parte en las flaquezas de su próximo, y de evitar el escándalo que puede perderle. ¿Merecerán acaso el nombre de Christianos esos corazones inhumanos y duros, incapaces de moverse por las mayores miserias; que viendo á sus próximos sumergidos en el llanto y en el dolor, no les alargan una mano de

socorro, y que viven tan tranquilos en los tiempos calamitosos como en los felices? ¡Ah! si alguna cosa los entristece es la importunidad del pobre, y la necesidad en que se hallan de hacer algunas limosnas solamente por el bien parecer, ó por respetos humanos; pero entretanto vereis con que indiferencia dexan perecer y morir á su vista á un criado que ha perdido la salud en su servicio: jamas les oireis preguntar, si en su pueblo, ó en su barrio hay alguna miseria, y Lázaro suspiraria inutilmente por las migajas de su mesa. Un caballo, un perro, una mula de su casa encontrarán con abundancia, y aun con superfluidad, lo que su corazon sanguinario rehusa á sus semejantes. No penseis, hermanos míos, que esto sea alguna exágeracion. ¡Ojalá que la experiencia no nos hiciese conocer estos males! Depositarios por nuestro estado de las quejas de los pobres, vemos con dolor que el espectáculo de la insensibilidad del rico hace su miseria infinitamente mas pesada. Pero sin embargo, serviremos de órganos de estos infelices para solicitar el socorro que se les niega con tanta cruel-

dad. Yo quisiera, hermanos míos, que estas solicitudes tuviesen favorable acogida; pero las puertas de los grandes y de los poderosos están casi siempre cerradas para nosotros; y si alguna vez nos dan entrada, el ayre mismo con que se presentan, y sus palabras hinchadas y orgullosas nos apaga el poco aliento que tendríamos para solicitar el socorro de algún padre rodeado de hijos, de alguna viuda infeliz, y de tantos otros que se ven la mayor parte del año sin tener un pedazo de pan que llevar á su boca. ¿Pero á quién hablo yo de esta manera? ¿Acaso me están oyendo los ricos y los grandes que viven en esta parroquia? ¿No los vemos entretanto metidos en los placeres, embriagados en esas mesas que abastece la gula con tanta abundancia? Hermanos míos, lo conozco todo; pero permitidme que desahogue mi corazón de esta manera. No intento convertir á los ricos con esta exhortación; lo que quiero es fortaleceros á vosotros contra semejantes escándalos.

Hay otra obligación que según la caridad nos prescribe el Apóstol, y es

el zelo de los desórdenes que seducen á los débiles. ¿Quién se escandaliza, y yo no me abraso? Este es un zelo que debe combatir los vicios, remediar los males, contenerlos, sufrir y llorar los que sean inevitables, enseñar á los que no saben, y socorrer á los débiles en todos los peligros á que viven expuestos por su ceguedad y debilidad; pero este zelo debe ejercitarse siempre con mucha suavidad y prudencia para no exasperar los ánimos, como sucede con un zelo indiscreto, y poco comedido, que regularmente pierde mas que gana.

Quinta máxima. Oracion y confianza en Dios. La oracion debe ser humilde, porque quien ruega, reconoce su flaqueza, y no se confía ni sobre la certidumbre de su vocacion, ni sobre la importancia de su mision, ni sobre la grandeza de sus trabajos, ni sobre la excelencia de sus conocimientos ni revelaciones. Para que esto no me ensalce, decia el Apóstol, me ha sido dado el Angel de Satanás.

Ha de ser tambien la oracion fervorosa, porque no sabemos si Dios calla por un efecto de su justicia, si quie-

re experimentar nuestra fidelidad con las aflicciones y los trabajos que padecemos, y si para asegurar mejor el buen uso de sus gracias, quiere que conozcamos todo el precio de ellas antes de conseguirlas. Por esto dice el Apóstol: rogué al Señor tres veces. Finalmente ha de ser la oración eficaz, porque si no conseguimos las gracias que imploramos, á lo menos nos traerá el consuelo y la paz del espíritu; y si no nos libra de un enemigo importuno, que está solicitando continuamente nuestra perdición, á lo menos podemos estar seguros de que un Dios todo poderoso tome nuestra defensa. Te basta mi gracia, le dixo el Señor á San Pablo.

Hermanos míos, roguemos siempre con estas disposiciones, y veremos como San Pablo dice de sí mismo, que la virtud se perfecciona en la enfermedad: entónces haremos consistir toda nuestra gloria, no en las virtudes, no en los méritos, no en los talentos, no en los bienes y los títulos pomposos, sino en las humillaciones y los trabajos; y la gracia de Jesu-Christo residirá en nos otros para que obremos el

bien en el tiempo, y aseguremos la bienaventuranza. Asi sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 8. v. 4. 15.

En aquel tiempo: Como hubiese concurrido un crecido número del Pueblo, y acudiesen solícitos á él de las Ciudades, les dixo por semejanza: Un hombre salió á sembrar su simiente: y al sembrarla, una parte cayó junto al camino, y fué hollada, y la comieron las aves del cielo. Y otra cayó sobre piedra: y quando fué nacida, se secó, porque no tenía humedad. Y otra cayó entre espinas, y las espinas, que nacieron con ella, la ahogaron. Y otra cayó en buena tierra: y nació, y dió fruto á ciento por uno. Dicho esto, comenzó á decir en alta voz: Quien tiene orejas de oír, oya. Sus Discípulos le preguntaban, qué parábola era esta. El les dixo: á vosotros es dado saber el mysterio del Reyno de Dios, mas á los otros por parábolas: para que viendo no vean, y oyendo no entiendan. Es,

pues, esta parábola: La simiente es la palabra de Dios. Y los que junto al camino, son aquellos que la oyen; mas luego viene el Diablo, y quita la palabra del corazón de ellos, porque no se salven creyendo. Mas los que sobre la piedra: son los que reciben con gozo la palabra, quando la oyeron: y estos no tienen raíces: porque á tiempo creen, y en el tiempo de la tentacion vuelven atras. Y la que cayó entre espinas: estos son, los que la oyeron, pero despues en lo sucesivo quedan ahogados de los afanes, y de las riquezas, y deleytes de esta vida, y no llevan fruto. Mas la que cayó en buena tierra: estos son, los que oyeron la palabra con corazón bueno y muy sano la retienen, y llevan fruto en paciencia.

INSTRUCCION.

Hoy habla Jesu-Christo, hermanos míos, al pueblo sobre la palabra de Dios, y le pone delante las causas que impiden su acrecentamiento; y como estas causas crecen, y se multiplican

todos los días, tenemos siempre nueva ocasion de estudiarlas y hacerlas conocer. Sé muy bien que en el ánimo de muchos de mis oyentes será esta instruccion tan inútil como todas las demas que han oído acerca de otras importantes verdades, porque subsistirán las mismas causas que las han inutilizado; pero sin embargo, cumpliendo con la obligacion que me impone mi alto ministerio, dirigiré este discurso á enseñar á todos el respeto, la atencion, y la docilidad que deben tener á la palabra de su Dios. No es el interes quien nos hace hablar á sus Ministros como se dice, por los malvados seductores de la inocencia. Jesu-Christo mismo es el que en este Evangelio nos habla, proponiendo una parábola, de cuya explicacion vamos á sacar grandes utilidades. Nada diremos de nosotros mismos: lo que importa es, que por vuestra parte no se oponga obstáculo alguno al fruto que debe producir esta instruccion. Dios mio, preparad la tierra, regadla en la sequedad, arrancad las espinas, limpiadla bien de todas las yerbas y malas semillas que pueden dañar el buen grano; en una palabra,

concededla esa feliz fecundidad que da ciento por uno. Prestadme, hermanos míos, vuestra atención, y seguidme en la simple exposición de este Evangelio.

Un hombre salió á sembrar su simiente. Estas primeras palabras del Santo Evangelio nos dan á conocer que Dios da siempre los primeros pasos, y que si se le corresponde con aquella fidelidad que exige su solicitud, veremos bien pronto establecido el Reyno de los Cielos en todos los corazones. ¿Pero habéis considerado alguna vez, hermanos míos, por qué la palabra de Dios se asemeja y compara á una semilla? ¿No podía Jesu-Christo emplear otra comparacion que hiciese conocer mejor el precio y los efectos de la palabra santa? ¡Ah! hermanos míos, quando el Señor habla, nos conviene escucharle y callar, persuadidos á que todo lo dispone con tanta fuerza y energía, como dulzura y mansedumbre.

La prodigiosa fecundidad de la semilla en una tierra fértil, y su fatal esterilidad en otra, nos hacen conocer que la palabra santa es el manantial de todas las buenas obras en el Chris-

tiano dócil, y el principio de la reprobacion en el Cristiano infiel: toda la diferencia consiste, pues, en la calidad de la tierra donde se siembra, como se reconoce en el Evangelio. Una parte cayó junto al camino, y fué hollada, y la comieron las aves del cielo: otra cayó sobre piedra, y quando fué nacida se secó, porque no tenia humedad: otra cayó entre espinas, y las espinas que nacieron con ella la ahogaron: y otra cayó en buena tierra, y nació, y dió fruto á ciento por uno.

¡Qué triste es, hermanos míos, la primera reflexión que presenta esta parábola á los Ministros encargados de la salvacion de las almas! Tres veces se pierde la semilla, y una sola fructifica: pero sin embargo no quiere Jesu-Christo que aquellos que tienen el cargo de sembrarla se desalienten, pues que el dueño del campo y de la semilla tiene tanta paciencia para tolerar esta esterilidad; pero quiere que quando se cultiva la tierra mas ingrata, y menos fértil, pongamos toda la diligencia posible para que lleve frutos sazonados en su tiempo.

Jesu-Christo guardó un silencio pro-

fundo luego que propuso esta parábola al pueblo, y fué necesario que los Apóstoles se lo pidiesen para que se la explicase. Esto nos prueba, hermanos míos, que Dios no debe á nadie las gracias, de qualquier naturaleza que sean, aun las esenciales á nuestra salvación; sino que las concede ordinariamente, según el orden de su misericordia y de su justicia. El reconocimiento, la fidelidad, y un santo deseo es lo que únicamente le interesa y le mueve: así nunca niega lo que se le pide con humildad y con fé; y considerando Jesu-Christo que hay muchos que oyen las verdades de la salvación por costumbre, ó por respetos humanos, dixo: Quien tiene orejas de oír oyga. Todos en efecto tienen oídos, pero no estan igualmente dispuestos para escuchar y oír. Quando la ignorancia los cierra, y el orgullo los seduce y engaña, entónces no oyen otras verdades que aquellas que no se oponen á sus pasiones: de aquí nace, hermanos míos, que sin embargo de que procuramos proporcionar nuestras instrucciones á la capacidad de cada uno, no nos oyen todos los que nos escu-

chan, porque no quieren oír sino lo que lisongea y agrada á su amor propio. ¡Qué pocos hay entre tantos á quienes podamos decir lo que Jesu-Christo á sus Apóstoles: á vosotros es dado saber el misterio del Reyno de Dios! como si les dixese: los Reyes, los grandes, y los poderosos del siglo han deseado ver lo que veis, y no lo han visto; oír lo que oís, y no lo han oído; pero á vosotros y á todos los que imiten vuestra humildad, será dado conocer los misterios del Reyno de Dios. La humildad, hermanos míos, es la que abre el corazón, y prepara el espíritu para oír la palabra santa. ¿Pero qué es lo que hace el orgullo? Las palabras siguientes pintan con vivos colores el vicio dominante del hombre, y la desgracia particular de nuestro siglo. Mas á los otros, dice Jesu-Christo, se les habla por parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan. De aquí nacen sin duda tantas disputas imprudentes y temerarias sobre la religion: tantos nuevos sistemas, tan oscuros y desconocidos como sus autores mismos: tantos principios que no tienen otro fun-

damento que la ligereza del espíritu que los concibe. Por estos medios se introduce insensiblemente entre nosotros el uso pernicioso de dudar de todo, y de no creer sino lo que conviene al capricho, ó al interes: en una palabra se levantan de este abismo grandes y espesas tinieblas, pero muy peligrosas, para que se verifique el dicho de Jesu-Christo, que viendo no vean, y oyendo no entiendan. ¿Será posible que no confiesen su ignorancia y sus tinieblas esos hombres ciegos y temerarios que piensan verlo y comprenderlo todo, y que con unos muy escasos y superficiales conocimientos de la religion y de la naturaleza se atreven á discursar sobre los misterios mas elevados y profundos de la religion? ¿Esos filósofos no conocen que el desorden de su vida y la corrupcion de su corazon estan deshonrando sus despreciables sentencias, sus pomposas máximas? Es verdad que en este siglo se estudia mucho para combatirlos: que muchos Ministros ilustrados contradicen en las cátedras christianas sus sistemas, y que otros mas sólidos se dedican á demostrar la contradiccion de sus principios.

¿Pero merecen acaso tanta atencion esos pretendidos espíritus fuertes? Refutándose y destruyéndose por sí mismos todos sus absurdos sistemas, deberémos emplear el tiempo que se necesita para instruir á los buenos Christianos en combatirlos? ¿El dicho de Jesu-Christo no es suficiente para acallarlos? Todo en efecto es parábola y misterio para ellos, á fin de que viendo no vean, y oyendo no entiendan. Sé muy bien, hermanos míos, que no reyna entre vosotros el vicio de la incredulidad, y que por lo mismo puedo decir al mayor número de mis oyentes, que á ellos es dado saber el misterio del Reyno de Dios. Pero sin embargo debeis estar muy atentos á recibir con respeto y atencion la palabra divina. Tened presente que una parte de la simiente cayó junto al camino y fué hollada, y la comieron las aves del Cielo. El Demonio que tiene un secreto interes en que la buena semilla no fructifique en nosotros, trabaja quanto puede para borrar las impresiones que hace, con otras impresiones contrarias. Un corazon que la recibe con docilidad, que la medita con aten-

cion, y que la conserva con amor, no pierde con facilidad sus preciosos efectos. Pero si no estais alerta contra las máximas seductoras del mundo, vereis qué pronto se pierde esta útil semilla, porque los páxaros vendrán á comerla. El camino del siglo está, hermanos míos, muy trillado, y corre grande riesgo un corazon que se alimenta con la palabra de Dios, si no vive con precaucion y con vigilancia. ¡ Cuántos jóvenes criados segun las máximas del Evangelio, y en cuyo corazon se ha sembrado la semilla de una educacion toda christiana, desvanecen á los primeros pasos las esperanzas que prometian! Padres y madres, yo quisiera que vuestros hijos se alejaren enteramente del camino peligroso; pero como sus negocios particulares, y sus obligaciones se lo estorban con mucha frecuencia, tenéis la estrecha obligacion de introducirlos otra vez á él, de no perderlos nunca de vista, de advertirles, que no pueden vencer al mundo, miéntras que no conserven las máximas christianas, y que conservándolas vencerán los artificios de Satanás, y substará en sus corazon el fruto de la palabra santa. No

es ésta, sin embargo, la única leccion que debéis darles: la simiente cae algunas veces sobre piedra, y se seca quando nacida, porque no tiene humedad. La palabra de Dios produce los mismos efectos. Hay muchos que la reciben con gozo, y despues se entregan á los peligros de las tentaciones. Importa poco que crean por un tiempo si al primer escollo que el enemigo les prepara, abandonan las verdades que han oido. Este es un defecto particular de ciertos hombres que no saben que uno de los caracteres esenciales de la Religion es la firmeza, la qual está muy cerca de perderse quando se corre á qualquier viento de doctrina. Las verdades de la salvacion son siempre de la misma evidencia, y merecen de nuestra parte la misma docilidad y respeto: una impresion pasajera ántes bien es una prueba de nuestra debilidad, que un testimonio de nuestra sumision á la voz de Dios. Sin embargo este es un defecto muy comun. Algunas veces salen los fieles de ciertas instrucciones muy contritos y convencidos de las verdades que han oido. Los elogios que dan á los oradores sagrados, las resolu-

ciones, y las promesas que forman convencidos de sus discursos, y de la uncion de sus palabras, prueban que han creído por un tiempo; pero el poco ó ningún efecto que han producido estas verdades en la correccion de sus costumbres, la oposicion que manifiestan á la practica de las virtudes que por otra parte admiran y desean, prueba bien la poca firmeza de su fe. Las excusas de la violencia de las tentaciones, y del peligro de las ocasiones á que se ven expuestos, solo sirven para verificar el oraculo de Jesu-Christo: á tiempo creen, y en el tiempo de la tentacion vuelven atras. ¿Pero si estos Christianos son dignos de compasion, lo serán ménos los que se dexan seducir por los placeres del siglo, y oprimir por los cuidados y sollicitudes temporales? La parte de la simiente que cayó entre espinas, nos representa esos Christianos disipados en los negocios, ó en los placeres de la vida, que aunque oyen la palabra santa, se queda sin embargo ahogada entre las riquezas y los deleytes, y no llevan fruto alguno. ¿Es posible que la palabra de Dios se vea sofocada por los placeres

de los sentidos? ¿Tan poca es su fuerza que no puede vencer á un corazon entregado al deleyte para que se aficiona á la santa severidad del Evangelio? ¿Qué oposicion, hermanos míos, entre la vida seria, la vigilancia exácta, la desconfianza continua, y la alegría, la indiscrecion, y la locura de la mayor parte de los Christianos! ¿Qué contraste tan prodigioso entre el gusto de la penitencia y de la mortificacion que reyna en la moral de Jesu-Christo, y el amor de los gozes, y las comodidades que inspira el comercio del mundo! Que aquel que solo encuentra sus delicias en la tierra, haga de este mundo su patria, y que nunca oyga hablar de la patria celestial, sino con indiferencia y con frialdad, procede muy conforme á sus principios. Pero hay una suerte de Christianos, á quienes veo muy ocupados en bien de la sociedad, y que yo compadezco sobre manera. Estos son aquellos que, metidos en los negocios temporales, nunca encuentran un momento que dedicar á las obras de la religion: regularmente ocupan su tiempo en el dempeño de sus obligaciones, y se niegan siempre á los piace-

res: sus hijos merecen toda su atencion, y reciben una educacion sólida: llenos de probidad, de fidelidad y de rectitud, son amigos generosos, fieles ciudadanos, padres tiernos, y buenos esposos; pero sin embargo malos Christianos, no porque ignoren las verdades de la salvacion, sino porque no tienen tiempo de meditarlas. Si el interes de su alma les moviese tan sensiblemente como las necesidades temporales, serian religiosos y devotos; pero como no pueden ocuparse á un tiempo en dos objetos, se dexan llevar por inclinacion y por gusto ácia el que les puede proporcionar su adelantamiento y su fortuna, y no piensan en otra cosa que en los afanes y deleytes de la vida. No podremos decir, hermanos míos, á estos Christianos, lo que Jesu-Christo decia á una de las hermanas de Lázaro: os inquietais acerca de muchas cosas, y os consumis en una multitud de negocios que os alejan del que debe mereceros toda vuestra atencion y cuidado? Estos corazones entregados así á las tentaciones, á los placeres, y á los negocios, no son á propósito de modo alguno para que nazca y dé fru-

to la palabra santa; pero por desgracia la mayor parte de los Christianos viven de esta manera. Sin embargo, hay muchos en quienes fructifica la palabra de Dios, y son los que oyéndola con corazon bueno, y muy sano la retienen, y llevan fruto en paciencia.

En estas dos últimas palabras de nuestro Evangelio se contiene quanto puede decirse de la palabra de Dios, y se ven las disposiciones esenciales, con las cuales no podrá ménos de fructificar, y sin las que será siempre estéril: á saber, un corazon bueno, que se prepare para recibirla con docilidad: un corazon sano, que haga de ella una justa aplicacion, sin alterar su sentido, ni eludir sus advertencias: oidos atentos que se impongan la obligacion de abrirse, siempre que se les anuncie, y se persuadan de que escuchándola frecuentemente, encontrarán la facilidad de comprehenderla: un espíritu que se dedique á retenerla, y que meditándola con cuidado, procure grabarla en su memoria, y conservar el amor á las verdades que ha oido; y finalmente, una alma que con paciencia espere los efectos, porque no siempre fructifica

en el primer instante. Si vosotros, hermanos míos, observaseis con fidelidad estas condiciones, seriais muy sabios en el camino de la salvacion. ¿Qué consuelo tan dulce para nuestro ministerio si pudiesemos conseguir esta gracia!

Dios mio, os la pedimos para vuestro pueblo llenos de confianzas: preparad vos mismo la tierra de nuestro corazon: envid siervos llenos de vuestro espiritu para sembrar la semilla: regadla sin cesar con vuestra gracia, haced que nazca, que fructifique, y que multiplique, á fin de que los frutos sean dignos de estar en vuestra presencia en los tabernáculos eternos. Así sea.

DOMINGO DE QUINQUAGÉSIMA.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO Á LOS CORINTHIOS.
cap. 13. v. 1. 13.

Hermanos: Si yo hablara lenguas de hombres y de Angeles, y no tuviere cháridad, soy como metal que suena, ó campana que retiñe. Y si tuviere profecía, y supiere todos los mysterios, y quanto se puede saber: y si tuviese toda la fe, de manera que traspasase los montes, y no tuviere cháridad, nada soy. Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer á pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere cháridad, nada me aprovecha. La cháridad es paciente, es benigna: la cháridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal, no se goza de

en el primer instante. Si vosotros, hermanos míos, observaseis con fidelidad estas condiciones, seriais muy sabios en el camino de la salvacion. ¿Qué consuelo tan dulce para nuestro ministerio si pudiésemos conseguir esta gracia!

Dios mio, os la pedimos para vuestro pueblo llenos de confianzas: preparad vos mismo la tierra de nuestro corazon: enviad siervos llenos de vuestro espíritu para sembrar la semilla: regadla sin cesar con vuestra gracia, haced que nazca, que fructifique, y que multiplique, á fin de que los frutos sean dignos de estar en vuestra presencia en los tabernáculos eternos. Así sea.

DOMINGO DE QUINQUAGÉSIMA.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO Á LOS CORINTHIOS.
cap. 13. v. 1. 13.

Hermanos: Si yo hablara lenguas de hombres y de Angeles, y no tuviere cháridad, soy como metal que suena, ó campana que retiñe. Y si tuviere profecía, y supiere todos los mysterios, y quanto se puede saber: y si tuviese toda la fe, de manera que traspasase los montes, y no tuviere cháridad, nada soy. Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer á pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere cháridad, nada me aprovecha. La cháridad es paciente, es benigna: la cháridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal, no se goza de

la iniquidad, mas se goza de la verdad: Todo la sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La châridad nunca fenecce: aunque se hayan de acabar las prophecias, y cesar las lenguas, y ser destruida la ciencia. Porque en parte conocemos, y en parte prophetizamos. Mas quando viniere lo que es perfecto, abolido será lo que es en parte. Quando yo era niño, hablaba como niño, sentia como niño, pensaba como niño. Mas quando fui ya hombre hecho, di de mano á las cosas de niño. Ahora vemos como por espejo en obscuridad: mas entónçes cara á cara. Ahora conozco en parte: mas entónçes conoceré, como soy conocido. Y ahora permanecen estas tres cosas, la Fé, la Esperanza, y la Châridad: mas de estas, la mayor es la Châridad.

INSTRUCCION.

Esta Epístola contiene, hermanos míos, verdades terribles, y capaces de

humillar nuestra soberbia: el Apóstol nos va á enseñar la caridad segun sus principios, para que conozcamos una virtud, que es el cimiento de todas las otras. La sombra de la piedad, la práctica de ciertas obligaciones, el conocimiento de las verdades eternas, y de las reglas de las virtudes christianas de nada sirven, faltando la caridad. Hay muchos Christianos que gozan de grande reputacion entre los hombres, y sin embargo nada son delante de Dios: hay otros tan satisfechos de sí propios que se proponen por modelo á los demas, sin otra causa que la de practicar algunas buenas obras con cierta publicidad; pero en el fondo son campanas que retienen, y que no deben su reputacion sino á su propio orgullo: sin la caridad, valen bien poco las conversaciones santas, los consejos prudentes, el don de profecia, el socorro de los pobres, y la práctica general de todas las virtudes. Estas obras son muy excelentes en sí mismas; pero han de estar animadas por la caridad, porque de otro modo serán obras muertas, que no tendrán valor alguno delante de Dios. La caridad ha de ser el

norte de todas nuestras acciones, porque de lo contrario nunca se encaminarán á su fin. La caridad es el alma del Christiano, y esto es lo que vamos á saber en esta Epístola para no perdernos en el exercicio mismo de las obligaciones del Christianismo: veamos, pues, los caracteres con que la distingue el Apóstol.

La caridad es paciente: este es su primer caracter, y la primera regla por la qual debe juzgarse un Christiano. ¿Pero se miden por ella los varios sucesos de la vida? Quando por algun accidente perdemos los bienes de fortuna, quando se desconcierta nuestra salud, quando nuestros negocios tienen mal éxito, y alguna injusticia nos reduce á pasar el resto de nuestra vida en la obscuridad y la indigencia, ¿adoramos la mano que nos conduce por caminos tan difíciles? ¿Aceptamos con santa resignacion los trabajos que nos ofrece? Pues no haciéndolo así, Christianos, no tenemos caridad.

La caridad es benigna: su felicidad consiste en hacer felices á todos, y es en alguna manera la émula de Dios mismo, que hace lucir su Sol sobre los

buenos y los malos: es la imitadora de Jesu-Christo, de quien se dice en el Evangelio que hacia el bien por donde quiera que pasase. Por tanto esos corazones duros é inhumanos que de nada se compadecen; que no se conmueven á la vista de las miserias de sus próximos; y que ven con ojo enxuto y tranquilo las lágrimas de los pobres, y los gemidos de la viuda y del huérfano, no tienen caridad alguna; y con grandes apariencias de piedad christiana estan verdaderamente muertos á los ojos de Dios, porque no son benéficos como él.

La caridad no es envidiosa: toda su ambicion consiste en agradar á Dios: no la turban ni alteran la opinion de los hombres, su proteccion y sus bienes. ¿Quién podrá, pues, excitar su envidia? La virtud y la gracia son bienes inagotables, y de tal naturaleza que enriquecen á uno sin despojar á los otros: por lo mismo cierra el alma caritativa enteramente los ojos sobre la prosperidad agena, y si cuida de su adelantamiento en la virtud, lo hace sin envidia: una santa emulacion es lo que solo la mueve, para imitar los exem-

plos que tiene delante; y si no lo consigue, no se entristece.

La caridad no obra precipitadamente: ella desconfía de todo lo que inspira un espíritu demasiado ardiente, que sigue los movimientos de su codicia y de su orgullo, y persuadida á que Dios preside en todas nuestras obras, y que debe ser el principio de ellas, y el fin adonde han de encaminarse; nunca se determina á obrar sin haber consultado los designios de su sabiduría. Así las acciones del justo estan señaladas con un caracter de moderación y de prudencia que las distingue entre las de los impios.

La caridad no se ensorberce: el alma caritativa refiere á Dios sus títulos, sus talentos y sus virtudes, y nada ve de real y efectivo en todas estas ventajas, sino lo que puede acercarla á su Divinidad. Un suceso feliz no le parece otra cosa que una protección mas visible; no considera una limosna abundante, sino como una obligacion cumplida con mas exactitud; y como todo le viene del Autor de todo don perfecto, solo se atribuye la corrupcion de su naturaleza.

La caridad no es ambiciosa, porque para tener ambicion, es preciso amar la tierra, y desear vivir mucho tiempo en ella: un Christiano que no ama ni desea sino á Dios, sabe que el mundo no puede ofrecerle una ciudad permanente, distingue el destierro de la verdadera patria, y así dirige á él todas sus miras: la tierra no tiene verdaderamente atractivos para excitar su ambicion y su envidia.

La caridad no busca sus provechos: ella está tan distante del espíritu de contencion y disputa que los defiende con calor, como del de injusticia y de rapiña, que los hace valer á expensas de la probidad; por lo qual quiere mas hacer sacrificio de un interes temporal, que perder la gracia, rompiendo la union y la concordia que deben reynar en los Christianos.

La caridad no se mueve á ira: ella es en esto diferente de todas las pasiones que nunca se satisfacen impunemente, y sirve para distinguir el verdadero justo del hipócrita y del falso devoto. Este último susceptible de todo lo que interesa su orgullo, no conserva la moderacion y la dulzura sino

quando le aplauden, y el justo al contrario la retiene en las humillaciones y los trabajos.

La caridad no piensa mal: se abstiene de juzgar de las intenciones que mueven las operaciones de los hombres, y le enseña al justo á convertir toda su atencion y severidad sobre sí mismo, y á no condenar á los otros, sino quando nada tenga que reprehender y reformar en sí: es industriosa y feliz en hallar excusas para cohonestar y encubrir los defectos de sus hermanos: enhorabuena que los malos exerzan malignamente sus congeturas: la caridad no vé el mal, mientras que no es evidente y sensible.

La caridad no se goza de la iniquidad: como su causa es la de Dios, la inquieta, y aflige todo lo que ofende á su magestad y su gloria, y el justo en este caso experimenta indignacion y tristeza. Quando ve á Dios ultrajado, quisiera como el Profeta, exterminar todos los pecadores para vengar las ofensas que se le hacen; pero considerados en particular le empeña la caridad á amarlos, y compadecerse de ellos.

La caridad se goza de la verdad: en

ella; es decir, en la justicia encuentra muchos motivos de verdadera alegría: su Dios es honrado, el próximo edificado, y el mismo justo se siente animado para la práctica de la virtud: así prefiere la alianza y la amistad con los virtuosos, y se halla con gusto en sus sociedades.

La caridad todo lo sobrelleva: ya nos ha dicho el Apóstol que era paciente; pero su paciencia se extiende sobre todo: sufre las penas interiores como las que le mortifican exteriormente; y los males que le vienen de la malicia de los hombres, como aquellos con que directamente le aflige una providencia equitativa: las penas del espíritu, los dolores del cuerpo, y la privacion de la vida, todo le parece útil, porque sufrido con paciencia hace una parte de la economía de su salvacion.

La caridad todo lo cree: pero no porque fluctua y zozobra á qualquier viento de doctrina: ella sabe discernir las cosas que provienen del espíritu de Dios, de las que dicta el espíritu de la mentira, pero la simplicidad del corazon es su propiedad: ella no

raciocina quando Dios habla, ni cita al tribunal de la razon las verdades superiores á sus luces; y luego que una autoridad legitima las apoya, cree, y hace callar al espiritu de contradiccion y de disputa.

La caridad todo lo espera: nada tiene que pretender en esta vida; pero en recompensa saluda desde lejos la patria celestial: ella toca ya con sus deseos al término de su esperanza; y así le pide con instancia: de aquí nace esa igualdad de espiritu en todos los sucesos: de aquí esa firme confianza de que los males de esta vida tendrán un término muy corto; y de aquí por consecuencia esa paciencia para tolerar todas las contradicciones y trabajos.

Estos son, hermanos míos, los caracteres de la caridad christiana, en cuya explicacion he procedido con brevedad para no molestaros: si queréis conocerlos más exáctamente, tenéis libros devotos y santos que satisfarán vuestro deseo; pero lo que necesitáis sobre todo es la gracia de practicar tantas obligaciones. Para esto es indispensable y muy conveniente la oracion.

Ella os pondrá en el camino de conseguir esta caridad que nunca tendrá fin. Las Profecias tienen un término: las lenguas se extinguirán quando no haya mas que un solo reyno y un solo pueblo: la ciencia será inútil quando veamos y poseamos el objeto de nuestro estudio; pero la caridad no padecerá alteracion ni rebaxa: ella es el fin de las Profecias y el término de la ciencia del Christiano; y así deben dirigirse todos nuestros desvelos á poseerla y conocerla. El Apóstol San Pablo quiere que consideremos al Christiano en los diferentes estados de la vida con relacion á la caridad: siendo niño habla como niño, y gusta de todas las cosas como niño; pero quando ha llegado al estado de hombre perfecto, habla, y se conduce como conviene á esta edad. La infancia, hermanos míos, con relacion á la caridad, es todo el tiempo de esta vida: y así dice el Apóstol: ahora vemos como por espejo en la obscuridad: mas entónces cara á cara. En efecto, quando la caridad eterna nos haya dado posesion de su reyno, veremos todas las cosas como ellas son, y tendremos la mas completa eviden-

cia; pero para esto, hermanos míos, es preciso creer y adelantar de día en día en la fe, y afirmarse en la esperanza, acordándonos que estas virtudes tienen un tiempo, y que su fin es conducirnos á la caridad: esta virtud es tan excelente, que aunque la fe y la esperanza son tan santas y divinas, se limitan sin embargo al tiempo presente: nunca se cree mas de lo que se ve, ni se espera mas de lo que se posee; pero se ama constantemente lo que se ha creído con respeto, y se ha esperado con confianza. Dios quiera, hermanos míos, que practiqueis estas tres virtudes en el tiempo, y que se perfeccionen en la caridad por todos los siglos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS

cap. 18. v. 31. 43.

En otro tiempo: Tomó Jesus aparte á los doce Apóstoles, y les dijo: Mirad, vamos á Jerusalén, y serán cumplidas todas las cosas, que escribiéron los Prophetas del Hijo del hombre. Porque será en-

tregado á los Gentiles, y será escarnecido, y azotado, y escupido. Y despues que le azotaren, le quitarán la vida, y resucitará al tercero dia. Mas ellos no entendieron nada de esto: y esta palabra les era escondida: y no entendian, lo que les decia. Y aconteció, que acercándose á Jerichó, estaba un ciego sentado cerca del camino, pidiendo limosna. Y quando oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó, qué era aquello. Y le dixéron, que pasaba Jesus Nazareno. Y dixo á voces: Jesus Hijo de David, tén misericordia de mí. Y los que iban delante le reñian, para que callase. Mas él gritaba mucho mas: Hijo de David, ten misericordia de mí. Y Jesus parándose, mandó que se le traxesen. Y quando estubo cerca, le pregunté, diciendo: Qué quieres que te haga? Y él respondió: Señor, que vea. Y Jesus le dixo: Vec, tu fé te ha hecho salvo. Y luego vió, y le seguia glorificando á Dios. Y quando vió esto todo el pueblo, dió loor á Dios.

INSTRUCCION.

Jesu-Christo, hermanos míos, sube á Jerusalem, á esa Ciudad desagrada-
decida que maltrata á los enviados del
Señor, y da muerte á sus Profetas: á
esa Ciudad, que dentro de pocos dias
pondrá sus manos sacrilegas sobre el
Hijo primogénito del Padre de familias.
Jesu-Christo está perfectamente ins-
truido de los designios perniciosos que
se forman en ella para perderle: sa-
be que le espera una muerte inevita-
ble; que la Sinagoga se prepara para
inmolarle á su furor y sus zelos, y que
ya se buscan en el Sanhedrin todos los
medios de apoderarse de él. Conoce
hasta los mas secretos pensamientos de
su corazon, y no se le oculta nada de
la traicion que se forma, ni las mas
pequeñas circunstancias de los sucesos
que deben preceder y acompañar á su
suplicio. En el camino habla á los Após-
toles de todas estas cosas, sin olvidar
los ultrages y los oprobrios que le es-
peran. Estos conocimientos parece que

deberian inspirarle un vivo deseo de
venganza, y la mayor indignacion con-
tra este pueblo delinquente; pero sin
embargo camina á Jerusalem con dispo-
siciones de dulzura y de paz, y en la
curacion del ciego de Jericó, dexa
nuevos testimonios de su terneza y de
su bondad. Y por ventura derraman-
do siempre los bienes á manos llenas no
tendrá facultad para preguntar á sus
jueces y á sus verdugos, por qual de
sus beneficios se le da la muerte? Esta
pregunta no se limitará, hermanos míos,
á esta nacion infiel: sigamos, pues, á
Jesu-Christo en el camino de Jericó, y
la ingratitude misma de los Judios nos
hará volver sobre nuestro propio cora-
zon; para que condenando la insensi-
bilidad de este Pueblo, podamos gemir
sobre nuestra dureza personal. Es-
te tiempo particularmente nos sumi-
nistrará con abundancia materia de ge-
midos y de llantos. Los consejos de
los pecadores, las asambleas de los ma-
los se reunen contra Jesu-Christo en
estos dias de placer, de intemperancia
y de embriaguez: las tertulias de los
impios estan abiertas, y en el tiempo
mismo que la Iglesia se prepara para

pedir á sus hijos mas recogimiento, mas penitencia, y una asistencia mas frecuente á los ejercicios devotos, el mundo presenta á sus adoradores placeres mas vivos, comidas mas delicadas, y ocasiones mas peligrosas: separémonos por tanto de los pecadores, y aprendamos en la explicacion de nuestro Evangelio el riesgo y el peligro que corremos si nos confundimos con ellos.

Jesu Christo, hermanos míos, desde el primer día de su mision tuvo gran cuidado de instruir á sus Apóstoles, y de prepararlos para los diferentes misterios que debían obrarse á su vista. Como los habia escogido simples, sin estudios, sin conocimiento ni talento, habia muchos que no entendian lo que les decia; y así el Salvador, despues de haberles instruido en público, les explicaba particularmente las parábolas de que se habia servido para fixar la atencion de sus oyentes, y les descubria los misterios del Reyno de Dios, teniendo presente que despues debian enseñarlos á los demas: sobre todo se aplicaba con gran cuidado á mostrarles la relacion de los sucesos de su vida mortal con los diferentes oráculos que habian

anunciado su mision, y aunque en los primeros instantes de su vocacion les hablaba con aquella reserva y precaucion que correspondia, extendia sus conocimientos y sus luces á medida que ellos manifestaban su fidelidad y adhesion.

Hoy, dice el Evangelio, que tomó Jesus aparte á los doce Apóstoles, y como sabia el escándalo que podia causarles la ignominia de su Pasion, les hace una pintura exâcta de ella, á fin de que combinando las predicciones y los sucesos tengan un medio de afirmarse en su confianza y en su fé. Vamos, les dice, á Jerusalem, y serán cumplidas todas las cosas que escribiéron los Profetas del Hijo del hombre: como si dixese; ya os he dicho mas de una vez que todas las Profecias se dirigen á manifestar mi mision, y he tenido cuidado de hacerlos notar su cumplimiento en las diferentes acciones de mi vida; pero aunque ya se han cumplido tantas, todavia queda un gran número pendiente, y así voy á Jerusalem para poner el sello á las predicciones que se han hecho del Hijo del hombre, el qual no habiendo sido en-

viado sino para hacer la gloria de Israel, y asegurar á Abraham, á Isaac, y Jacob el efecto de las promesas que habian sido el objeto de sus esperanzas; va sin embargo á verse despreciado de su pueblo, y será entregado á los Gentiles para ser el objeto de su furor. ¿Qué importa que en los dias de su vida mortal no piense ni haga otra cosa que colmarle de beneficios? La sabiduria de sus palabras, la naturaleza y la multitud de sus milagros debieran haber fixado la confianza y el amor de este pueblo; pero estos ciegos despues de haber atribuido á Beelzebuth los prodigios que obraba á su vista, desacreditarán su doctrina y sus discipulos, menospreciarán sus promesas, y llegarán á escarnecerlo en su persona: su venida no tenía otro fin que libertar á su Pueblo de la esclavitud vergonzosa del Demonio, para procurar á la tierra la salud, la libertad y la vida; pero sin embargo, será azotado y tratado como el mas infeliz y abatido de los esclavos. Entre tanto que este Pueblo se compadece de los delinquentes mas arrogados y sanguinarios: entre tanto que se buscan los medios mas eficaces para sua-

vizar sus penas, y que se les dispensan los alivios y consuelos que solicitan; el Hijo del hombre, el Santo de Israel será tratado sin consideracion, ni compasion alguna: ultrages sangrientos, á que de ningun modo se ha hecho acreedor, se aumentarán á la sentencia injusta que le condena á muerte: despues que le azoten, y que le llenen de oprobrios y de humillaciones, le condenarán á la muerte mas cruel y vergonzosa; pero no tardará en probarles, que sufriendo tantos ultrages, y padeciendo tantos tormentos, es la victima voluntaria de su obediencia; y les convencerá de que el poder pasagero que han tenido sobre su cuerpo les ha sido dado por el Padre Celestial para que se cumpliesen los designios que no entendian. En fin, incorruptible en el sepulcro, y despues de haber gustado la muerte, resucitará al tercero dia. ¿Podia Jesu-Christo, hermanos míos, dar á los Apóstoles una instruccion mas exacta de las circunstancias que debian acompañar su sacrificio? Sin embargo ellos no entendieron nada de esto, y esta palabra les era escondida, y no sabian lo que les decia. ¿Sabeis, acaso, Christianos,

las causas por qué los hombres no com-
prehenden las cosas mas evidentes so-
bre todo en materia de religion? Pues
no nace de otra cosa sino de ciertos
juicios errados, del mal semblante con
que las miran, y de cierta disposicion
interior contra ellas: si adoptan un sis-
tema, y prueban un pensamiento qual-
quiera que sea, no hay razon ni fuer-
za que baste para disuadirles. Si por
desgracia forman un mal juicio del pró-
ximo, atropellan todos los respetos, y
cometen injusticias enormes por soste-
nerlo. Lo mismo acontece en los ju-
icios favorables, aunque sean los mas in-
justos. Los padres deslumbrados con
algunos rasgos de talento y de virtud
de sus hijos, los dexan crecer en costum-
bres las mas viciosas y criminales. Mu-
chos amos, seducidos por algunas bue-
nas qualidades de algun criado se en-
tregan á él con una confianza insensata,
y cierran los ojos á mil desórdenes gro-
seros y escandalosos.

Los Apóstoles se deslumbraron tam-
bien, y no entendieron el language de
Jesu Christo: la idea que se habian for-
mado de él era enteramente carnal-
ellos le miraban siempre en el concep-

to de Restaurador del Reyno tempo-
ral de la casa de Judá en todo su es-
plendor, y de tal manera estaban pre-
venidos de esta idea, que no tuvieron
reparo alguno en pedir á Jesu Christo
las primeras sillas de su Reyno, y en
disputarse entre sí la preferencia y la
superioridad.

El interes es igualmente, herma-
nos míos, una fuente de ilusion no mé-
nos poderosa. Muchos no entienden las
cosas porque no les conviene enten-
derlas: ¿de dónde nace, sino de esta
causa, esa incredulidad, ese sistema in-
sensato que ahora preocupa tantos es-
píritus, segun el qual se mira como
un triunfo el deshacerse de las ideas im-
portunas, que excitan en un corazon
indócil las grandes verdades de la re-
ligion? ¿De dónde proviene, repito,
esa presuntuosa superioridad de ideas
sobre el vulgo en esta materia? El in-
teres, hermanos míos, es la causa de
estos desórdenes: nunca llegan á creer-
se las verdades de la fé sin sujetar-
se á practicar su moral, ó sin expe-
rimentar los remordimientos mas crue-
les si se desprecian. El camino mas
corto en este caso es el de ponerlas

en duda, como lo hacen los impíos del día. Los Apóstoles, según la poca inteligencia que manifiestan, no dexan sin embargo de tener cierto interés. Si habian de dar crédito á las predicaciones de Jesu-Christo, era preciso renunciar las ideas lisongeras que se habian formado de su Reyno, y abandonar la pretension que su ambicion les sugiere sobre sus primeras dignidades. En este caso parecia mas simple abandonarse á la incertidumbre, y no querer profundizar lo que no pueden comprender sin tristeza; pero volvamos ahora, hermanos míos, sobre nosotros: ¿No es verdad que tenemos unos mismos motivos para unirnos á Jesu-Christo en la práctica de la virtud? ¿no lo es tambien que los intereses temporales y humanos son los que nos mueven y nos sostienen? Yo sé muy bien que desengañados del error que cegaba á los Apóstoles, tenemos de Jesu-Christo ideas mas justas y mas claras; pero no hay otros puntos en la religion sobre los quales seguimos nuestras ideas y nuestro interés?

Jesu-Christo dexa á los Apóstoles en sus tinieblas, y no emprende la

explicacion del misterio que les anuncia, porque todavia eran muy débiles. Por otra parte interrumpe esta triste conversacion un suceso casual en la apariencia; pero preparado en la realidad por la sabiduría de Jesu-Christo, para la instruccion de sus Discípulos. Estaba un ciego sentado cerca del camino pidiendo limosna, y quando oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello, y le dixeron que pasaba Jesus Nazareno. Este nombre que despierta en su memoria sus prodigios, despierta tambien un sentimiento natural de interes, excita sus deseos y su confianza, y temiendo que se le escape la ocasion de hacerle presente sus necesidades, é implorar su socorro, le dixo á voces: Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí. Fixemos, hermanos míos, por un momento nuestra atencion sobre este suceso. Este hombre era un ciego, y por consecuencia tenia necesidad de informarse de lo que no podia ver por sí: al mismo tiempo era un pobre, y estaba reducido á solicitar de los pasajeros el socorro de su miseria. Este pasage nos presenta pues

el espectáculo de un pecador reducido por sus iniquidades al estado de ceguera y de indigencia, y expuesto á perecer en el seno de su miseria si no procura instruirse en los medios de convertirse á Dios, y no pide con instancia los socorros que pueden facilitarle esta conversion. El ciego conoce su estado, y busca el remedio mas eficaz dirigiéndose á Jesu-Christo. ¿Pero qual es el éxito de su súplica? Jesu-Christo no responde, y los que iban delante cansados de sus clamores le reñian para que callase; pero sin embargo él gritaba mucho mas: Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí. Las amenazas, y las reprehensiones de los pasajeros no son bastante eficaces para entibiar su confianza y su fe. No pasemos, hermanos míos, mas adelante; y antes de saber cómo se porta Jesu-Christo con este hombre, comparemos nuestras disposiciones actuales con las del ciego de Jericó, y veamos qual es el motivo que le impele á reclamar con tanto ardor la bondad de Jesu-Christo; pero nos basta saber que era ciego, que por consecuencia no podía recibir alguna idea de los ob-

jetos sensibles, y que estando privado de un sentido, que además de ser tan necesario nos procura tantos placeres en la vida, estaba como muerto y enteramente inútil para el servicio de los demas.

¿Pensais, hermanos míos, que la ceguera espiritual no produce efectos á proporcion mas deplorables? ¿Qué estado tan infeliz el de los Christianos que viven ciegos por el pecado! Ellos no ven en las verdades de la Religion sus consuelos; ellos no disciernen en los oráculos que se les anuncian sino un ruido confuso; y casi nunca gustan de oír hablar del espíritu de penitencia y de mortificacion: ellos están sentados cerca del camino; es decir continuamente expuestos á todas las tentaciones de la carne, del espíritu y del corazon: ellos en fin gimen baxo el peso de su pobreza, sin pensar en remediarla. Los mas felices son los que saben exponer su necesidad, y esperar el momento en que se disipan las tinieblas de su miseria, en virtud de las oraciones de los justos, de los socorros de los Ministros, y sobretodo de Dios y de su gracia: este es en ge-

neral el estado del pecador. ¿Qué sería si yo hablase de ciertos pecadores que dominados de costumbres impuras, y de delitos vergonzosos viven en una ceguera, mas deplorable todavía, y á quienes el Espíritu Santo ha querido designar en la persona del ciego de Jericó? ¿Qué triste me parece la suerte de este infeliz, hermanos míos! Los otros enfermos pueden al cabo llegar á Jesu-Christo: los diez leprosos van á buscarle; el Centurion se postra á sus pies para pedirle la curacion de su criado: los mas impotentes y enfermos tienen á lo ménos amigos que los presenten; pero este ciego no tiene otro recurso que dar grandes voces, y aun así no puede conseguir que entre tantos que acompañan á Jesu-Christo, se compadezca alguno de su miseria, sino que al contrario le reprehendan y le amenacen. No es esto, Christianos, lo que sucede á un pecador dominado por el demonio impuro? Si quiere hacer esfuerzos y solicitar su curacion, ¿no se revela la carne contra él para imponerle silencio? ¿No le salen los sentidos al encuentro para detenerle en los primeros pasos que

quiere dar ácia su salvacion? ¿Oxalá que al exemplo de este hombre del Evangelio dominase sus pasiones, y que pudiese resistir á las solitudes de la carne y de la sangre, y á los insultos de los pecadores! Entónces no habria cosa que pudiese impedirle el llegar á Jesu-Christo; y como este Señor nunca oye con indiferencia los gemidos que nacen de la humildad, suspenderia sus pasos como lo hizo con el ciego de Jericó. Jesu-Christo pudiera muy bien condenar á la multitud que le seguia, así por la poca confianza que habia manifestado en su poder, como por su poca sensibilidad á vista de la miseria de este hombre; pero tiene por mas conveniente instruirle mandando que se le traxesen. Esta conducta del Salvador nos enseña, hermanos míos, que no debemos mirar como un simple consejo, sino como un precepto la obligacion de conducir á Jesu-Christo á todos los que tenemos á nuestro cargo, y de traer á su rebaño á los que se descarrian de él: si viviendo en medio de los pecadores no contribuimos á su conversion por todos aquellos medios que nos dicta la prudencia, sin

duda hemos renunciado á la fe.

¿Pero qué es lo que hizo Jesu-Christo quando estuvo cerca del ciego? ¿Qué quieres que te haga? le dice: esta pregunta en la boca de Jesu-Christo pudiera sin duda sorprendernos si no tuviésemos ya una nocion bastante completa de su divinidad y de su poder. Que un hombre semejante á nosotros, y por consecuencia limitado en sus conocimientos tenga necesidad de que se le expongan las miserias para aliviarlas: que un juez nunca pronuncie sobre nuestra causa, sino despues de un maduro exámen y de informaciones competentes: que un Médico no ponga el remedio á nuestras enfermedades hasta que haya estudiado y conocido su especie, sus qualidades y síntomas; todo esto está en el orden de la naturaleza, porque el hombre ignorante por su misma condicion está expuesto á errar á cada paso; pero que Jesu-Christo que penetra hasta los mas íntimos secretos de nuestros corazones, y á vista de una enfermedad tan conocida y manifesta haga semejante pregunta, es una cosa que al parecer excita nuestra admiracion. Sin embargo

ella se desvanece al punto, si consideramos que Jesu-Christo, por este medio queria hacer el milagro mas sensible, y enseñarnos que no se interesará en nuestras dolencias, mientras que no las conozcamos, y confesemos como corresponde. Por esta causa son inútiles sin duda tantas confesiones en donde una exposicion superficial de nuestros pecados, y unas promesas vagas son los únicos testigos de la conversion y del arrepentimiento: por esto son estériles esas oraciones tan distantes del corazon, y donde el espíritu se entrega á la agitacion de los negocios entretanto que la boca se ocupa en pedir el remedio de nuestros males: una gracia que se consigue á fuerza de instancias parece á nuestros ojos mas preciosa y rara, que aquella que se tiene á poca costa. Entónces el reconocimiento es mas constante y mas vivo. Si bastase que el pecador llorase interiormente sus pecados, y pidiese en general el perdon de ellos, ¿qué idea tendria de la grandeza de Dios á quien ha ofendido, y de la enormidad del ultrage que le ha hecho? ¿Qué precaucion tomaria para evitar faltas en

alguna manera mas fáciles de borrar que de cometer? Si siempre que viniese á los pies del Sacerdote, supiese entrar en el espíritu de religion que le prescribe este saludable remedio de sus dolencias, ¿no le miraria como el preservativo mas cierto contra la recaída y el pecado? La pregunta de Jesu-Christo, hermanos míos, es de grande extension, y prueba la disposicion de Dios para colmar de bienes á las miserables y desprovistas criaturas. La peticion del ciego, aunque de pocas palabras, es muy conforme á las miras de misericordia de aquel á quien la dirige, y da la idea mas cabal de un hombre penetrado de sus miserias. Señor, que vea, respondió el ciego. ¿Quántos Christianos ciegos de espíritu no saben hacerse la misma justicia que este hombre? Sin embargo todas las cosas que nos rodean no parece que están de inteligencia con nuestro corazon para mantener las tinieblas que encubren nuestras pasiones? ¿Hay por ventura alguna materia á que no se extienda esta ceguera? Por exemplo, muchas personas á quienes conoceis ya por la detestable costumbre de sembrar di-

sensiones y disputas, se aprovechan de un momento de descontento, de un sentimiento de frialdad, de una ligera indisposicion que tenéis con el próximo para pintárosle con unos colores que lisongean vuestra animosidad, y os inflaman en cólera: entónces es quando debiais decir: Señor, haced que yo vea toda la malignidad del delator que procura indisponerme con mi hermano, la pureza de las intenciones de mi ofensor, y sobre todo la necesidad que tengo de contradicciones para probar mi paciencia. Algunas buenas disposiciones que notais con demasiada complacencia en vuestros hijos, una vivacidad de espíritu que los hace amables, aquellos dichos prontos y agudos que os embelesan, el extremado y gracioso cariño que os tienen, os hacen desconocer muchísimos defectos que seria conveniente reprimir en su principio. Si algunos ménos preocupados que vosotros os advierten estas faltas, os irritais de sus consejos, y muchas veces los despreciáis; entónces es quando debetiais decir: Señor, haced que yo vea los disgustos que me preparo si me descuido en destruir esas cos-

tumbres viciosas que dominan á mis hijos; las desgracias que van á caer sobre ellos si dexo que se aseguren en sus malas inclinaciones; y la cuenta que habré de dar por tantas iniquidades que en alguna manera hago personales, porque no las corto á su debido tiempo como debo. Un comercio ventajoso, un puesto lucrativo satisfacen vuestras necesidades. Veis que se aumenta vuestra fortuna con una rapidez extraordinaria, y estais tranquilos porque otros muchos viven en el mismo estado con una seguridad, que al parecer justifica la inocencia de los recursos que se emplean para estos fines. Pero no sería muy conveniente abandonar por algun tiempo esta seguridad, para decir á Dios: Señor, haced que yo vea la injusticia que quizá cometo en la adquisicion de los bienes, y los peligros que tiene su posesion: haced que conozca lo superfluo y lo necesario para saber lo que debo distribuir á los pobres? ¡Ah! hermanos míos, ¿quál sería el efecto de una oracion hecha con tanta sencillez! Ella ciertamente os conseguiria luces que ahora son tan raras, porque

no se desean ni se buscan. Jesu-Christo dixo al ciego vee, tu fe te ha hecho salvo, y luego vió. Notad, hermanos míos; que hay en el orden de la naturaleza curaciones de todas especies; pero ellas causan muchas inquietudes y cuidados, y muchas veces son infructuosas; pero para que Jesu-Christo disipe las enfermedades mas inveteradas, basta que los afligidos y necesitados abran la boca para pedir un remedio, y que diga una sola palabra. Sé limpio, dice al leproso: sal fuera, dixo á Lázaro: levántate, dixo al Paralítico: vee, dixo al ciego; é inmediatamente recobran todos estos la salud, la fuerza, la vista y la vida misma. No quiero, hermanos míos, inspiraros una estéril admiracion de estos prodigios. La confianza corresponde mucho mejor para estas disposiciones benéficas del Salvador: vosotros tenéis llagas muy peligrosas, que son vuestros pecados; pero sin embargo no es ménos fácil su curacion que la de las enfermedades corporales. Que diga por medio del Ministro de su Iglesia: sed limpios; salid del sepulcro de las iniquidades; abrid los ojos á la luz de

mi verdad, y al punto será obedecido. Pero para conseguir esta gracia, es preciso que una humilde confianza os conduzca á sus pies, y que pueda daros el testimonio que da hoy al ciego: tu fe te ha hecho salvo. Es preciso que dóciles á su voz no camineis en el camino de vuestros delitos, ni retrocedais en los pasos que teneis dados en el de la virtud; sino que os impongais la obligacion de seguirle. En fin es preciso que os determine y enseñe el reconocimiento á publicar sus beneficios con la santidad de vuestras obras.

Dios mio, obrad estos prodigios en estos dias de salvacion, disponed que suceda la luz de vuestra justicia á las tinieblas y la ceguera del pecado, y hacednos dignos de veros en vuestra gloria. Así sea.

SOBRE LAS DIVERSIONES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS,
cap. 13. v. 13.

Hermanos: Caminemos como de dia, honestamente, no en glotonerías y embriagueces.

Es muy difícil desengañar á los hombres sobre las diversiones del siglo; y destruir la inclinacion natural que tienen á los placeres de los sentidos. Un sentimiento interior les acuerda su felicidad original, y les encamina al bien que han perdido. Las diversiones y los entretenimientos del mundo les ofrecen una sombra de esta felicidad, y sin examinar ni la brevedad ni el peligro de los placeres engañosos, se dexan llevar del primer impulso de su corazón, y solo piensan ser felices quando pueden entregarse á ellos con toda libertad. Si se les dice con San Agustin, que estos gustos de la vida se resienten de la inestabilidad de los objetos de donde nacen, que solo nos traen una sa-

mi verdad, y al punto será obedecido. Pero para conseguir esta gracia, es preciso que una humilde confianza os conduzca á sus pies, y que pueda daros el testimonio que da hoy al ciego: tu fe te ha hecho salvo. Es preciso que dóciles á su voz no camineis en el camino de vuestros delitos, ni retrocedais en los pasos que teneis dados en el de la virtud; sino que os impongais la obligacion de seguirle. En fin es preciso que os determine y enseñe el reconocimiento á publicar sus beneficios con la santidad de vuestras obras.

Dios mio, obrad estos prodigios en estos dias de salvacion, disponed que suceda la luz de vuestra justicia á las tinieblas y la ceguera del pecado, y hacednos dignos de veros en vuestra gloria. Así sea.

SOBRE LAS DIVERSIONES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS,
cap. 13. v. 13.

Hermanos: Caminemos como de dia, honestamente, no en glotonerías y embriagueces.

Es muy difícil desengañar á los hombres sobre las diversiones del siglo; y destruir la inclinacion natural que tienen á los placeres de los sentidos. Un sentimiento interior les acuerda su felicidad original, y les encamina al bien que han perdido. Las diversiones y los entretenimientos del mundo les ofrecen una sombra de esta felicidad, y sin examinar ni la brevedad ni el peligro de los placeres engañosos, se dexan llevar del primer impulso de su corazón, y solo piensan ser felices quando pueden entregarse á ellos con toda libertad. Si se les dice con San Agustin, que estos gustos de la vida se resienten de la inestabilidad de los objetos de donde nacen, que solo nos traen una sa-

tisfaccion pasagera, y que arrastran tras sí mil pesares y sentimientos, dirán que el Ministro que les habla es un preocupado, y tal vez un hipócrita; apelarán al testimonio de la mayor parte de los hombres que sacrifican en obsequio de los placeres del siglo, su tiempo, sus bienes, su salud, su honra y su vida misma; y pretenderán probar que aunque en el público y por el bien parecer habla de esta manera, es quiza privadamente mas sensual y disipado que los mismos á quienes quiere corregir. Hermanos míos, aunque estos razonamientos parezcan de mucha fuerza á una gran parte de Christianos, que no profundizan como deben las verdades de la Religion, son en realidad muy especiosos, y la razon sola basta para destruirlos. Si en efecto se quisiese escuchar la razon, serian sus luces suficientes para responder á ellos. La consideracion de lo que es el hombre, la situacion del Christiano, su vocacion, su destino y su fin son motivos bastante eficaces para poner silencio á los vanos argumentos de la concupiscencia. ¿Una vida tan corta, tan laboriosa y tan llena de dolores, se ha

de conformar con los grandes placeres? ¿No somos, como dice Job, unos viajeros y peregrinos en la tierra? ¿No caminamos por sendas desiguales y estrechas? ¿Acaso podemos encontrar una Ciudad permanente? ¿Pues por qué unos frívolos pasatiempos y vanos placeres nos han de retardar la entrada en la patria verdadera? ¿Podrán ellos recompensarnos de la penalidad de nuestro destierro? Si Dios para castigar nuestra ciega inclinacion nos condenase á no ver jamas otra cosa que el objeto percedero que hemos escogido como el término de nuestra felicidad, ¿no experimentaríamos bien pronto con crúeles disgustos, con una sociedad insoportable la severidad de esta sentencia? Este cuerpo mismo que tantas veces esclaviza nuestra alma, ¿no es el primero que con tantas enfermedades y flaquezas como padece nos advierte que somos hechos para otro fin, y que los placeres destruyen y disgustan mucho mas que alivian y consuelan? Los filósofos del paganismo han hablado muchas veces de esta materia, y han confirmado su doctrina con muchos y singulares exemplos; pero sin

embargo á ninguno han desengañado, porque la naturaleza corrompida es del todo insuficiente para corregir nuestras inclinaciones desarregladas. Estaba reservado á Jesu-Christo el suministrar nos los principios de una moral confirmada con sus exemplos; y por tanto la mas persuasiva y sólida. Es cosa muy rara ver de la manera que se quiere conciliar la qualidad augusta de Christiano con una vida disipada y de placer. Despues de haber practicado ciertas obras exteriores que exige la piedad para la edificacion del proximo, y para conservar la nota de buen Christiano, se pasa lo restante del dia en los entretenimientos que lisongean los sentidos y las pasiones, y no se piensa sino en destruir los principios del Christianismo, uniendo la vida christiana con una disipacion habitual. ¿Por ventura seremos miembros del cuerpo de Jesu-Christo desechando el espíritu de mortificacion y de penitencia, el espíritu de oracion y recogimiento, el espíritu de vigilancia y de circunspeccion, los quales constituyen la esencia de la vida del Christiano, y que de ningun modo podemos conservar entre los placeres del siglo?

Si, hermanos míos, la vida del Christiano es una vida de mortificacion y de penitencia. Jesu-Christo no habla sino de abnegacion y de lágrimas; los Apóstoles que predicaron su doctrina, nos enseñan á crucificar la carne, y circuncidar el corazon; los Santos no se han santificado sino por los ayunos, la mortificacion de las pasiones, y las penitencias mas rigurosas. ¿Pero no hay, me decis, para caminar á la vida eterna un camino mas largo, mas cómodo y mas fácil? No, hermanos míos, los Santos han tenido un corazon tan sensible como el nuestro, y han experimentado como nosotros las inclinaciones mas violentas por los placeres; muchos de ellos han llegado á reconocer por una desgraciada experiencia su falsa dulzura, y el peligro que llevan consigo. ¿Pero de qué manera han pensado de todas esas satisfacciones frívolas que buscamos con tanto ardor y cuidado? La consecuencia que han deducido de tales antecedentes, es la misma que deberiamos nosotros sacar; á saber, que es imposible entregarnos á los deleytes, y conservar un corazon contrito y peniten-

te, qual conviene á un Christiano: que una vida disipada va poco á poco debilitando el deseo de la mortificacion y de las lágrimas : que entre los pasatiempos del siglo se desmiente á cada paso la santa severidad del Evangelio, para substituir las máximas de la carne á las del espíritu. El Evangelio dice : bienaventurados los que lloran, pero vosotros buscando con la mayor diligencia los placeres, poneis toda la felicidad en una loca alegría, y en una excesiva disipacion. El Evangelio dice, bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, pero todo vuestro afán tiene por objeto los pasatiempos criminales. El Evangelio presenta una cruz, un camino estrecho, una mortificacion continua, y vosotros no quereis cargar con esta cruz, ensanchais el camino, y suavizais la mortificacion. ¡ Ah, que facilmente entregados á los placeres, olvidamos las qualidades de viagero, de desterrado, de soldado y de atleta que el Apóstol San Pablo mira como características de los Discipulos de Jesu-Christo! ¡ Con qué facilidad se pierde de vista esa Patria Celestial, á don-

de deben dirigirse todos nuestros pasos y cuidados! ¡ y como no se piensa en otra cosa que en mirar el valle de lágrimas como una ciudad permanente donde todo es placer y diversiones!

El pueblo Judío se distinguió en esto del resto de las naciones de la tierra. Jerusalém era siempre el objeto de sus pensamientos en su cautiverio, y á su patria dirigia sus suspiros : la separacion de la Ciudad santa le tenia sumergido en un profundo descon-suelo; y si algunas veces los Gentiles le convidaban á tomar parte en sus fiestas, ó á repetir á lo ménos algunos cánticos de los que se acostumbraban en las grandes solemnidades de Jerusalém, exclamaban estos desgraciados diciendo : ¿ Cómo podemos alegrarnos en una tierra extraña? Los cánticos los reservamos para dias mas felices, para tiempos en que estemos libres de la esclavitud. ¿ Cómo cantáremos los cánticos del Señor en tierra extraña? Así respondian los Judíos en su calamidad, y pensaban que no debían permitirse el menor descanso y alivio viviendo entre cadenas y desterrados de su pa-

tria. ¿ La tierra en que vivimos , hermanos míos , tiene mas encantos para nosotros que aquella donde gemia el pueblo de Israel ? ; La patria á donde caminamos tiene acaso menos atractivos que Jerusalém y su templo ? Así lo da á entender una gran parte de los Christianos : ¿ Qué otra cosa deberemos pensar de esa alegría , de esa disipacion , de esos placeres peligrosos á que se entregan sin precaucion alguna ? Si el espíritu de penitencia no se conforma con este género de vida , el de recogimiento y oracion que Jesu-Christo exige de sus Discipulos , ¿ podrá subsistir entre las falsas alegrías del siglo ? Si las distracciones y los disgustos afligen tantas veces las almas mas puras y devotas ; si los Christianos mas fervorosos se ven obligados en algunas ocasiones á quejarse con el Profeta de que su espíritu demasiado inconstante y ligero se les escapa á su pesar , y que una vez ido , ya no vuelve ; si los negocios mas legítimos inquietan hasta en nuestros templos á los fieles mas recogidos y devotos , ¿ cómo no han de quitar á la oracion toda su eficacia y su va-

lor , entregándose á la disipacion y á los placeres ? El Espíritu Santo nos advierte continuamente que preparemos nuestra alma ántes de dirigirnos á Dios : ¿ Será una preparacion conveniente una vida cuyos instantes mas preciosos están consagrados á entretenimientos equivocos , y las mas veces criminales ? ¿ Vuestra imaginacion siempre inquieta no viene á turbar vuestras almas hasta los pies de los altares , presentándoos mil objetos de que os avergonzais vosotros mismos ? ¿ Quáles , pues , son las causas de tantas distracciones ? Las mas conocidas y seguras son esas mesas sensuales y abundantes que agravan vuestros espíritus ; esas conversaciones sospechosas que corrompen vuestros corazones ; esos juegos excesivos que turban vuestra razon , y esos desórdenes que de todas maneras alteran vuestra salud , y vuestras fuerzas. La oracion es un gemido , decia San Gerónimo : y los gemidos no pueden salir sino de un corazon , que solo piensa en el objeto que desea . ¿ Pero de qué están llenos los vuestros al salir de esas casas de disipacion y de alegría ?

De mil palabras equívocas que habeis oído, y proferido tal vez; de mil deseos vergonzosos y desarreglados; y que sé yo, si de mil libertades peligrosas que os habeis permitido. Sin embargo os quejais de que no podeis orar, y que no es posible fixar el espíritu: muchas veces quereis excusar vuestra disipacion, diciendo que son muy largos nuestros oficios y ceremonias; pero yo miraria siempre como un prodigio que pudieseis pasar en un instante de los placeres á la oracion; de la disipacion al recogimiento, y venir tan alegres á los pies de nuestros altares como lo estais en el mundo. No, hermanos míos, nunca orareis utilmente mientras que vivais una vida de diversion y de placer; pero no por esto dexeis de velar. La vigilancia christiana pide pues toda la atencion del espíritu en todos los instantes de la vida, de modo que si nos abandonamos por un momento, ya estamos expuestos á perecer. Los Santos Padres llaman á los momentos que empleais en las obligaciones del siglo momentos de embriaguez, é instantes de sueño, de los quales se aprovecha el

enemigo para perderos. Entónces están abiertas todas las avenidas que se encaminan á vuestro corazon: los ojos por la indiscrecion de sus miradas; los oídos por la facilidad con que se prestan á discursos seductores; la boca por el ansia con que traga el veneno del crimen, y como dice el Sabio, entra la muerte por las ventanas.

Herodes incestuoso y sacrilego tenia en el Bautista un censor severo de sus pecados, y quizá hubiera encontrado en sus advertencias y reprehensiones razones poderosas para velar y temer; pero lisonjeados sus oídos con la armonía de la música, seducidos sus ojos con danzas lascivas y criminales, se irritan sus pasiones con las delicias de una mesa suntuosa y delicada. Antes que se entregase á estos placeres hubieran podido tener alguna eficacia las palabras, y las advertencias del Santo Precursor; pero rodeado de tantos encantos y atractivos, ¿podrá pensar en tranquilizar su conciencia, arrojando el escándalo de su casa? No, ya no tiene ojos sino para ver los hechizos, y las gracias de que hace ostentacion á su presencia

la cómplice de sus desórdenes; ya no tiene oídos sino para oír la sangrienta súplica que le hace, ni corazón sino para corresponder debilmente á las violentas y desordenadas acciones con que pretende agradarle. Este Príncipe antes de entregarse á los placeres respetaba al Bautista; pero despues la infame Herodiades es la que á un tiempo triunfa de una justicia moribunda, de una veneracion casi apagada, y de una conmiseracion espirante. Y por ventura, Christianos, ¿pensais tener mas constancia y fidelidad que Herodes si os entregais á los placeres? Pues sabed que el demonio tiene muy seguros los triunfos, si una vez gustais del vaso de sus delicias.

XI. ¿Pero una moral tan dura y severa no permite alguna excepcion? ¿Es posible que todas las diversiones esten reprobadas en el Evangelio? ¿No habrá placeres que puedan admitirse sin peligro? ¿No será lícito buscar alguna recreacion para un cuerpo cansado del trabajo, y fatigado de los negocios? Christianos, como en ninguna otra materia hay mas facilidad de traspasar los justos límites que se prescriben, no

tengo reparo alguno en deciros que para un verdadero discípulo de Jesu-Christo no hay momento de disipacion en la vida; y á fin de que en un punto tan interesante haya una instruccion completa, dividiremos los placeres en tres clases: primera, placeres criminales, y expresamente prohibidos: segunda, placeres sospechosos y peligrosos: tercera, placeres legítimos y permitidos. Los primeros deben aborrecerse de todo corazón: los segundos deben evitarse con mucho cuidado; y los últimos deben usarse con gran medida y precaucion.

Placeres criminales y expresamente prohibidos. Hay diversiones que llevan consigo un carácter de reprobacion, que no es facil desconocer, no solamente porque la Iglesia las ha prohibido con grave censura, sino tambien porque conducen directamente al pecado. No intento por ahora hacer una descripcion exacta de todas ellas, y así me bastará indicaros una sola, autorizada y justificada por el mayor número de las gentes del siglo, para que de aquí podais inferir el peligro de las demas. Hablo de esas

representaciones peligrosas, en las qua-
 les presentándose sensiblemente el ori-
 gen, y el camino de las pasiones,
 llegan á familiarizarse entre todas
 las clases de personas. Si quereis per-
 der todo el pudor y la modestia; si
 quereis acostumbraros á no tener ver-
 güenza alguna de los excesos mas in-
 fames y deshonestos; si quereis tomar
 lecciones para imponer silencio á los
 movimientos de la gracia, no teneis
 que hacer otra cosa, que freqüentar
 semejantes espectáculos. Pero lo que
 nos allige y desconsuela todavía mas
 algunas veces, es que todos los que
 tienen esta costumbre, quieren persua-
 dirnos que su inocencia no pelagra en
 los teatros, porque la moral que se
 enseña en ellos todavía persuade con
 mas eficacia que la que anunciamos
 en las cátedras christianas. El teatro
 se nos dice está ya purificado de esas
 escenas indecentes que ofendian la cas-
 tidad de los espectadores: ya no se
 oyen esas palabras groseramente obs-
 cenas que molestaban los oidos de las
 gentes cultas y sensatas; ya solamente
 se enseñan las virtudes, que son úti-
 les á la sociedad; aqui se aprende

á ser buen ciudadano, á ser buen pa-
 dre, buen amigo, buen esposo: aquí
 se ven pintados al vivo aquellos vicios
 que ofenden mas la humanidad: aquí se
 descubre la violencia de las pasiones; y
 finalmente se ponen á la vista exem-
 plos heroycos que enardecen nuestros
 espíritus en favor de la patria. Chris-
 tianos, no quiero entrar con vosotros
 en disputas; pero decidme solamente
 ¿ qué mudanza y qué reforma han pro-
 ducido en vuestras costumbres esas esce-
 nas tan castas y arregladas? ¿ No habeis
 adquirido por el contrario mas ocio-
 sidad, mas curiosidad, mas indiferen-
 cia para las cosas de la Religion? ¿ No
 teneis ya ménos reparo para practicar
 ciertas acciones que ántes mirabais con
 tanto escrúpulo? ¿ No estais ya mas
 familiarizados con el vicio y el desór-
 den? ¿ Pues quáles son esos frutos úti-
 les y santos que producen los teatros?
 señaladme uno; y no solo no declamaré
 contra ellos, sino que yo mismo seré
 su mayor apoyo y defensa.

Placeres sospechosos y peligrosos.
 Estos son aquellos que autoriza el uso
 y las costumbres del siglo. Condenar-
 los absolutamente sería un cargo á

una multitud de personas virtuosas que usan de ellos; y justificarlos sin excepcion, seria aplaudir tambien á otra multitud de gentes ociosas que hacen un abuso de su tolerancia. Lo que no tiene duda es, que son muy peligrosos; y que sino es imposible gustarlos inocentemente, á lo ménos corre mucho riesgo de perderse un Christiano que los disfruta sin precaucion.

Si, hermanos míos, es muy fácil abusar de los placeres: ¿y de cuáles no se abusa? Se abusa de las mesas, pues aunque segun la costumbre de los tiempos mas remotos es el medio muy eficaz de conservar la buena sociedad, el trato y las amistades de las gentes; tambien es una ocasion muy próxima de intemperancia y glotoneria. Se abusa de las conversaciones y de las tertulias, pues aunque en ellas se pudiera hablar de cosas edificantes, ó á lo ménos de materias útiles; solo sirven para formar intrigas, para mantener tratos sospechosos, para indagar lo que pasa en las casas ajenas, y para quitar impunemente al próximo su honor y estimacion. Se abusa de los paseos, pues aunque pudieran

servir de un medio de recrear el espíritu fatigado del trabajo y de otras ocupaciones útiles con la variedad de objetos que se encuentran; solo se procura satisfacer la curiosidad y realizar los deseos mas criminales. Se abusa de los juegos... pero este entretenimiento apenas merece contarse en el número de los placeres legítimos. ¿Por ventura será lícito consagrar en el seno de las familias christianas un tiempo que reclaman otras ocupaciones mas serias á unos juegos en los cuales decide la suerte de la pérdida ó la ganancia? Esta es una materia, hermanos míos, que pide grandes consideraciones que dexo para otra ocasion; pero entretanto no puedo dexar ahora de advertiros, que en las casas aun las mas piadosas son los juegos muchas veces la causa de pérdidas muy considerables, y la ocasion próxima de resentimientos, de enemistades, de trampas, de quimeras, y tal vez de grandes blasfemias, y de otros pecados gravísimos. Este es un entretenimiento que yo llamo sospechoso y peligroso por los daños que regularmente trae consigo: la prudencia, pues, ha de or-

denarle, y ha de evitar sus consecuencias. Por tanto, os digo en general que no habeis de usar de otras diversiones sino de las que sean legítimas, y esto con grande precaucion observando el tiempo, y las personas con quienes se disfrutan; y sobre todo no debemos emplear en ellas las horas del trabajo ni las de la oracion, porque destinar á los placeres el tiempo que debemos á las ocupaciones útiles es un grande abuso; y si se hace con perjuicio del Publico, de nuestras familias y de aquellas personas que tienen derecho á nuestro trabajo, es un robo manifesto; pero todavía es mas perjudicial emplear las horas destinadas á la oracion: este es un sacrilegio y un robo que se hace al Dios eterno.

La necesidad de considerar las personas es muy grande, y así solo conviene divertirse con los amigos sabios y virtuosos, porque ellos serán los primeros que pongan justos límites á los placeres; pero si se frecuentan los amigos viciosos y corrompidos, no traen otra cosa que la perdicion del alma, del cuerpo, y de los bienes.

En fin, hermanos míos, nunca useis

de los placeres aun de los legítimos, y permitidos, sino porque den de sí alguna ventaja sólida: es cierto que quando se hace un uso moderado de ellos, son muy convenientes para restituir al cuerpo y al espíritu su vigor y tranquilidad: y así leemos en la Historia Eclesiástica que el Apóstol San Juan echaba mano de las diversiones inocentes para descansar de las fatigas de su Apostolado: lo que debemos procurar es que la religion y la razon nos dicten la materia y la duracion de estas diversiones. ¿Quereis saber en una palabra ántes de entregaros á ellas si son inocentes y permitidas? Consideradlas con relacion á Dios. Ved si puede resultarle alguna ofensa, y si interesan su gloria: consideradlas con relacion al próximo, examinando si son ocasion de escándalo, ó de pecado: consideradlas en fin con relacion á vosotros mismos, y para ello debeis reconocer si se arriesga vuestra inocencia, y la pureza de las costumbres: quando haya precedido este detenido examen, entonces podeis entregaros á las diversiones, y léjos de ser un obstáculo para vuestra salvacion,

os ayudarán á conseguirla, porque se renovará con ellas la aplicacion al trabajo, el fervor de la oracion; y honrado y santificado Dios en todas vuestras acciones las recompensará cumplidamente con la eterna bienaventuranza. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE EL AYUNO.

EVANGELIO DE SAN MATHEO.
Cap. 4. v. 2.

En aquel tiempo: habiendo Jesus ayunado quarenta dias y quarenta noches, despues tuvo hambre.

La Sabiduría Eterna, el Santo de los Santos, Jesu-Christo, se sujeta hoy á una mortificacion que solo corresponde al pecador. Ayunando quarenta dias y quarenta noches, hace de esta práctica el medio mas seguro para fortalecer el efecto del Bautismo que acaba de recibir, y la preparacion para el ministerio que viene á desempeñar.

Despues de una abstinencia tan severa quiere tener hambre, y rehusa satisfacer á necesidad tan urgente por los medios que la voluntad de Dios ha desaprobado. Ved, hermanos míos, el compendio de las maravillas que os ofrecen las palabras del texto de esta instrucción. En efecto, es un prodigio que se sujete un Dios á la penitencia, de que no tiene necesidad, ni como preservativo, ni como remedio: es un prodigio que un Dios tenga hambre, quando él alimenta hasta los pollos de los cuervos, hasta los insectos mas despreciables, é imperceptibles: es un prodigio que un Dios se vea solicitado para el mal por el enemigo de todo bien: todos estos milagros se obran para disipar las ilusiones y engaños que fomentan nuestras pasiones, á fin de separarnos de la penitencia y del ayuno que nos impone la Iglesia en estos dias de lágrimas y de salud. Ya está empezada la santa carrera, y quizá no escuchando el mayor número de Christianos, sino el grito de sus placeres y su sensualidad, han sacudido el yugo de la penitencia, y conseguido dispensas baxo pretextos y ex-

TOM. II.

casas frívolas ó falsas; pero ellos ó no conocen la necesidad del ayuno, ó ignoran la extension de esta ley. A fin, pues, de que sobre estas materias no aleguen ignorancia, y que cada uno conozca sus obligaciones, voy á explicarlas con toda claridad.

Hay hombres, dice San Basilio, que se quejan de que el ayuno es una de aquellas prácticas arbitrarias y nuevas que inventaron algunos devotos que quisieron singularizarse, y separarse del mayor número. No, hermanos míos: el ayuno no es una invencion nueva. Pudieramos descubrir la huella de este uso entre los pueblos menos supersticiosos, y en las religiones de doctrina menos pura, y de moral menos severa, si ellas pudieran servirnos de regla; pero nosotros no tenemos necesidad de exemplos extraños, teniendo entre los adoradores del verdadero Dios los modelos que necesitamos. Casi desde el origen del culto que nuestros padres tributaron al Señor veo la ley del ayuno observada en todo su rigor: veo ayunos solemnes indicados para prevenir las fiestas de Israel: veo victorias conseguidas, cas-

tigos suspendidos, pestes y mortandades disipadas por el mérito del ayuno: oygo al Señor que manda á su Profeta, que convocando y reuniendo á su pueblo, le indique un ayuno general, y le proponga este medio como uno de los mas poderosos para mitigar su cólera. ¿Podrá nuestra sensual delicadeza sugerirnos el desprecio de la ley del ayuno como un resto del Judaismo? Yo veo, hermanos míos, á Jesu-Christo hacerse su mas fiel observador, y adelantar su práctica mas allá de las fuerzas de la humanidad, á fin de enseñarnos á observarle á lo menos, según las fuerzas de nuestra naturaleza: yo le oygo prescribir á sus discipulos la necesidad del ayuno, y descubrirles que hay enemigos formidables de quienes no se puede triunfar sino con él: yo veo á sus Apóstoles persuadidos de que el Espíritu de mortificación es la esencia del Christianismo, transmitir á sus sucesores estos mismos exemplos, y esta misma doctrina; y entretanto que ya no queda vestigio alguno de todas las observancias legales, subsiste la ley del ayuno en todo su vigor. La Iglesia sabiamente indulgen-

te sobre algunos puntos de su disciplina, ha mitigado su severidad para condescender con la debilidad de sus hijos; pero invariable en su espíritu no ha querido tocar la ley del ayuno, y formando de ella un precepto expreso, ha mirado siempre como desobedientes á todos los que sin consultar sus legítimos Pastores, se han atrevido á dispensarse de esta obligacion, ó á suavizar su observancia. ¿ Pero por qué una ley tan sabia, y tan universalmente establecida, es tan violada en el día? ¿ Por qué quando todos los años vemos renovar el santo tiempo de Quaresma, nos consideramos tambien obligados á renovar nuestros gemidos y nuestras quejas? Tres suertes de Christianos que miramos como violadores del ayuno son los que las excitan. Los unos oponen á esta ley una multitud de pretextos que deben destruirse; otros la suavizan de mil modos que deben desterrarse; otros en fin unen á la observancia del ayuno ciertas disposiciones criminales que necesitan corregirse. Todos estos Christianos no pueden lisongearse de haber cumplido como corresponde este precepto. ¿ Pero qué

les son los pretextos que comunmente se oponen al cumplimiento de la ley del ayuno? Pretextos de salud, pretextos de medios, pretextos de estado y de condicion.

Pretextos de salud: este es uno de los mas ordinarios, de que se abusa con mas frecuencia, y el mas difícil de combatir; porque el estado de abatimiento en que se halla la religion en esta hez de los siglos, no dexa mucho lugar á los escrúpulos. ¿ Quién hay que no alegue sus enfermedades quando trata de autorizar la infraccion del ayuno? No diré por esto que quando se solicita de los Confesores la dispensa de este precepto, se ostente un ayre de fuerza y de sanidad que haga sospechosa la súplica: sé muy bien por otra parte, que un exterior robusto no siempre prueba una salud suficiente para la abstinencia y el ayuno. Lo que extraño sobre manera es que se les quiera poner silencio, suponiéndoles que se ha consultado ya el caso, quando se atreven cumpliendo con su obligacion á proponer sus dudas y dificultades para restringir, segun sea posible, una indulgencia, de la que solo

son los dispensadores. Si entónces se atreven á reprehendernos, alegamos que ya nosotros mismos hemos hecho diferentes veces la experiencia de nuestras propias fuerzas: y que si consultamos á ambos Médicos, es mas por pura costumbre y ceremonia, que por necesidad. Yo quisiera que hablando de buena fé se declarase á los Confesores, á quién y cómo se habia hecho esta consulta: de esta manera podrian juzgar si aquel á quien hemos informado de la situacion actual de nuestro temperamento, es ó bastante ilustrado para preveer los inconvenientes que pudieran resultar si se llevase á debido efecto la abstinencia y el ayuno, ó bastante juicioso para no hablar sino despues del exámen mas detenido, ó bastante religioso para no cargarse temerariamente de una omision que se autoriza con su decision y su consejo: si se hablase á los ménos experimentados sin disfraz alguno, talvez nos darian consejos mucho mas sólidos y seguros; y si se les objetase todavía la experiencia de los males que semejantes penitencias ocasionan en la constitucion fisica del cuerpo, nos res-

ponderian que estas experiencias son muy equivocadas, y que las contemplaciones que nos procuramos tienen muchas veces por objeto, ó bien enfermedades que ya no subsisten, y que no han dexado ninguna reliquia, ó disposiciones, que no piden mas que cierta continencia y eleccion de alimentos, ó que nacen en fin de los excesos de la intemperancia y de la gula, vicios, que la abstinencia y el ayuno pudieran corregir sin duda.

Esto es, hermanos míos, lo que deberiais deciros á vosotros mismos quando trataseis de solicitar la dispensa de la Quaresma: de esta manera prevendriais las preguntas que os harian los Confesores, los remordimientos necesarios de la conciencia, y el juicio que ejercerá Dios contra los impenitentes. Habis visto ya el pretexto mas comun en los ricos; veamos ahora el de los pobres.

Pretextos de medios. Regularmente se mira la pobreza como un ayuno, y con razon: la miseria que se lleva con paciencia es á los ojos de Dios una penitencia saludable que puede mirarse como compensativa de la que

se nos debiera imponer por nuestros pecados; pero que sin embargo no nos dispensa de las obras satisfactorias que hace necesarias el abuso de la pobreza: en efecto, los pobres no solo deben abstenerse de todos los placeres de que les ha privado la naturaleza misma, sino que tambien estan obligados segun sus fuerzas á la abstinencia de los alimentos, aun los mas comunes. La ley del ayuno no se ha hecho solo para los ricos, y para los que gozan de todas las comodidades y placeres de la vida. Es verdad que estan estos obligados mas que todos los otros á escusar ó cercenar todo aquello que lisongea la sensualidad; pero como en el estado mas humilde, pobre y abatido no son desconocidos los excesos; son de absoluta necesidad la privacion, la mortificacion y la penitencia. Desgraciados de aquellos pobres que quebrantan la ley del ayuno sin motivo legitimo; que usan por su mera voluntad de los alimentos prohibidos en estos dias; que con esta violacion continua inspiran á sus hijos el desprecio de las leyes mas sagradas; y que hace por esta causa inútiles los recursos

que pudieran encontrar en su indigencia.

Pretexto de estado y de condicion. Se dice con bastante frecuencia que la Iglesia dispensa la abstinencia y el ayuno á los que tienen una salud delicada, á los ancianos, y á los que se ocupan en algun trabajo violento: nosotros, hermanos míos, seriamos los primeros que inspirásemos esta medida, si conociésemos un zelo ardiente y christiano, y encontrásemos motivos justos para ello; pero de esta dispensa necesaria en ciertos casos se hace un abuso notorio con pretextos poco decentes y justos. No bien se siente una pequeña flaqueza, ó algun decaimiento del estómago, quando se dice que es una indiscrecion el ayunar. La aplicacion no interrumpida al trabajo, una asistencia frecuente á su comercio, á su estado, y á sus negocios particulares, son razones de dispensa para muchos, que no podria contradecir un Confesor sin ser notado de severidad excesiva. Christianos, el precepto del ayuno no es como se piensa para gentes ociosas y desocupadas. La Iglesia nos le presenta como una

obligacion general que no es incompatible de modo alguno con el estado del hombre, qualquiera que sea, porque todos, desde el pecado de nuestro primer padre estamos condenados al trabajo; pero estos trabajos no son tan poco incompatibles con los que la Iglesia impone en el ayuno. No me detendré á juzgar en particular de los que han pedido y obtenido la dispensa de él; pero no puedo ménos de decir que estos pretextos, y qualquiera otro que se alegue son ordinariamente frívolos. Vosotros, hermanos míos, debéis examinar si los motivos que habeis tenido, y que os han decidido para hacer semejante súplica, son suficientes para dispensaros delante de Dios; porque de lo contrario incurris en un grave pecado. ¿Y qué diré de esos medios y arbitrios tan peligrosos como los pretextos con que se quiere mitigar y suavizar la ley del ayuno? No intento hacer aquí una exácta relacion de los ayunos de los primeros Christianos: ellos no comian hasta puesto el sol, y sus alimentos eran los mas simples y frugales; pero vosotros decís que no podeis imitarlos, porque las

naturalezas no son ya tan fuertes y robustas como eran. No intento tampoco refutar aquí esta objecion; pero debo deciros que naciendo esta debilidad de salud, de los desarreglos y los excesos, la penitencia es indispensable, y aun necesaria para mantener una salud robusta. Examinemos ahora, dexando aparte estos discursos, los medios y los arbitrios de que usais.

La Iglesia en lugar de fixar la duracion del ayuno hasta puesto el Sol, como prescribia á los primeros Christianos, os permite la comida al medio dia, y dexa á vuestra eleccion una multitud de manjares, de los quales bastaria uno solo para sustentaros. No contenta con esto lleva la condescendencia hasta tolerar que por la noche tomeis un refrigerio si acaso tenéis grave necesidad, con el fin de que no decaigan vuestras fuerzas. ¿Pero no abusais de esta indulgencia? ¿No principiáis vuestros ayunos tomando por la mañana ciertos licores y bebidas que porque no forman una substancia sólida, decís que no quebrantan el ayuno? ¿Y acaso no se le quita así todo su mérito y el fin á que se dirige? La comi-

da del medio dia, que sin contradiccion es la mas esencial, y la única necesaria y propia del ayuno, ¿ se hace acaso con aquella moderacion que corresponde á un Cristiano? ¿ El espíritu de penitencia, y el amor á la cruz son como deben los que hacen la eleccion de los alimentos? ¿ Las mesas de los ricos no estan por el contrario en la santa Quaresma servidas mas delicadamente que en lo restante del año? Este tiempo que debia ser el de descanso de los cocineros, ¿ no es el en que se busca el apetito con mil guisados que ha inventado el espíritu de regalo y de gula para que no haya que desear los alimentos prohibidos? En otro tiempo se separaban los enfermos en las casas de los Christianos, temiendo con razon que la vista de las viandas que se le permitian, no fuese causa de tentacion para los sanos, ó materia de escándalo por el abuso que se hiziese de ellas; pero ahora, hermanos míos, ya no se teme este escándalo, ni esta tentacion. Las mesas se cubren de manjares, cuya variedad es muy propia para despertar la sensualidad de los convidados. En el dia es una regla de ur-

banidad el instar con ellos, y una especie de impolítica el rehusar estas ofertas baxo el pretexto de religion y de continencia. ¿ Es posible, Christianos, que no se conserve siquiera el exterior del ayuno? ¿ Así se quebranta el precepto de la abstinencia, entregándose á la gula, promiscuando los alimentos sin el menor pudor, y cometiendo mil excesos que no se permitirían en los tiempos de mayor dissipacion? ¿ Qué digo de las comidas? Las colaciones que la Iglesia ha permitido para que no decaiga la salud, y para que el Cristiano no se detenga en la carrera de la mortificacion, ¿ se hacen por ventura con este solo fin? ¿ No se llenan tambien las mesas por las noches de menestras, y otros guisados, que solo sirven para excitar la gula, la intemperancia, y la sensualidad? Decidme, Christianos, si un infiel, ó un idólatra, tocado por la gracia de Dios, y por los usos y ceremonias de nuestra santa religion hiziese depender su conversion de vuestros ejemplos, y de vuestros discursos, ¿ qué le diriais de la penitencia? ¿ Qué le enseñaríais tocante á la abstinencia y al

ayuno, teniendo delante el Evangelio y las leyes de la Iglesia? Sin duda le diriais que la mortificacion es una ley general de que ninguno puede dispensarse sin riesgo evidente de la salvacion; que el ayuno y la abstinencia hacen una parte esencial de esta penitencia misma, que consiste en una privacion sensible que deben necesariamente sufrir la naturaleza y la sensualidad. Este es el testimonio que arrancaria la verdad de vuestra boca; pero yo quisiera, para completar esta instruccion, que conduxeseis á este idólatra á vuestra mesa en el tiempo de la santa Quaresma: entónces, comparando los preceptos con la práctica, deberiais decirle con vergüenza vuestra: esta es la penitencia de los Christianos: así es como mortifican sus sentidos: con semejantes obras espian sus pecados: discípulos de un Dios crucificado nos aplicamos de esta manera á imitarle con nuestras costumbres. ¿Qué pensaria el idólatra en este caso? ¿No sospecharia de burla, de extravagancia, y de locura en semejantes Christianos? ¿No despreciaria un Dios que se contentase para espian los mayores pecados

con semejantes satisfacciones, ó lloraria la extravagancia de una criatura que pensase repararlos con tan ligeras prácticas? Yo pudiera, hermanos míos, extenderme mas sobre esta materia, si me lo permitiesen los límites de una instruccion; pero despues de haber instruído á los Christianos que rehusan ayunar, y á los que alteran tan considerablemente la ley del ayuno; digamos alguna cosa á los que ayunan con disposiciones contrarias al espíritu de la Iglesia, y enseñémosles de la manera que deben hacerlo.

Un Profeta preguntaba al Señor en nombre de todo Israel: Señor, ¿por qué habiendo ayunado, no has mirado benignamente nuestros ayunos? Hermanos míos, si vosotros hicieseis la misma pregunta, y el Señor se dignase responderos, os diria, como dixo á su Pueblo por la boca del mismo Profeta: no he mirado vuestros ayunos, porque he visto que en ellos se satisfice mas vuestra propia voluntad que la mia; y porque al mismo paso que os absteneis del alimento temporal, no teneis atencion alguna á reprimir vuestros malos deseos. No porque ayunais, sois mas ob-

servantes de mis preceptos, porque vivis encenagados en horribles excesos, y así no es este el ayuno que yo pido: todo su mérito le haceis consistir en un exterior mortificado y abatido; pero yo no pido sino un corazón contrito: es preciso abatir el orgullo, y romper los lazos de la iniquidad. Tenéis delante á muchos pobres sumergidos en la mayor indigencia, y que sufren un ayuno todavía mucho más riguroso, el qual consiste en carecer algunas veces aun de lo más necesario: partid con ellos el pan que comeis, y entónces no serán infructuosos vuestros ayunos, y tendreis derecho de hablar y pedir al Señor; pero si el orgullo marchita la pureza del ayuno: si el grito del pobre abandonado sube más alto y toca más sensiblemente el corazón de Dios que vuestros clamores: si hace vuestra penitencia inútil é infructuosa la inclinacion al pecado, y la adhesion al mal; qué recurso encontrareis en vuestra mortificacion? Sí, Christianos, el orgullo es uno de los enemigos del ayuno: ¿Quántos quizá serian ménos fieles á esta ley santa y provechosa si sus acciones fuesen ménos co-

nocidas y observadas? Quántos abandonarían el plan penitente que han aceptado si no se avergonzasen de disminuir su fervor aparente? Evitad, pues, Christianos, quando ayunais, esas interiores complacencias, que son la única y frívola recompensa de una alma hipócrita: santificad vuestros ayunos con limosnas: no mireis, dice San Juan Chrisóstomo, el tiempo de la abstinencia como un tiempo de ahorro; lo que quitais cada día á vuestra sensualidad, repartidlo al pobre para su alivio: sobre todo imponed silencio á vuestras pasiones, y mortificad vuestra carne: la boca que recibe el alimento, y el estómago que lo distribuye á lo restante del cuerpo, no son los únicos que deben participar de la mortificacion: cada uno de los otros miembros tiene también su ayuno. Ayune la lengua, dice San Bernardo, absténgase de todas las palabras criminales y peligrosas, evite todos los discursos inútiles, y condénese á un silencio perpetuo y voluntario: ayunen los ojos, es decir, que se cierren á todo objeto indecente, que no se presten á ninguna curiosidad peligrosa, y que se apliquen á la lectura fre-

quiente de la ley del Señor : ayunen los oídos , estando en centinela contra todas las palabras obscenas , contra todas las burlas sacrílegas , y todos los discursos críticos y maldicientes : ayunen los pies y las manos , aplicándose á la práctica de todas las buenas obras , arreglando sus acciones á las leyes del Evangelio , y privándose de aquellas que inspiran la iniquidad y la mentira. Hermanos míos , qué meritorio y útil sería un ayuno del qual participasen el corazón , el espíritu y el cuerpo !

Señor Jesus , unid nuestro ayuno al vuestro , y estaremos ciertos de sus efectos : que nos sirva de regla vuestra mortificación , y no temeremos el abuso de la nuestra : haced que participando con fidelidad de vuestra penitencia y amarguras , merezcamos también participar de vuestra gloria. Así sea.

MIERCOLES DE CENIZA.

INSTRUCCION SOBRE LA UTILIDAD

DE LA QUARESMA,

Y MEDIOS DE SANTIFICARLA.

EPISTOLA SEGUNDA

DE SAN PABLO A LOS CORINTHIOS.
cap. 6. v. 2.

Hermanos : He aquí ahora el tiempo favorable , he aquí ahora el día de la salud.

INSTRUCCION.

Baxo la mano de un Dios que quiere obrar nuestra santificación ; baxo la providencia de un Dios que lo ha criado todo para sus escogidos , y que dispone de las criaturas segun las miras de su sabiduría ; baxo el imperio de la gracia de un Dios que abre

hasta para los mayores pecadores los tesoros inmensos de su bondad, todos los días son días de salud, y todos los tiempos están señalados con ocasiones favorables para entregarse á él, y afirmarse en sus caminos. Instados continuamente por el sentimiento interior de una conciencia que nos convida á la virtud, animados habitualmente con los ejemplos de humildad, de justicia y de caridad, ¿podríamos mirar como incompatibles con nuestra santificación las aflicciones, los trabajos, y los varios accidentes de la vida? Sin embargo la Iglesia nos acuerda en el presente tiempo de Quaresma aquellas tan señaladas palabras del Apóstol: he aquí ahora el tiempo favorable, he aquí ahora el día de la salud. En efecto aunque en el curso del año es posible y necesaria la práctica de los recursos y medios que tenemos para la salvacion, son estos santos días los mas propios para ella; y por lo mismo no debemos mirarlos como indiferentes, segun lo hemos hecho hasta ahora, sino sacar todo el partido de que son susceptibles.

No voy á tratar aquí de la antigüedad de la Quaresma, del respeto que

nuestros padres tenían á este saludable establecimiento, de las instrucciones que daban al Pueblo para santificarla, ni de los misterios y solemnidades para que nos prepara: yo supongo en mis oyentes la instruccion y las luces que se requieren para tener suficiente idea de estas materias; y así solo consideraré la Quaresma, por lo que respecta á la penitencia y á los medios de salvacion que la Iglesia nos presenta. Baxo este supuesto dividiré la instruccion en tres consideraciones. Primera: la Quaresma considerada como un tiempo de expiacion. Segunda: como un tiempo de santificación. Tercera: como un tiempo de preparación.

Tres objetos tiene la Quaresma considerada como penitencia: mortificación de la carne, sumision del espíritu, y expiacion de los pecados. La mortificación de la carne no solo pide que se la nieguen aquellos gustos y superfluidades que la lisongean, sino que tambien se la contradiga en sus apetitos, á fin de que se acostumbre á rehusar constantemente todos los placeres que fundarian en ella el reyno de las pasiones. La abstinencia y el ayuno son unos de

los medios mas propios para formar estas disposiciones; pero no como se hacen comunmente. Mal acomodados los Christianos con esta mortificacion buscan con frecuencia excusas para que un Director espiritual les indulte de ella. Una delicadeza mal entendida, algunas ligeras enfermedades, y varios inconvenientes de pura imaginacion son á su parecer suficientes; pero si entendieran que la abstinencia, segun el sentido de la Iglesia es el medio mas propio para adquirir las virtudes, y robustecer al cuerpo, lejos de rehusarla, deberian abrazarla con grande ansia, para dar al cuerpo y al espiritu el descanso y la paz de que carecen quando se entregan al placer de las mesas abundantes y regaladas. En efecto, en ellas se estraga la salud, y se debilita el alma de modo que ya no puede dedicarse á la práctica de ninguna de las virtudes. Ya entonces no se cuida de la oracion, y por mas esfuerzos que se hagan, no puede el hombre elevarse sobre sí mismo. En este estado abandona las obligaciones de su casa, desatiende la lectura de los libros devotos, y se hace un estúpido hasta para el trato fami-

liar. Pero quando por el contrario se abraza la abstinencia, y se hace de ella un uso saludable, el cuerpo se mantiene robusto y agil para todos los trabajos de la vida, el espíritu sin obstáculo alguno se entrega á la contemplacion de su Criador, se hace vigilante, y busca con gusto todos los remedios para curar las llagas de su corazon. En el ayuno y la abstinencia encontrará el Christiano sino el principio de la reconciliacion perfecta, á lo ménos el camino seguro de la conversion; sean sus pecados los mayores y mas inveterados, puede estar seguro del remedio; pero la Iglesia no solamente lo indica para los pecadores, sino que quiere que no haya distincion entre ellos y los justos, advirtiéndoles por el Apóstol San Juan, que si se creyesen libres de pecado, se engañarian á sí mismos, y que creerse sujetos al pecado, y dispensados sin embargo de la penitencia comun, seria otro género de seduccion mucho mas peligrosa. Por tanto es indispensable hacer de la penitencia de la Quaresma un medio de expiacion, y ofrecer la privacion de los manjares delicados para expiar y reparar nuestros

gustos y apetitos: es preciso que se eubran las mesas con mas frugalidad para que con los ahorros se socorran las necesidades de los pobres, porque ya que en un tiempo hemos destinado la suma de nuestros bienes al regalo y al placer, es muy justo que en alguna manera se recompensen estos excesos haciendo abundantes limosnas.

La Iglesia no solo nos suministra recursos de penitencia en la Quaresma, sino que tambien multiplica los demas medios para la salvacion; y así nos ofrece instrucciones mas frecuentes, y exemplos de mayor edificacion. Para esto exhorta tambien á los Ministros de la palabra santa á que clamen sin cesar, y que á la manera de una trompeta penetren con su voz los corazones mas insensibles, descubriendo al pueblo todos los pecados, para que la casa de Jacob los reconozca, los confiese, los expie y llore.

Esta obligacion que tenemos los Ministros de Dios de hablar y de instruir, anuncia tambien á los fieles la que tienen de escuchar con mas frecuencia, y de meditar con mas atencion las verdades christianas; pero para que esta

atencion no decaiga, deben acostumbrarse á reformar sus costumbres, único medio de poderla mantener. Si la palabra de Dios es en todo tiempo, como dice el Apóstol, útil para instruir, para reprehender y corregir, debe causar mas particularmente estos efectos en unos dias consagrados á la penitencia y á las lágrimas, y en los cuales todo le recuerda al pecador la enormidad de sus pecados, y al justo la multitud de peligros que le cercan. Considerad, hermanos míos, que la Iglesia no puede hablarnos de conversion en circunstancias mas críticas, y que nunca espera con mas seguridad que quando nos presenta el modelo de los penitentes en el mas santo de los hijos de los hombres: Jesu-Christo castiga una carne inocente con un ayuno de quarenta dias; mortifica un espíritu dócil con un retiro profundo; santifica un corazón puro con una oracion continua, y se prepara para la tentacion con una vida mortificada: ¿acaso podremos sondear sin dolor las llagas que ha hecho el pecado en nuestras almas, y ver sin espanto los lazos que nos prepara el demonio? Lloremos

por tanto, hermanos míos, sobre nuestros pecados, y vivamos alerta contra estos lazos: las instrucciones frecuentes producirán sin duda este efecto, y los exemplos edificantes lo comprobarán, y suministrarán los medios de salvacion, propios para formar estas disposiciones en nuestro corazón. Justos y pecadores todos se conciertan en estos días para recobrar lo perdido. Los justos renuevan su fervor acostumbrados á cumplir las obligaciones de su religion; y los pecadores, aun los mas indiferentes en otras circunstancias, parece que en estas reciben con gusto nuestras instrucciones, frecuentan nuestros tribunales, y procuran portarse con mas decoro, y evitar los escándalos que la impiedad y la irreligion multiplican diariamente. En fin por mas distantes que los Christianos parezcan de la penitencia, se afanan ahora para solicitar la reforma; pero con tan multiplicados indicios de conversion, todavía no tenemos los Ministros de la palabra santa la seguridad necesaria de que se obre, porque la experiencia nos ha hecho conocer que la hipocresía en los unos, el respeto humano en los otros, y la cos-

tumbre en casi todos, son los únicos motores de toda la accion que se reconoce en el pecador: sin embargo la interrupcion, aunque momentánea, de los escándalos, produce un efecto sensible, así en los justos, como en los pecadores: ella da vigor á los unos para la práctica de las buenas obras, y permite á los otros que se fortalezcan en las disposiciones contrarias á sus costumbres: ella excita una santa emulacion, ayudada y animada por la Iglesia con frecuentes oraciones, con adornos lúgubres, y con cánticos tristes, de manera que resulta de todos estos ejercicios, que el pecador mas endurecido respire, como á su pesar, un ayre de piedad, y si esta benéfica influencia no disipa prontamente el hedor de muerte que exhala la infeccion del pecado, á lo ménos le debilita. Pero qué diré de las fiestas y alegrías del siglo? ¡Oxalá que la política pudiese conformarse en este punto con el Evangelio, de manera que si no es posible cerrar en todo tiempo esas escuelas públicas de las pasiones, se cerrasen á lo ménos en los días que la Iglesia consagra á la penitencia, á fin de que se pudiesen exer-

citar libremente todos los recursos que presenta á los pecadores! Es verdad que en ciertos dias se cierran los teatros para que reducidos al silencio los ministros de la mentira, dexen hablar á los Ministros de la verdad; pero son tan raros estos dias, y tan cortos estos intervalos, que léjos de amortiguar en el corazon de los mundanos el grito de la frivolidad, parece que aumentan su afan y solicitud para alimentarse de estos peligrosos espectáculos. Lo peor de todo es, que no contentos muchos con esta diversion pública, forman en el interior de sus casas asambleas de dissipacion y de placer, donde se multiplican considerablemente los escándalos. Dios, hermanos míos, pedirá estrecha cuenta de estos excesos, pero ya que en él todo no pueden corregirse, debemos evitarlos por nuestra parte. Los testimonios de respeto y miramiento á la santa Quaresma, aunque sean involuntarios, deben manifestar que este tiempo fué siempre digno de atencion: estos últimos resplandores de una fé casi extinguida prueban que si la Quaresma fué un tiempo de piedad y de fervor en los primeros siglos del Chris-

tianismo, tambien ahora hay Christianos que la observan, y que mortifican sus pasiones; pero sobre todo es preciso saber que el verdadero ayuno que Dios nos pide y mas le agrada, es la separacion de todo pecado, de suerte que no podemos probar que somos los herederos de su fé, sino quando somo fieles observadores de su ley.

Aunque los misterios que se celebran en la Quaresma deben ser el principal móvil de nuestra devocion en este tiempo, y el primer recurso de toda nuestra piedad, indicaré la materia de vuestras meditaciones. Misterio del amor de un Dios en la Institucion del Sacramento del Altar. La Iglesia ha considerado que este es el tiempo mas oportuno para recibirle; pero quiere que preceda una verdadera confesion de los pecados, y que se haga la penitencia debida: del abandono que en esta parte se padece provienen las comuniones sacrílegas que se hacen en estos dias.

Misterio de la Muerte de un Dios y de su Pasion. San Juan Christótopo, hablándonos de la Quaresma, nos hace notar que toda ella está consagrada á

meditar los dolores de Jesu-Christo; pero quiere que al mismo tiempo nos compadezcamos de los efectos que produce el pecado en nosotros. Así los seis dias de la primera y última semana consagrados á honrar las llagas de nuestro Divino Salvador, y á unir nuestros sentimientos con los de María, nos acuerdan el de compasion sobre nosotros mismos, y el dolor de nuestros pecados.

Misterio de la sepultura de un Dios. Emblema de la separación total de toda criatura: lección importante para un pecador, é instructiva para una alma sensible. Al pecador le enseña que la separacion, el olvido de sí mismo, y el desprendimiento de todas las cosas percederas, son condiciones necesarias para la penitencia; y á las almas fieles que la utilidad de vivir en una especie de sepultura y olvido con relacion al mundo, es tan esencial que ninguno puede contarte entre los discipulos de Jesu-Christo, si no rompe todo comercio ilícito con las criaturas.

Misterio de consolacion en la resurreccion de un Dios. La santa Quaresma nos conduce singularmente á la meditacion de este misterio, como que

es el fundamento de nuestra fé. La Iglesia nos repite sin cesar que la alegría de la Pascua está únicamente reservada á los Christianos que se hayan afligido santamente con Jesu-Christo, y que en vano se pretenden estos consuelos si nos preparamos á celebrar la fiesta con una vida delicada y sensual.

Hermanos míos, en todos estos misterios teneis motivos eficaces para disponeros á la penitencia; y ya que habeis conservado por tantos años vuestras malas inclinaciones, y las ocasiones próximas del pecado, sean el ayuno y la abstinencia los que ahora encaminen vuestras almas á la felicidad.

Señor Jesus, este es un tiempo favorable en los designios de vuestra misericordia: haced que abundando en vuestras obras sean estos dias para los pecadores dias de conversion; para los justos dias de perfeccion; para los ricos dias de compasion y de beneficencia; para los pobres dias de sumision y de consuelo; y para todos, en fin, dias de santificacion y perseverancia que les asegure en la eternidad el premio de la penitencia, y de las lágrimas. Así sea.

PRIMER DOMINGO
DE QUARESMA.
EPISTOLA SEGUNDA

DE SAN PABLO Á LOS CORINTHIOS.
cap. 6. v. 1. 10.

Carísimos : Nosotros como coadjutores, os exhortamos á que no recibais la gracia de Dios en vano. Porque él dice : Te oí en tiempo agradable, y te ayudé en día de salud. He aquí ahora el tiempo favorable, he aquí ahora el día de la salud. No demos á nadie ocasion de escándalo, porque no sea vituperado nuestro ministerio : Antes en todas cosas nos mostremos como Ministros de Dios en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en sediciones, en trabajos, en vigili-
as, en ayunos, en pureza, en ciencia, en longanimidad, en mansedumbre, en Espíritu Santo, en cháridad no fingida, en palabra

de Quaresma.

de verdad, en virtud de Dios, por armas de justicia á diestro y á siniestro : Por honra y por deshonra : por infamia y por buena fama : como seductores, aunque verdaderos : como desconocidos, aunque conocidos : Como muriendo, y he aquí que vivimos : como castigados, mas no amortiguados : Como tristes, mas siempre alegres : como pobres, mas enriqueciendo á muchos : como que no tenemos nada, mas poseyéndolo todo.

INSTRUCCION.

A primera vista parece, hermanos míos, que podríamos dispensarnos de explicar la Espístola de este día, porque á excepcion de las primeras palabras que se dirigen á todos los fieles de las Iglesias de Corinto, no tiene el Apóstol otra mira que la de animar é instruir á sus Coadjutores ; pero á poco que se fixe la atención sobre cada una de las verdades que contiene, no será difícil aplicarlas á las obligaciones de

todos los Christianos. La ley del Sacerdote, y la del lego es la misma, hermanos míos. Si la eminencia y la dignidad del Sacerdocio hace nuestras obligaciones mas estrechas, las vuestras no son ménos indispensables. Vamos pues, á instruirnos todos en las palabras de esta Epístola: aprendamos á pasar santamente la carrera de la penitencia que la Iglesia nos abre: vamos á reconocer los defectos, que durante este santo tiempo deben ser el objeto de nuestros gemidos, de nuestra contrición y reforma: busquemos, en fin, las reglas que pueden santificar nuestras penitencias y ayunos, y disponernos para la mas grande de nuestras solemnidades: prestadme vuestra atención.

La Iglesia, para prepararnos á la grande solemnidad de la Pascua, ha establecido este tiempo de penitencia. La abstinencia y el ayuno, el retiro y las oraciones, las instrucciones, las lecciones y meditaciones diarias van á llenar el intervalo que nos separa de la Pascua. Por tanto debemos mirar todos estos medios de santificación como otras tantas gracias, que bien empleadas nos harán dignos de cele-

brarla; y al contrario muy desgraciados, si abusamos de ellas, ó las despreciamos. El Apóstol nos dice por esta causa: os exhortamos á que no recibais la gracia de Dios en vano. Esta exhortacion la dirige indistintamente á todos los fieles, pero particularmente á los pecadores.

Hermanos míos, quando consideramos el abandono en que habeis vivido por todo el año: quando vemos que á fuerza de caer en las mismas faltas habeis llegado á formar unas costumbres habituales que casi pueden desarraigarse: quando reconocemos que los años anteriores habeis hecho quizá vanos esfuerzos para consumir la obra de vuestra conversion, y que despues de haber puesto la mano en ella, habeis tenido la desgracia de mirar atrás, y volver al vómito; no podemos ménos de exhortaros con todo el zelo que nos inspira la obligacion de nuestro ministerio, y con la compasion que nos merece vuestro estado, diciendo como el Apóstol: no recibais la gracia de Dios en vano: no dexéis que se pase este tiempo de penitencia sin pensar seriamente en vuestra conversion á Dios;

unidos á las oraciones que la Iglesia hace en estos dias , aprended de la boca de los Ministros de la palabra santa los medios de poner en práctica los recursos que os ofrece : rodead con frecuencia nuestros tribunales sagrados para consultar al médico las llagas de vuestro corazon : observad con exactitud los ayunos que la Iglesia establece : emplead los recursos de una industriosa severidad para castigar la carne rebelde , y mortificar un espíritu pronto , y un corazon demasiado fragil : si executais , hermanos míos , todas estas cosas con pureza y exactitud , no temais que sean infructuosas vuestras conversiones , porque Dios mismo dice para animaros por boca de su Profeta : te ví en el tiempo agradable , y te ayudé en el dia de salud. ¿No habeis concebido , hermanos míos , desde hoy algunos deseos de conversion? Todos los años al empezar la santa Quaresma se ha llenado vuestro corazon de saludable tristeza , y os han asaltado muchos importunos , pero útiles remordimientos. Aunque las verdades sean las mismas en los demas tiempos del año , han hecho sin embargo en éste mas

fuertes impresiones. El exemplo de los pecadores que hacian los mismos esfuerzos para dexar sus pecados ; el concurso de los fieles á nuestros Templos ; la relacion de las humillaciones y tormentos de Jesu-Christo , todo despertaba en vosotros mil sentimientos de contricion , sofocados por la violencia de las pasiones ; pero no extinguidós del todo. Sin embargo no produxeron el efecto que podia esperarse , y por tanto debemos ahora repetir con la Iglesia : he aquí ahora el tiempo favorable , he aquí ahora el dia de la salud.

¡Ah , mis hermanos ! si este año experimentais los mismos deseos de conversion , procurad que no sean inútiles como los años anteriores : sabed que amontonareis sobre vuestras cabezas tesoros de cólera , si siempre que Dios abre los de su misericordia abusais de su paciencia. Esta nueva carrera se renovará sin duda muchos años , y quizá muchos siglos ; ¿pero quién de vosotros podrá asegurar que se renovará para él? Muchas veces os hemos hecho esta reflexión misma : la repetición frecuente de ella podrá tal vez debilitar su impresion ; pero no debilitará su

certeza. Esta advertencia que os hacemos ahora, es una nueva gracia, y os pedimos que no la recibais en vano.

El Apóstol, aplicando estas palabras á su ministerio, advierte á sus Coadjutores que no den á nadie ocasion de escándalo. Los Ministros del Evangelio, hermanos míos, tienen mayor responsabilidad que el resto del pueblo, si por sus desarregladas costumbres andan los fieles por otros caminos que los de la virtud, por los quales deben ellos conducirles. El juicio de Dios, decía el Profeta, debe empezar por su propia casa. ¡Ah! Los pecados del Levita, de donde en una gran parte nacen los pecados del pueblo, tendrán que padecer el castigo que merecen por sí mismos, y por las faltas de sus hermanos. ¿Pero este escándalo tan peligroso en un Sacerdote, carece de peligro en un simple fiel? Esta máxima: no demos á nadie ocasion de escándalo, ¿no se dirige á todos nosotros? Sí, hermanos míos, y por lo mismo al principio de este tiempo de penitencia os la recuerdo á todos; y dexando aparte los otros pecados, para no hablaros sino de la infraccion de

la ley del ayuno y de la abstinencia; debó advertiros, que os guardéis mucho de renovar los escándalos de los años precedentes en esta materia. ¿No es un escándalo que sin enfermedad alguna, y sin haber probado las propias fuerzas, comais sin escrúpulo los manjares prohibidos en este santo tiempo, ó que, si practicais la letra del precepto, abandonéis el espíritu de ella?

¿No es un escándalo que las mesas de los ricos esten mas delicadamente servidas en el tiempo de la Quaresma que en los demas del año? ¿Que se permita tanta variedad de guisados para excitar la gula y la sensualidad, y que se hagan esas mezclas de alimentos que la Iglesia tan estrechamente prohíbe?

¿No es todavía un escándalo mayor el que indistintamente admitan á su mesa gentes sin religion, y que sin necesidad alguna, y sin motivo legitimo traspasen publicamente la ley de la Iglesia, y seduzcan á los demas convidados con sus exemplos, con sus instancias, y tal vez con sus picantes burlas?

¿No es un escándalo que la mayor parte de los que á título de enferme-

dades quebrantan la abstinencia de la Quaresma, sean tan inhumanos con sus próximos, y vean con tanta indiferencia sus miserias, que no se muevan á cercenar la mas ligera parte de sus placeres gulosos para socorrer tantas y tan graves necesidades como hay en el dia? Todos estos escándalos van á renovarse, hermanos míos, en esta Quaresma, y veremos con dolor de nuestro corazon que se va inutilizando insensiblemente la ley del ayuno y de la abstinencia, y que ya no sirve sino para multiplicar los pecados. Pero no es la infraccion del ayuno el único escándalo que venimos á combatir. El Apóstol hace una enumeracion exacta de todos los vicios que debe evitar el Christiano, y de todas las virtudes que debe practicar; y ante todas cosas dice nos mostremos en mucha paciencia. Esta virtud es la primera que cuenta entre todas, porque es la que nos acerca mas á Jesu-Christo, y la que tambien puede santificar mas este tiempo de penitencia. La paciencia suple al ayuno en todos aquellos que estan dispensados de él por sus enfermedades, y por otra parte hace mas útil su obser-

vancia; pero para que esto se consiga, es preciso que esta virtud sea universal: y así dice el Apóstol, que ante todas cosas nos mostremos como Ministros de Dios, en tribulaciones, en necesidades y en angustias. El efecto del ayuno particular del pobre es la sumision á su estado, y así debe sofocar sus quejas y sus murmuraciones, y unir el ayuno forzado, que su miseria le prescribe, al ayuno libre y voluntario que la Iglesia le impone, esperando con tranquilidad el socorro que concede Dios al que pone en él su confianza. Debemos tambien mostrarnos fieles en los azotes, y esta es la penitencia de los enfermos. Sus enfermedades les obligan á romper la ley del ayuno; pero en recompensa deben hacer una penitencia voluntaria de los dolores y de las incomodidades que padecen, ofrecerlas á Dios con frecuencia, y unir los males que sufren por los propios pecados, con los que Jesu-Christo padeció por los pecados del pueblo. El Apóstol quiere que la paciencia se manifieste asimismo en las cárceles. Este consejo se dirige principalmente á los Ministros del Evan-

gelio, que estan expuestos á violentas persecuciones por el nombre de Jesu-Christo; pero sin embargo convidamos á los ricos á que durante la Quaresma contribuyan, segun puedan, al alivio de los encarcelados, y este es el único medio que tienen de participar de este género de asfliccion.

El Apóstol pide la paciencia en las sediciones. Dios no quiera, hermanos, que veamos otras tan tristes como las que hemos experimentado en el año pasado. Conozco que sois incapaces de tomar parte en ellas, y que os conduciréis con la sumision y la paciencia que conviene á los buenos vasallos, y á los Christianos fieles; pero os recomiendo con el Apóstol esta misma paciencia en tantas y tan diversas tentaciones como os rodean y asaltan por todas partes: en esas pequeñas sediciones que se levantan en el seno de vuestras casas, por la desobediencia de vuestros hijos ó de los domésticos, por la dureza de vuestros superiores y maestros, y por la diferencia del carácter de vuestros iguales. Haced frente á todas estas tentaciones con la dulzura y la moderacion, y entónces ha-

breis hecho una penitencia útil, porque ella es la mas necesaria y la mas difícil.

El Apóstol exige la paciencia en los trabajos, y esta es la que corresponde á todos los que tienen la dura obligacion de trabajar y de ganar el pan con el sudor de su rostro. La Iglesia les dispensa del ayuno quando sus trabajos son excesivos; pero ellos por su parte deben trabajar mas durante la Quaresma, llevar las fatigas con mas constancia, y abstenerse de las desazones, imprecaciones y murmuraciones, que hacen tan peligroso este estado; en una palabra, deben santificar su trabajo con la penitencia.

El Apóstol recomienda la paciencia en las vigiliias, y esta es la que deben tener esas almas entregadas á la sensualidad y la pereza. Deben por tanto excusarse algunas horas de sueño durante la Quaresma; y ya que el espíritu de delicadeza les hace ser tan perezosos algunas veces para sus obligaciones, y para los ejercicios de piedad, deben en este tiempo privarse de la tranquilidad y del reposo para pagar segun corresponde el tributo de la oracion.

El Apóstol quiere que se sufra con paciencia la debilidad que regularmente trae el ayuno; y esta es la penitencia de los Christianos robustos. Ellos deben conformarse á los usos recibidos en la Iglesia, sea en las horas de comer, sea en la qualidad de los manjares que se permiten, y acercarse tanto como puedan al espíritu de los primeros siglos en la observancia de la Quaresma, no dexándose seducir por ese espíritu de relaxacion que enerva las prácticas mas santas y útiles.

El Apóstol quiere que nos mostremos tambien en la pureza. Esta, hermanos míos, no es propiamente penitencia, sino la obligacion de todo Christiano. En todo tiempo deben observarse las leyes de la castidad, pero en el de Quaresma ha de ser la vigilancia mas exacta, el retiro mas profundo, el horror al pecado mas grande, y se debe evitar toda diversion que pueda en qualquiera manera inducir á marchitar esta virtud preciosa. Vosotros, pecadores, que tantas veces habeis desconocido estas leyes, aprended á respetar los cuerpos que el Espíritu Santo ha consagrado como templos suyos.

El Apóstol prescribe al Christiano la obligacion de mostrarse digno de serlo en la ciencia, y esta es la obligacion de todos aquellos á quienes Dios constituye por superiores de los demas, ó por sus títulos, ó por sus virtudes, ó por sus talentos. Ellos deben en este tiempo de salud procurar la instruccion á todos los inferiores; y así los Ministros de la palabra santa deben subir con mas frecuencia á la cátedra de la verdad, y dar instrucciones públicas y particulares. A los padres y madres corresponde, que en el interior de sus casas, y con lecturas piadosas auxilien el zelo de los Ministros, y que procuren que sus hijos oigan nuestras instrucciones familiares. Los maestros han de procurar á sus domésticos el tiempo y la facilidad de instruirse y asegurarse de su fidelidad en esta materia.

¡Qué no pueda yo, hermanos míos, seguir las reflexiones que hace el Apóstol sobre la dulzura, la perseverancia, la caridad, y tantas otras disposiciones! Entonces cada una de estas virtudes os proporcionaria un medio de practicar útilmente la penitencia que la Iglesia os impone; pero los límites de es-

ta instruccion no me permiten extenderme mas. Acabo, pues, con la reflexion que el Apóstol concluye su Epistola: vivamos como que no tenemos nada mas poseyéndolo todo: es decir, que el fruto de nuestra penitencia obre en nosotros la abnegacion y la renuncia de todas las cosas que nos recomienda el Evangelio santo: manifestemos en todos los estados, bien seamos ricos, ó pobres, nuestro desprendimiento del mundo por la misericordia ó por la paciencia, á fin de que viviendo en Jesu-Christo, poseamos en él todos los bienes de que es principio en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 4. v. I. II.

En aquel tiempo: Jesus fué llevado al desierto por el Espíritu, para ser tentado del diablo. Y habiendo ayunado quarenta dias y quarenta noches, despues tuvo hambre. Y llegándose á él el tentador, le dixo: Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se hagan panes. El

qual le respondió y dixo: Escrito está: No de solo pan vive el hombre, mas de toda palabra, que sale de la boca de Dios. Entónces le tomó el diablo, y le llevó á la santa ciudad, y le puso sobre la almena del templo, y le dixo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abaxo, porque escrito está: Que mandó á sus Angeles acerca de tí, y te tomarán en palmas, porque no tropiezes en piedra con tu pie. Jesus le dixo: Tambien está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. De nuevo le subió el diablo á un monte muy alto; y le mostró todos los reynos del mundo, y la gloria de ellos, y le dixo: Todo esto te daré, si cayendo me adorares. Entónces le dixo Jesus: Vete, Satanás: porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y á él solo servirás. Entónces le dexó el diablo: y he aquí los Angeles llegaron y le servian.

INSTRUCCION.

¿Qué útil es, hermanos míos, seguir á Jesu-Christo en los estados y circunstancias de su vida privada! Desde el retiro mas profundo adonde le conduce hoy el espíritu de Dios, nos da lecciones que no son ménos interesantes que las que dirigia al Pueblo desde lo alto del monte. Aquí sin embargo de que no tenia necesidad de precaucion alguna para defenderse, cumple á la letra los preceptos de vigilancia y de retiro que prescribia á sus Discípulos; y sin perder un ápice de la dignidad que convenia al Hijo de Dios, nos presenta en su tentacion misma todos los medios que convienen á la fragilidad de nuestra naturaleza para triunfar del enemigo. Jesu-Christo, hermanos míos, nos enseña á resistir todo género de tentaciones, sean las que quieran: así no vereis en su conducta, ni la presuncion que busca el peligro, ni el orgullo que le mantiene, ni la fragilidad vencida: aquí

aprenderán los pecadores á conocer que las tentaciones de que se lamentan no son peligrosas, sino porque están de inteligencia con sus enemigos para seducirlos; y los justos encontrarán tambien esas tentaciones delicadas en las quales es tan fácil caer quando se buscan; pero cuyo triunfo es mas fácil todavía quando se temen. En una palabra, del exemplo de Jesu-Christo aprendemos todos la necesidad de las tentaciones: felices si sabemos hacer el uso que corresponde de estos exemplos, y de las lecciones que nos da, para lo qual espero vuestra atencion.

La primera leccion con que la Iglesia nos instruye en el Evangelio de este día, se contiene en estas palabras: Jesus fué llevado al desierto por el espíritu para ser tentado del diablo. El espíritu de Dios es, hermanos míos, quien le sirve de guía; y así puede caminar con seguridad sin temer las tentaciones que sobrepujan las fuerzas de la naturaleza; pero él es tentado para enseñarnos que la santidad de un cargo ó de un empleo no nos defiende de los peligros y los escollos que son inseparables de él.

Christianos, si el espíritu de Dios es quien preside vuestras acciones; si es quien os introduce en esos estados peligrosos, donde cada obligacion presenta un escollo; si es quien os acompaña en las circunstancias delicadas de vuestro empleo, estado y rango, caminad enónces con firmeza y confianza. Jesu-Christo conoce los escollos de las tentaciones, y vuestra flaqueza para entrar en ellas; y así no dexará de estar á vuestro lado para defenderos. ¿Pero cuántos Christianos hay que soliciten su proteccion? ¿Por ventura se consulta el espíritu de Dios ántes de emprender un negocio? ¿Los peligros por esta causa no son mas frecuentes? ¿No lo son nuestras caidas? Por tanto, hermanos míos, procurad tener á Dios en todas las circunstancias de la vida, y no teneis que temer vuestra suerte. ¿Pero cómo podrán ser las tentaciones inseparables, direis, de un estado en que nos ha puesto la Providencia? ¿Este solo motivo no debería alejar al Demonio? Hermanos míos, este enemigo del hombre exercita su poder y su malignidad sobre esos Christianos temerarios que buscan y aman las ten-

taciones; pero respeta mucho á los sabios y prudentes que las detestan y las huyen. El exemplo de Jesu-Christo nos convencerá de esta verdad. El es conducido por el espíritu de Dios, y tentado por el diablo para enseñarnos que la vida del Christiano es una milicia y un combate continuo, en el qual los triunfos y las victorias se convierten en gloria de Dios, que es el principio de ellas; y hacen el mérito del hombre que es el instrumento con afrenta del enemigo que se atrevió á tentarlo; de manera que Dios no es ménos honrado por una sola tentacion rechazada y vencida, que por los actos mas edificantes de la religion christiana. Nosotros mismos adquirimos en una de estas victorias mas fuerza y mas mérito que en los ejercicios mas útiles de la devocion. La confusion que padece el Demonio en la victoria de un justo, es infinitamente superior á la ventaja que saca de la derrota de multitud de pecadores; y así quando Jesu-Christo nos habla de la tentacion, no quiere que la huyamos, sino que solicitemos las armas necesarias para defendernos.

Lo que hace la tentacion de Jesu-Christo mas admirable todavía, es la circunstancia en que se verifica. El Evangelio dice, que habiendo ayunado quarenta dias y quarenta noches, despues tuvo hambre. Este momento de flaqueza y abatimiento es el que escoge Satanás para la tentacion; pero este enemigo de todo bien no podia ignorar que el hombre nunca es mas fuerte que quando contradice los apetitos de la carne; que el alma encuentra en la mortificacion la fuerza que quita al cuerpo la penitencia; y que si no perdemos de vista la sobriedad que recomienda el Apóstol San Pedro, andará inútilmente el leon rugiente al rededor de nosotros para devorarnos: así lo prueba este suceso de Jesu-Christo. El tentador se acerca, y para dar un disfraz á la tentacion, compadece al parecer las necesidades del Salvador despues de un ayuno tan riguroso; y así le dice: si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan panes. Jesu-Christo podia sin duda hacer este milagro, y las circunstancias parece que lo exigian; pero es el Demonio quien le habla, y por tanto quiere enseñarnos á que

desconfiemos de todo quanto viene de su parte. Es cierto que algunas veces habla el lenguaje de la verdad y de la justicia; pero como sus miras siempre son las de conducirnos al error y la mentira, la prudencia debe inspirarnos el evitarle y el huirle. De todas las tentaciones la que ménos se resiste es la que nos asalta quando tenemos alguna grave necesidad; y el Demonio para lograr sus fines tiene el secreto de presentarla de una manera artificiosa. Hoy duda que Jesu-Christo sea verdaderamente el hijo de Dios; y en efecto lo ignoraba: pero escuchad, Christianos, las inspiraciones de este espíritu de seduccion y de mentira en los momentos de necesidad, y no tardareis en dudar de la providencia del Dios que os gobierna, y de la atencion y cuidado con que procura el alivio de vuestra miseria. ¿Qué otra cosa podemos pensar de esa desconfianza que se levanta en vuestro corazon, y que dexais correr á rienda suelta? ¿De esas violentas inquietudes sobre los sucesos futuros? ¿De esas quejas amargas quando la necesidad os aflige? Si fuerais los hijos de Dios, dice el Demonio, y os amára con la ter-

neza de un padre, no os abandonaria á una miseria tan vergonzosa: pedidle con instancias los bienes de este mundo; y si los niega, es una prueba clara de que os desconoce por sus hijos. Estos racionios, hermanos mios, son especiosos como lo experimentais todos los dias, y un tanto de humildad seria suficiente para sugeriros la respuesta de Jesu-Christo: no de solo pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios. El hombre no vive de solo pan; como si dixese, las necesidades del cuerpo no son las que merecen nuestros primeros cuidados: en aquellas podemos y debemos descansar sobre la atencion de una providencia siempre sabia; y así una simple peticion de nuestra parte basta para asegurarnos de su logro, pues que muchas veces las concede á los que ménos piensan en pedir las. Pero las necesidades del alma piden oraciones mas frecuentes, y su privacion debe excitar en nosotros gemidos mas profundos y grandes inquietudes. ¡Qué desgraciado es el hombre, hermanos mios, quando limitándole la liberalidad de Dios los bienes de la gracia, le procu-

ra los socorros necesarios á la vida temporal! En efecto uno de los mayores castigos que su justicia exerce con nosotros es colmar nuestros deseos, y derramar abundantemente los bienes de este mundo. El hombre vive de toda palabra que sale de la boca de Dios. Tomando este lugar en toda su extension es lo mismo que si dixese: el hombre vive de todo lo que Dios le ha concedido para su subsistencia y su vida; y si con muchas agitaciones é inquietudes nadie puede aumentar á su estatura la altura de un codo, nadie tampoco puede á fuerza de impaciencia y de murmuraciones arrojar de sí la miseria y la indigencia que le rodean; pero tomando en un sentido espiritual estas palabras: el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Dios, ¿qué idea tan grande nos presentan de su divina palabra? Pero muchos Christianos léjos de temer y experimentar la falta de ella, se condenan á nunca oír hablar sobre su utilidad y su fruto. Sabed pues, mis hermanos, que Dios despues de haber agotado las amenazas mas terribles contra su pueblo; despues de haberle anunciado una es-

casez universal, y la pérdida de sus mieses y sus cosechas, colma sus amenazas anunciándole la falta de su palabra.

El desierto parece al Demonio un lugar poco conveniente para tentar á Jesu-Christo, y por tanto le transporta á Jerusalem, y le conduce sobre el pináculo del templo, y le dice: si eres Hijo de Dios, échate de aquí á baxo. La propuesta es sin duda extravagante; pero sin embargo está apoyada sobre el testimonio de las Escrituras. Si eres Hijo de Dios, le dice, esta es tu ocasion, porque escrito está que mandó á sus Angeles cerca de tí, y tomarán en palmas porque no tropieces en piedra con tu pie. Es verdad que el Profeta había anunciado estas palabras; pero tambien lo es que Jesu-Christo era á quien se referia este oráculo; y esta promesa no tenia por objeto ni la circunstancia en que se hallaba entonces, ni el milagro que Satanás le propone. Me ocurre á propósito una reflexion muy óbvia, y aunque no se refiera sino al pequeño número de mis oyentes, no puedo dispensarme de ponerla á vuestra vista. El Demo-

nio se transforma algunas veces en Angel de luz, y encuentra el medio de introducirse hasta en aquellas devociones irreprehensibles por su naturaleza. ¿Es preciso por exemplo hablar el lenguaje de la piedad, y conformar con él las obras? Pues ambas cosas le son enteramente familiares y conocidas; y así para lograr sus triunfos, siempre se apoya con la autoridad de la misma palabra de Dios. Pero me parece que hay una regla que pudiera yo presentar á los que temen la seduccion, y el error en materia de piedad, y es la de que eviten hacerse singulares; que desconfien de todo lo que no lleva el carácter de simplicidad y de rectitud; que se acuerden de que Jesu-Christo es quien se ha dado por modelo universal de todos los estados, llevando una vida la mas ajustada; y que conozcan finalmente que si hay Santos á quienes Dios se ha dignado conducir por caminos extraños, ha tenido tambien cuidado de servirlos de guia, y los ha hecho superiores á nuestra imitacion. Lo que nos desconfuela, hermanos míos, y nos hace temer vuestra inconstancia en los caminos de la salvacion es el ansia y la sollicitud

con que algunas personas, por otra parte edificantes, se entregan á quanto puede contribuir para elevarse sobre los demas. Abandonan una devocion luego que la abrazan algunas gentes virtuosas á quienes ellos tienen en ménos; y porque una mortificacion ha sido practicada por el mayor número, concluyen de aqui que es preciso seguir una ruta diferente, y que Satanás les sugiere cosas tan singulares, como las que propone á Jesu-Christo: basta pues que esperen distinguirse, para que emprendan y executen con alegría qualquiera practica por laboriosa que sea. A estos Christianos es, hermanos míos, á quienes puede aplicarse la respuesta de Jesu-Christo: no tentarás al Señor tu Dios. Por tanto confiad humildemente en su gracia, y en su socorro, sin prescribirle los limites ni los medios. ¿Quántos desórdenes condena esta sola palabra de Jesu-Christo? ¿Qué otra cosa es la vida de la mayor parte de los pecadores sino una prueba continua y un ensayo diario de la justicia y de la misericordia del Señor? ¿Qué otra cosa haceis, pecadores, quando os obstinais contra los remordimien-

tos de vuestra conciencia; quando resistis á las inspiraciones mas saludables; quando contradecis las verdades mas claras y manifiestas; quando tragais la iniquidad como el agua, y quando insultais y despreciais las mas terribles amenazas? En todos estos casos tentais al Señor vuestro Dios, probais su bondad precisamente quando cansado de tanto esperar está muy cerca de abandonaros al endurecimiento de vuestro corazon; probais su cólera sin embargo de que calla por un tiempo; y que quizá señala ya la hora en que debe manifestarse sobre vosotros. Pensad pues que está escrito, no tentarás al Señor tu Dios. ¿Qué otra cosa haceis, padres y madres, quando os formais un ídolo de vuestros hijos, quando trabajais en ilustrar su entendimiento entre tanto que abandonais su corazon, quando les enseñais á obedecer vuestros preceptos, y ¿ que os traten con todo aquel decoro y miramiento que corresponde, mientras que los autorizais para que falten al culto y á la adoracion que deben á su Dios? En todo esto tentais al Señor, porque contradecis sus fines, deshonrais sus obras, y os po-

neis en alguna manera en su lugar, olvidando que está escrito : no tentarás al Señor tu Dios.

¿Qué otra cosa hacéis, Christianos, quando trabajais con tanto afán en adelantar y asegurar vuestra fortuna, sin poner límites á vuestras empresas, ni regla á vuestra codicia; quando consagrais todo el tiempo á vuestra fortuna, y esta fortuna á vuestras pasiones? Entonces tentais al Señor, obráis como si pudieseis conseguirlo todo sin él, ó como si temieseis, sirviéndole, no conseguirlo, abandonando esta regla del Evangelio. No tentarás al Señor tu Dios.

Estas dos tentaciones rechazadas y vencidas por Jesu-Christo debian haber instruido al Demonio de su virtud y su poder; pero este enemigo á quien nunca acobardan las freqüentes derrotas que sufre, emplea todavía un nuevo artificio para seducirle, le sube á un monte muy alto, de donde le muestra todos los Reynos del mundo y la gloria de ellos; pero estas riquezas y grandezas que le presenta no son mas que simples apariencias, razones especiosas y testimonios mal explicados pa-

ra ganar al Salvador; son promesas que hechas con un ayre de autoridad y de poder, parece que exigen alguna docilidad y confianza; y así le dixo: todo esto te daré si cayendo me adorares. Satanás proponia sin saberlo al Señor de los Imperios un Reyno que no estaba á su disposicion. Jesu-Christo podía confundirle haciéndole conocer los derechos que tenia sobre el universo; pero le conviene mas responder y explicarse, que confundir y mandar: véte, Satanás, le dixo. Quando se trata de prometer, hermanos míos, Satanás es muy poderoso y muy fuerte; quando se trata de corresponder á sus llamamientos, entónces se conoce quán engañoso es en sus promesas. Pero lo que debería avergonzarnos, es que para cautivar nuestros corazones no tiene Satanás necesidad de prometernos un mundo entero; nosotros no nos vendemos á tan alto precio. Un vil interés, una satisfaccion momentanea, una fortuna difícil de adquirir y de conservar, basta para seducirnos. Necesitamos valernos de artificios y disfraces, inventar calumnias para dañar al próximo, violar las leyes de la provida y la justicia;

sacrificar el tiempo, los bienes y la salud? Pues nada importa: todo esto se hace con tal que una utilidad pasagera lo recompense. ¿No es esto postrarse delante de Satanás para adorarle? ¿No robamos á Dios de esta manera los homenajes y respetos que se le deben exclusivamente, y contradecimos estas palabras: al Señor tu Dios adorarás, y á él solo servirás?

Notad, hermanos míos, que Jesu-Christo á cada una de las tentaciones aplica una respuesta proporcionada al peligro; y así el último esfuerzo de Satanás le parece el mas temible, pues que le opondrá el primero, y el mas grande precepto de la ley. En efecto para resistir la pasión de engrandecerse, se necesita hechar mano de todo lo que la Religión tiene de mas poderoso y mas fuerte; y para hacernos despreciar las cosas que nos apegan á la tierra, no se necesita ménos que el amor y la esperanza de poseer un Dios. Por tanto, hermanos míos, adoradle siempre, y haced porque Satanás no encuentre vuestro corazón dividido quando viene á tentaros; y de esta manera podreis mandarle con seguridad que

se aparte de vosotros; y si persiste en turbar vuestra paz con tentaciones continuas, solo conseguirá multiplicar vuestros triunfos. Satanás dexa ya á Jesu-Christo, y he aquí los Angeles llegaron, y le servían. Estos son los efectos ordinarios que producen las tentaciones que se saben rechazar. Es verdad que el momento del combate es penoso, y que las violencias y los esfuerzos cuestan siempre mucho á la naturaleza; pero en recompensa de estos males y trabajos, ¿qué de encantos y delicias en la victoria! ¿Qué dulzura en el testimonio que dá una pura conciencia! ¿Quántos Angeles defensores de la inocencia y de la virtud consuelan las fatigas y disgustos que nos ha hecho padecer el espíritu seductor! Acordaos pues, hermanos míos, que si el tentador se acerca en adelante para seduciros, hay tres cosas que pueden aseguraros la victoria: á saber, fortificarse contra la tentación quando nos amenaza; apoyarse en los socorros de Dios en las mismas tentaciones para que no nos venzan, y referir á Dios la victoria quando se disipan. Entónces la tentación con relacion á Dios será

un testimonio de vuestra fidelidad; con relacion al Demonio una prueba de su impotencia; y para vosotros mismos un medio de salud en el tiempo, y un principio sólido de gloria en la eternidad. Así sea.



INDICE

De lo que contiene este tomo segundo.

Domingo II. despues de la Epiphanía.	pág. 3
Instrucción sobre la Epístola de este dia.	4
Instrucción sobre el Evangelio.	18
Domingo III. despues de la Epiphanía.	33
Instrucción sobre la Epístola.	34
Instrucción sobre el Evangelio.	47
Domingo IV. despues de la Epiphanía.	66
Instrucción sobre la Epístola.	67
Instrucción sobre el Evangelio.	77
Domingo V. despues de la Epiphanía.	96
Instrucción sobre la Epístola.	97
Instrucción sobre el Evangelio.	108
Domingo VI. despues de la Epiphanía.	129
Instrucción sobre la Epístola.	130
Instrucción sobre el Evangelio.	141
Domingo de Septuagésima.	158

<i>Instrucción sobre la Epístola.</i>	159
<i>Instrucción sobre el Evangelio.</i>	172
<i>Domingo de Sexagésima.</i>	188
<i>Instrucción sobre la Epístola.</i>	191
<i>Instrucción sobre el Evangelio.</i>	204
<i>Domingo de Quinquagésima.</i>	219
<i>Instrucción sobre la Epístola.</i>	220
<i>Instrucción sobre el Evangelio.</i>	232
<i>Instrucción sobre las Diversio- nes.</i>	253
<i>Instrucción sobre el Ayuno.</i>	272
<i>Miércoles de Ceniza.</i>	295
<i>Domingo I. de Quaresma.</i>	304
<i>Instrucción sobre la Epístola.</i>	305
<i>Instrucción sobre el Evangelio.</i>	329

ERRATAS.

<i>Páginas.</i>	<i>Líneas.</i>	<i>dice.</i>	<i>debe decir.</i>
9...	17...	escarriarse.	descarriarse.
68...	23...	utilidad.	industria.
70...	1...	ies.	le.
71...	15...	que les.	á quienes.
102...	21...	en todos.	todos.
116...	25...	coraron.	corazon.
125...	10...	tendrán.	tendrá.
134...	23...	lloraba.	oraba.
148...	26...	combatirla.	sostenerla.
151...	12...	los.	ni los.
156...	21...	desconfianza.	confianza.
274...	15...	la huella.	las huellas.
280...	28...	hace.	hacen.
282...	28...	simples.	simples.
284...	21...	le.	les.
328...	17...	tomarán.	te tomarán.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

